

EL DESAFÍO DE ZHUR

1— Los Sectarios

Fuera llovía, y a Fabio no se le ocurría nada mejor que hacer que quedarse contemplando las gotas de lluvia que resbalaban por los cristales. El reloj marcaba las cuatro y cuarto de la tarde, pero era mucho pedir que el profesor diese una clase interesante.

Fabio estaba decididamente aburrido, y decidió desconectarse.

No era difícil. Consistía simplemente en ponerse a imaginar una historia, cuanto más fantástica, mejor. “Algún día tengo que escribir mis historias”, se dijo. “Algún día”.

Estaba a punto de desconectar por completo cuando el de atrás le dio una suave patada para llamar su atención. Fabio espabiló y echó una mirada furtiva al profesor: seguía con lo suyo.

La mano del de detrás le pasó un pequeño papel doblado. Fabio volvió a mirar al profesor y se apresuró a desdoblar la nota, ocultándola bajo la mesa. La leyó con interés:

“Este sábado tenemos partida. ¡Prepárate!
Sturm”.

Fabio sonrió.

—¡Ya era hora! —comentó para sí.

Hizo una bolita con el papel y trató de encestarlo en la papelería. Falló por un pelo. El profesor le dirigió una mirada amenazadora, pero Fabio se limitó a dedicarle su mejor sonrisa.

Estaba de tan buen humor que hasta decidió prestar

atención a la clase.

A la salida, mientras Fabio aún recogía sus cosas, el autor de la nota acudió a hablar con él.

—Eh — le dijo—. ¿Qué te parecen las novedades?

—Genial, tío. —La voz de Fabio sonó algo ahogada, porque estaba agachado hurgando en el cajón en busca del diccionario de inglés—. ¿Ha vuelto la inspiración a nuestro Taliesin?

—No exactamente. ¿No sabes? Chimo dice que la próxima aventura la hace él.

Fabio sacó la cabeza del cajón.

—No fastidies.

—Sí, tío. Dice que tiene una historia genial y que él será el master en la próxima partida. Que vamos a alucinar.

Fabio ladeó la cabeza.

—¿Lo sabe ya Alex?

—No.

—¿Y vas a decírselo?

—¿Decirme el qué?

Los dos se giraron rápidamente. Alex, un chaval rubio, con cara de pillo y algo desarreglado, los miraba con curiosidad.

—Que te lo explique Víctor —dijo Fabio rápidamente—. Él me lo ha contado a mí.

—¿Qué noticia? —quiso saber Alex.

Víctor lanzó a Fabio una mirada asesina. El chico se encogió de hombros.

—¿Qué noticia? —repitió Alex, ya algo mosqueado.

Víctor se aclaró la garganta.

—Ejem... Verás... este mediodía me ha llamado Chimo por teléfono.

—¿Y?

—Dice que este sábado tenemos partida.

—¿Ah, sí? Pues tendré que inventar algo, y rápido. No tengo ninguna aventura preparada.

—De eso se trata. Dice que él sí tiene una aventura pensada, y que es una pasada.

Alex se quedó callado un momento, como meditando. Luego dirigió a sus amigos una mirada dolida.

—Traidores —se lamentó—. Eso es competencia desleal. Yo soy el master oficial de los Sectarios, el inigualable bardo Taliesin, el que inventa las historias... pero hasta los mejores bardos tenemos épocas de sequía.

—Es que tu sequía duraba ya un mes —se le ocurrió decir a Víctor; en seguida Alex empezó a protestar de nuevo:

—No me pasáis una, tíos. ¿Qué es un mes de sequía? Nada, cuatro sábados. Y ya quiere el ilusionista ése de tres al cuarto quitarme el puesto que tan merecidamente yo...

—Corta el rollo, tío. Es sólo una aventura. Y después, si se te ocurren más a ti, pues seguirás tú.

—¿Tú qué opinas, Fabio?

Fabio sonrió y se encogió de hombros de nuevo. Se cargó la mochila al hombro y les indicó con un gesto que ya estaba listo para marcharse.

Los tres amigos salieron del aula sin una palabra. Bajaron las escaleras en silencio, hasta que Alex comentó:

—Por cierto: ¿por qué no ha venido a clase ese suplantador?

—No lo sé —respondió Víctor—. Cuando me ha llamado estaba bastante entusiasmado con su idea. Quizá se ha quedado en casa escribiendo la aventura.

Fabio sintió de pronto una mano sobre su hombro, y se volvió.

Una chica rubia les había estado esperando en la puerta. Era guapa, e iba muy bien vestida. Fabio la conocía de vista: iba

a la otra clase; era una típica “niña bien”, y despertaba distintos tipos de sentimientos entre sus amigos. Alex no la soportaba, a Víctor le resultaba indiferente, y Chimo la admiraba en secreto.

Se llamaba Alicia.

—Os he estado esperando... —dijo ella, pero Alex la interrumpió:

—Ya lo vemos.

—...porque quiero hablar con vosotros —prosiguió ella sin hacerle caso—. Chimo me ha llamado este mediodía y me ha dicho que puedo participar en vuestra nueva aventura de rol.

Alex resopló por lo bajo, y Fabio y Víctor cruzaron una mirada.

Alicia llevaba tiempo insinuando que quería unirse a ellos, pero Alex, que era el master, siempre se las arreglaba para dejarla fuera.

Estaba claro que Chimo, que no sentía por ella lo mismo que él, había aprovechado la ocasión para aceptarla en el grupo.

—Este Raist... —comentó Víctor, refiriéndose a Chimo por su nombre de Sectario.

—¿Qué pasa? —protestó Alicia—. ¿Es porque soy una chica, so machistas?

—No —replicó Alex—. Es porque eres una niña pija y creída.

Alicia abrió la boca para replicar, pero no dijo nada. Fabio le lanzó a Alex una mirada de advertencia: se estaba pasando.

Pero sabía que tenía razón. Aunque habitualmente el club de rol de los Sectarios estaba constituido por cuatro chicos, a veces habían participado chicas en alguna aventura. Alicia, nunca; y, a pesar de que Chimo se hubiese quedado embobado mirándola alguna vez, Fabio no la echaba de menos. No le tenía manía, como Alex, pero no sentía el menor interés en conocerla

mejor; su intuición le decía que podía traerles problemas.

—A veces creo que de verdad parecéis una secta —murmuró Alicia.

Víctor se rió, y Alex sonrió también. El nombre se remontaba a los inicios del club, tres años atrás. Un profesor los había pillado reunidos en un recreo preparando una aventura, y había dicho algo parecido: “Parecéis una secta en pleno conciliábulo, chicos”.

Fabio, que iba delante, se detuvo a pocos metros de la puerta del instituto. Una figura les esperaba apoyada contra el muro. Era un chico no muy alto, de pelo castaño y con gafas. Llevaba una camisa a cuadros, por fuera del pantalón vaquero.

—¡Raist! —lo saludó Alex—. ¡Traidor, robapuestos! ¿Qué es eso de que tienes una aventura preparada?

Chimo sonrió.

—Es algo flipante, os lo aseguro —dijo cuando tuvo a sus amigos (y a Alicia, aunque algo más apartada) reunidos en torno a él—. Tuve un sueño anoche y no he parado de darle vueltas... en serio, va a ser la aventura más alucinante que hayáis jugado, todos vosotros.

—Ya será menos... —empezó Alex, pero Víctor le interrumpió para empezar a hacer preguntas:

—¿En serio? ¿Y dónde se desarrolla? ¿En los Reinos Olvidados, en Krynn, en la Tierra Media?

Chimo negaba con la cabeza, sonriente.

—Bueno, y, entonces, ¿qué mundo es? —preguntó Alex, intrigado.

Chimo hizo una pausa muy teatral antes de soltar:

—Un mundo nuevo que estoy inventando.

Reinó un silencio increíble.

—Que sí, tíos. Que estoy inventando un mundo, yo solo; tengo mapas, esquemas, descripciones de criaturas y de razas,

panteón de dioses y diosas, resúmenes de la historia reciente de cada reino, planos de ciudades...

—Embustero —soltó Alex—. ¿Y dices que se te ocurrió la idea ayer?

—Claro. He estado trabajando en ello toda la mañana.

—¡Así que eso era lo que hacías en clase de lengua, cuando la profe no dejaba de mirarte!

—Y en clase de mates, y en clase de historia... en la de inglés ha estado más chungo, así que decidí no venir a clase por la tarde. Bueno, en fin —concluyó—, que os reto a todos a jugar a “El Desafío de Zhur”.

—¿El desafío de qué?

—El Desafío de Zhur —repitió Chimo; pronunciaba la “Z” de una manera curiosa, como si fuera un zumbido—. Así que no faltéis: el sábado, a las cinco, en mi casa. Ah, por cierto —dio una mirada circular—, buscad a otras dos personas. Tenéis que ser seis.

—¿Cómo seis? —se escandalizó Alex—. ¡Los Sectarios oficiales sólo somos cuatro!

—Podemos hablar con Eva —intervino Fabio—. Si no tiene otros planes, tal vez le gustaría apuntarse.

—Buena idea —aprobó Chimo—. Además, como soy el master ahora, os habéis quedado sin mago.

Chimo no quiso contarles más. Cuando quedó claro que ya no soltaría prenda, se despidieron, y cada cual se fue a su casa.

Por el camino, Fabio no dejaba de darle vueltas a todo lo que les había contado el nuevo master. El Desafío de Zhur... ¿Realmente era Chimo tan creativo como para haber inventado no sólo una aventura, sino todo un mundo, él solo?

Fabio sacudió la cabeza. Después de tres años de vida, el club de rol de los Sectarios había probado casi todos los juegos

de rol de fantasía épica que habían caído en sus zarpas. *Dungeons and Dragons, Rolemaster, Reinos Olvidados...* Y siempre eran ellos cuatro y alguno más. Víctor era un caballero (su pseudónimo, Sturm, aludía al conocido caballero de la saga *Dragonlance*), Chimo un mago (y también había elegido por nombre uno de la *Dragonlance*: el del hechicero Raistlin), y él, Fabio, era un sigiloso y enigmático drow, un elfo oscuro, y su alias era Drizzt Do'Urden, el nombre del famoso drow de los Reinos Olvidados. Cuando no hacía de master, Alex era un bardo, un juglar o un ladrón. Le gustaba firmar como Taliesin en honor al bardo del ciclo artúrico.

A veces, también habían jugado otras personas: su vecina Eva, su hermana Susana.

Fabio torció el gesto. Susana era un año menor que él, y no siempre se llevaban bien. En aquel momento no estaban pasando una buena época, así que decidió no hablarle de la nueva aventura de Chimo. Esperaba que sus amigos encontrasen a cualquier otra persona; y, si no, no pasaba nada.

Con Eva era otra cosa.

Cuando llegó a su portal, en lugar de subir directamente a casa, detuvo el ascensor dos pisos más abajo, y llamó a su puerta.

La propia Eva salió a abrirle. Era una chica serena y tranquila, pero siempre agradable. Llevaba el cabello pelirrojo tan corto como el de un chico, solía vestir ropas cómodas y de colorines, estilo *hippie*, e iba en bici a todas partes. También iba al mismo instituto que ellos, pero casi nunca asistía a clase, pese a lo cual sacaba buenas notas. A Fabio aquello le parecía casi milagroso, hasta que averiguó que las horas que Eva no pasaba en clase las pasaba en la biblioteca, leyendo todo lo que caía en sus manos. “Soy autodidacta”, le había dicho ella (Fabio había tenido que buscar la palabra en el diccionario), “se aprende más,

pero hay que ser constante”.

—¡Hombre, pero si es nuestro amigo Drizzt! —saludó ella con una sonrisa—. ¿Qué te trae por aquí?

—“El Desafío de Zhur” —respondió Fabio, devolviéndole la sonrisa.

—¡Ah! ¿La aventura que está preparando Chimo?

A Fabio se le borró la sonrisa.

—¿Ya lo sabes? Esperaba poder contártelo yo.

Eva alzó una mano, y el chico pudo ver lo que sostenía en ella: un bloc de dibujo.

—Chimo se ha puesto en contacto conmigo esta tarde —explicó—, porque necesitaba bocetos.

Fabio sonrió. Nadie dibujaba elfos, dragones, orcos o magos como Eva, y a menudo los Sectarios le pedían que hiciese bocetos para ilustrar sus aventuras.

—Pero no me dijo nada de jugar —añadió Eva.

—Se le olvidaría —respondió Fabio, cogiendo el bloc que le tendía ella—. Pero a mí me ha dicho que era buena idea que participases.

Observó los dibujos con interés. Había una elfa con una túnica blanca y un báculo, un caballero y una guerrera que exhibía una gran espada y dejaba al descubierto, entre el cuero y el metal, unas largas piernas y un generoso escote.

Todo esto le resultó reconocible. Pero había también una extraña criatura encapuchada, vestida de trapos de los pies a la cabeza, a la que sólo se le veían los ojos, brillantes como brasas. Estaba además el dibujo de un ser alto y delgado, sin cabello, con las orejas en punta y los miembros muy largos, vestido con una túnica elegante y exótica.

—No he terminado, claro, porque no he tenido mucho tiempo —explicó Eva—. Faltan tres personajes principales y algunas otras criaturas. Por ejemplo, una especie de humanoide

anfibio, una serpiente con alas...

—¿Un quetzacóatl?

—No. Una serpiente con alas de murciélago, sin plumas. Y no lo confundas con un dragón.

—Ni hablar. ¿Y qué es esto?

—El de la capucha, no lo sé. Chimo me dijo el nombre, pero no lo recuerdo. De todas formas, me dio una descripción bastante exacta, así que creo que lo he dibujado bien. En cuanto al otro, es un celeste.

—¿Un qué?

—Un celeste. Ahí no lo ves porque no lo he coloreado aún, pero tiene la piel azul, como un pitufo.

Fabio devolvió el bloc a Eva con un suspiro.

—Se lo está currando —comentó ella—. ¿Qué se trae entre manos?

—No lo sé, y ojalá lo supiera. Para una vez que nuestro mago decide montar una aventura, parece que la monta a lo grande. Bueno, ¿te apuntas?

Eva pasaba el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—No sé. Bueno, ¿dónde y cuándo?

—El sábado, a las cinco, en casa de Chimo.

—No te prometo nada.

Se despidieron, y Fabio subió a su casa. Eva nunca decía que sí para no comprometerse, pero él había aprendido que “No te prometo nada” significaba que había bastantes posibilidades de que apareciese.

Aquella noche, antes de dormir, se preguntó de nuevo en qué consistiría aquel “Desafío de Zhur”, y por qué había decidió Chimo hacerlo todo tan complicado.

Cada uno de sus amigos, en sus respectivas casas, se estaban preguntando exactamente lo mismo.

2— Los héroes

Chimo los miró a todos con seriedad.

Estaban sentados en torno a la mesa de la cocina de su casa. Generalmente a esas horas no solía haber nadie allí, por lo que los chicos tenían intimidad y libertad para desarrollar sus aventuras.

Todo era como siempre, y nada tenía por qué ser diferente; sin embargo, Fabio intuía que sí lo era.

Para empezar porque, por primera vez, estaba Chimo de master, y aquella reunión tenía cierto aire de experimento que a Fabio no terminaba de resultarle cómodo.

En segundo lugar, porque iban a jugar en un mundo nuevo que sólo Chimo conocía.

Y por último porque, además de los cuatro de siempre, y para disgusto de Alex, allí estaba Alicia. Fabio llevaba tiempo preguntándose qué buscaría ella en el grupo (no parecía muy puesta en fantasía y juegos de rol), y se había dedicado a observarla desde su llegada a la casa de Chimo. Y encontró la respuesta en las miradas de soslayo que la chica dirigía a Víctor. “No podía ser de otra manera”, pensó Fabio. Lo sentía por Chimo, pero Víctor era el deportista del grupo, el tío bueno, el que más ligaba sin proponérselo. Siempre había sido así. A Fabio no le parecía mal que Alicia estuviese por Víctor, pero meterse a jugar a rol sin estar realmente interesado en el rol era otra cosa. Deseando que no les fastidiase la partida, Fabio decidió hacer como que no se había dado cuenta de nada.

En realidad sabía mucho más de lo que aparentaba, pero no solía compartir esa información. Era muy observador y poco hablador y, por tanto, discreto, por la sencilla razón de que ni le interesaban lo más mínimo los asuntos ajenos, ni tenía ganas de

compartir los suyos con los demás.

—Bueno —dijo Chimo—. Sois cuatro. Yo dije seis.

—Eva estará a punto de llegar —dijo Fabio.

—¿Y el sexto?

Los jugadores se miraron unos a otros.

—Llama a tu hermana, Fabio —dijo Víctor.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—¿Qué más da que seamos cinco o seis?

—Porque hay seis personajes —explicó Chimo—. Y no se puede quedar ninguno fuera.

Les dio un montón de folios que pasaron de mano en mano.

—¡Son fichas de personajes ya acabadas! —exclamó Víctor—. ¿Qué significa esto?

—Que no podemos crear nuestro propio personaje —gruñó Alex—. El muy cabrón nos lo da ya hecho. ¿Qué es esto, Chimo?

—Hay un grupo ya definido —explicó Chimo—. Seis personajes con nombres, historia y características. Entre esos seis tendréis que elegir el que queráis.

—Menudo rollo.

—Aunque a grandes rasgos se parecen a los personajes que soléis llevar —añadió el master—. Hay un caballero —miró a Víctor—, y un bardo —miró a Alex—. Pero me temo que no hay elfos oscuros, ni en la aventura, ni en el mundo.

Fabio hizo una mueca de decepción. Su personaje siempre había sido un elfo oscuro, y no le gustaba la idea de cambiar de raza.

—Pero hay un elfo montaraz —añadió Chimo con una sonrisa.

—Mejor eso que nada.

—¿Y yo? ¿Qué soy yo? —se oyó la voz de Alicia.

Alex lanzó a Chimo una mirada desesperada, pero el flamante nuevo master no le hizo caso.

—Hay seis personajes —le dijo a Alicia—. Los miembros oficiales del club tienen preferencia, así que imagino que elegirán los más próximos a sus personajes originales: un caballero, un bardo ladrón, un elfo montaraz. Quedan una maga, una guerrera mercenaria y una elfa sacerdotisa.

—Tres tías —observó Víctor.

—Ha de ser así —explicó Chimo—, porque hay tres dioses y tres diosas.

—¿Y qué?

—Entenderéis por qué en cuanto os explique de qué va la historia; pero, de momento, necesito que elijáis un personaje, y que subáis el número de jugadores hasta seis.

Alicia tiraba a Fabio de la manga.

—Oye, ¿puedo ser yo la elfa sacerdotisa?

Alex dejó caer tres hojas frente a ella.

—Toma, pesada —dijo—, aquí tienes la ficha de la sacerdotisa.

Alicia cogió los folios y los estudió con interés. Sólo vio números y porcentajes; por la cara que ponía, pensó Fabio, debía de parecerle muy complicado.

Sonrió para sí y se apresuró a coger la ficha del elfo montaraz.

Descubrió que se llamaba Sim, y que era un tipo solitario al que no le gustaba mucho la compañía. Vivía en plena naturaleza, en un lugar llamado el Bosque Oculto, al pie de la cordillera de Somnor, en la región de Derbhad.

Ninguno de aquellos nombres le era familiar.

Sacudió la cabeza y siguió leyendo cosas sobre Sim.

Era huérfano; había sido criado por un grupo de

cazadores humanos en el bosque, hasta que él decidió marcharse y vivir solo, porque no se sentía a gusto entre los humanos, pero tampoco comprendía del todo la complicada civilización élfica.

Orgulloso, solitario, sigiloso y letal si hacía falta. Así era Sim.

A Fabio no le pareció mal del todo. Examinó sus características. Como todo elfo que se preciase, tenía una puntuación muy alta en inteligencia, agilidad, velocidad y flexibilidad, una visión muy aguda y un oído muy fino, se movía como nadie por el bosque y conocía todos sus secretos. Por contra, no era muy fuerte ni muy resistente. Y, para desencanto de Fabio, no usaba como armas las cimitarras de su drow favorito, sino un nada impresionante arco largo y un cuchillo de caza.

—Oye, Chimo, ¿no le puedo cambiar el cuchillo por la cimitarra?

—Puedes comprar una cimitarra en el próximo pueblo, claro. Pero entre las habilidades de ese personaje no está saber usarla y, si lo intentas, puede que te tumben en el primer combate.

—¿Y no podrías...?

—No. No insistas, Fabio. Sim no sabe manejar una cimitarra.

—Porque tú no se lo has puesto en la ficha. No te cuesta nada cambiarlo.

—No sería él mismo. Y deja de darme la lata: estoy ocupado.

Fabio se resignó. Efectivamente, Chimo estaba “ocupado” explicándole a Alicia las habilidades y características de su personaje.

Al menos, Sim tenía una puntuación bastante buena en Percepción, Poner Trampas, Suerte, Don de lenguas, Empatía

Animal, Conocimiento de Plantas... Pero, en cuanto a habilidades mágicas, cero pelotero.

—¡Chimo! —protestó—. ¿Y los hechizos de curación?

—Los tengo todos yo —presumió Alicia.

Chimo se interrumpió un momento para dar una mirada circular.

—Dejad de molestar con eso. De una vez por todas, os lo voy a explicar. Aquí la magia no funciona con pergaminos ni objetos mágicos ni zarandajas de ésas. En este mundo, los magos son magos porque alguna vez a lo largo de su vida les ha tocado un unicornio.

—¿Un unicornio? —repitió Alex, pasmado.

—Exacto: un unicornio. En este mundo nadie nace siendo mago, ni tampoco puede aprender la magia. En este mundo, los unicornios entregan la magia a los mortales. Y sólo los que alguna vez en su vida han sido rozados por el cuerno de uno de ellos pueden entrar en la Orden Mágica. Siento decíroslo, chicos, pero ninguno de vuestros personajes ha sido nunca consagrado por un unicornio.

—Entonces, ¿por qué tiene ella hechizos de curación? —protestó Alex, señalando a Alicia acusadoramente.

—Porque es una semimaga. Siendo niña una vez vio un unicornio, aunque él no llegó a tocarla. No puede entrar en la Orden Mágica, pero sí posee cierta... sensibilidad para la magia y ciertos poderes curativos, que se ven fortalecidos debido a que es sacerdotisa de la diosa de la luz. Pero nada más. Alicia, háblales de tu elfa.

—Veamos... —Alicia puso en orden sus hojas, algo nerviosa—. Se llama Tamina, y es una elfa nacida en... hummm... en Vaisel, en la región de Derbhad. De familia noble, de pequeña vio un unicornio y, en lugar de marcharse a vivir al bosque, entró en la Iglesia de las Tres Lunas. No sé qué significa

esto.

—Para potenciar sus poderes —explicó Chimo—, los semimagos pueden irse a vivir en la naturaleza o entrar en una de las dos Iglesias: la de los Tres Soles, formada por los adoradores de la tríada de dioses, y la de las Tres Lunas, que veneran a la tríada de diosas.

—Entonces, en tu mundo hay tres soles y tres lunas —dedujo Víctor.

—Exacto. Sigue, Alicia.

—Tamina es sacerdotisa de Irial, la diosa de la luz. Vive en el Oráculo de la Clarividencia. Es... hummm... de carácter suave y sereno, pero con una gran fuerza interior que le nace de su fe en su diosa, aunque con poca experiencia en el mundo real. Posee poderes curativos... y...

Alicia parecía algo apurada. Chimo cogió su ficha y resumió:

—Lo más interesante en ella es su gran cultura, su conocimiento del idioma idhunaico antiguo, sus dotes diplomáticas y, por supuesto, que os puede curar si os hacen pupa. Pero no esperéis que pelee, porque nada de nada. A ver, siguiente personaje.

—¡Espera! —dijo Víctor—. ¿No lleva armas?

—Una pequeña daga ceremonial.

—Una niña pija hasta en una aventura de rol —gruñó Alex.

—¡Silencio! Vamos, Víctor, te toca.

—Bueno —empezó Víctor—, mi personaje se llama Althon. Nació en Damineth, región de Nandelf, y es un caballero de la Orden de Caballería de Nurgon, donde ingresó desde muy pequeño por pura vocación. Lleva armadura, así que tiene una puntuación bastante alta en Defensa, y maneja muy bien la espada, cómo no. No miente, no roba, no mata si no son

monstruos o enemigos muy malvados. En resumen, no hace nada moralmente reprochable. Su honor y su deber están por encima de todo. Y, por lo que parece, no confía en la magia y les tiene cierta manía a los magos.

Alicia le dirigió una mirada de desencanto.

—Pero no a los sacerdotes, ¿verdad? —preguntó Fabio, como sin darle importancia.

—No, no a los sacerdotes —confirmó Chimo—. Para que lo entendáis un poco mejor: siempre ha existido una cierta rivalidad entre la Orden Mágica y las dos Iglesias. La Orden de Caballería de Nurgon fue creada por la Iglesia de los Tres Soles justamente para luchar contra los magos, en un tiempo en que las rencillas se convirtieron en una guerra abierta. Por eso los caballeros no confían en los magos, pero respetan a los sacerdotes y a las sacerdotisas.

—En fin —prosiguió Víctor—, este caballero no se distingue mucho de otros caballeros. Es íntegro, leal, valiente, ayuda a los desvalidos, cumple con su deber, etcétera.

—O sea, prácticamente igual a tus personajes habituales —comentó Fabio con envidia—. Qué suerte has tenido, macho.

—Pero hay una pega —dijo Víctor—: es un individuo demasiado orgulloso, y poco tolerante con las cosas que no comprende, o con los que tienen ideas diferentes a las suyas. —Miró a Chimo—. Eso me va a traer problemas, ¿verdad?

—Imagino que sí. Pero bueno, puede que no. Cada vez que te encuentres con un desconocido que te cuente cosas nuevas, haremos una tirada de dados para ver cómo reaccionas, y si confías en él o no. ¿Te hace?

—Qué remedio.

—A ver, Alex, habla tú.

Alex se aclaró la garganta.

—Bueno, os presento a Huril, un personaje algo pícaro,

medio bardo, medio juglar, medio ladrón...

—Querrás decir un tercio de cada —se oyó la voz de Víctor, burlona—. Que, desde luego tú, las matracas...

—Es humano —prosiguió Alex, como si no le hubiera oído—, nacido en Puerto Esmeralda, región de Nandelf. Ha recorrido medio mundo y ha visto muchas cosas, por lo cual podría decirse que no cree en nada. Es mentiroso, tahúr, truhán, etcétera. Es bueno apostando y jugando a las cartas, tiene buena memoria, gran capacidad de observación, mucha cara dura, buena puntuación en Actuar y en cosas tales como Abrir Cerraduras, Robar, Fingir, Ocultarse... También se le da bien convencer a los demás y llevárselos al huerto. Es muy bueno en el uso del puñal.

—¡Menuda joya! —comentó Fabio—. Un tipo así siempre viene bien.

—Pero hay que tener cuidado con él, porque le gusta demasiado lo que no es suyo —concluyó Alex—. Aunque en el fondo es un buen tío.

—Cada cuatro turnos más o menos tendrá que hacer una tirada para ver si roba algo que os pueda meter en problemas —añadió Chimo.

—Y, por cierto, también hay que tener en cuenta sus habilidades artísticas: cantar, bailar, recitar, tocar instrumentos, contar chistes... Además tiene un poder... “Canto de Cisne”. ¿Qué significa eso, Chimo?

—Es una antigua bendición... o maldición, según se mire...que concedió el dios del aire a todos los miembros de su stirpe que se dedicaron a las artes musicales. Vosotros sabéis que se dice que los cisnes cantan cuando van a morir, ¿no? Se dice también que es un canto muy hermoso, y que, quien lo oye alguna vez, no lo olvida jamás.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi personaje?

—Déjame acabar, hombre. Eso significa que tienes el poder de cantar un canto tan bello que conmovería a las mismísimas piedras. Pero, claro, sólo lo puedes usar una vez, porque es un canto de muerte. Te quita todo el aliento vital.

—Pues menuda chorrada. ¿Quién iba a querer suicidarse así?

—Tienes razón; bueno, que sepas que, de momento, nadie en tu familia ha usado nunca este poder.

—No me extraña. Bueno, más cosas sobre mi bardo: otra cosa buena que tiene son sus conocimientos de lengua y costumbres de las distintas regiones por las que ha pasado. Y tiene una puntuación muy alta en Suerte. Será muy útil, ya lo veréis.

En aquel momento sonó el timbre del interfono, y Chimo se levantó para abrir. Volvió anunciando que era Eva.

Apenas cinco minutos más tarde, la chica entró en la habitación. Sus ojos mostraron una cierta sorpresa al ver a Alicia, pero no dijo nada, aunque sí dirigió a Chimo una mirada interrogante. Alicia respondió con una expresión desafiante. La mirada que cruzaron ambas lo decía todo. “Problemas”, pensó Fabio. Daba la sensación que las dos chicas no se llevaban bien entre ellas, “y no me extraña”, se dijo Fabio. “Son completamente diferentes”.

Eva no hizo el menor comentario, y Alicia tampoco se dignó a decir nada más que un escueto “hola”. La recién llegada se sentó junto a Chimo y le tendió el bloc de dibujo. Los ojos del master brillaron un momento tras las gafas.

—¡Genial! —dijo, y le cambió el bloc por las fichas de los dos personajes que quedaban por repartir—. Ten, elige.

Eva les echó un vistazo rápido y no lo pensó mucho. Tal y como Fabio había imaginado, se había quedado con la maga.

Mientras Fabio presentaba a su personaje, Chimo

examinaba los dibujos que había traído Eva, con gesto satisfecho. Después arrancó algunas hojas y las pasó para que todos las vieran.

Eran bocetos de sus personajes. Sobre ellos, Eva había escrito el nombre, la raza y la profesión. Allí estaban Althon, el caballero humano; Tamina, la sacerdotisa elfa; Huril, el pícaro humano; y, por supuesto, Sim, el elfo montaraz guardabosques. También había una joven maga de cabello corto, nariz respingona y gesto decidido. Sobre el dibujo, Eva había escrito: Kali, la hechicera humana. Por último, quedaba el personaje que aún no tenía jugador, la guerrera que Eva le había enseñado el día anterior, en su casa: Iona, la mercenaria semielfa.

—No hay enanos —comentó Víctor.

—Es cierto —admitió Alex—. Qué pena; hay pocas cosas que hagan tanta pupa como un hacha enana. ¿Tienes algo en contra de los enanos, Chimo?

—No. Simplemente, ningún enano ha sido escogido. Pero es una pura casualidad.

—¿Escogido para qué?

—Para el desafío, claro. —Chimo se volvió hacia Eva—. ¿Tienes ya claro tu personaje? ¿Sí? Pues cuéntanos.

—Kali —empezó Eva—, es una joven humana que nació en Lunn, región de Drackwen. Un día un unicornio se acercó a ella, y la rozó con su cuerno, y le entregó la magia... ¿qué significa esto?

Chimo se lo explicó en pocas palabras, y Eva prosiguió:

—De modo que Kali ingresó en la Orden Mágica, y estudió en una de las Cuatro Torres... la Torre del Sur, también llamada Torre de los Dragones, en Awinor. Hace poco que ha alcanzado el grado de hechicera, después de un largo periodo de aprendizaje.

—Imagino que, como todos los magos, será buena en

lanzar hechizos, sabrá mucho de hierbajos y hará muchas pócimas, pero nada de usar armas —comentó Alex.

—Exacto: nada de armas. En cuanto al carácter, no es muy sociable, que digamos. Vive muy encerrada en su carrera de maga, no por ambición, sino por deseo de saber. Habilidades más significativas... veamos... —Eva estudió su ficha—: Cultura... Conocimiento de la Historia... Idiomas: idhunaico arcano... hum, tiene una puntuación muy alta en Inteligencia, Intuición, Percepción... Por lo demás, nada que no tenga cualquier otro mago.

—Pero, bueno, ¿hasta dónde llegan tus poderes? —quiso saber Víctor.

—Tengo aquí una lista de hechizos... de fuego, hielo, viento, tierra... pero, sobre todo, de agua.

—Eso es porque Kali es adoradora de Nelier, la diosa del mar —explicó Chimo.

—Ah, sí, lo pone en la ficha. ¿Cuántos dioses hay?

—Tres dioses: el dios del aire, el dios del fuego, el dios de la piedra, que es también señor de los enanos. Y tres diosas: la diosa de la tierra, la diosa de la luz, la diosa del mar. Bueno —concluyó, y volvió a mirar a los jugadores con gesto grave—. Sois cinco, y falta uno.

—Yo llamaría a Susana —dijo Alex—. Además, el personaje que queda es una tía.

—No está en casa ahora —recordó Fabio, muy oportunamente—. Se ha ido al cine.

—Bueno, empezaremos sin ella —dijo Chimo—. Pero el próximo día tiene que venir, ¿estamos? A no ser que encontréis a otro para jugar. El primer acto podemos hacerlo sin Iona, porque ella se incorpora más tarde al grupo; pero el segundo, ya no.

Fabio asintió, conforme. En una semana tendría tiempo

de sobra para encontrar a otra persona que no fuese su hermana.

—Así que estamos a punto de empezar —anunció Chimo solemnemente—. ¿Preparados? Comienza ya “El desafío de Zhur”.

3— Acto 1: La Torre de los Sortilegios

—Habéis sido llamados por el Señor de la Torre del Norte, también llamada Torre de los Sortilegios —empezó Chimo—, y habéis acudido allí para hablar con él. No os conocéis entre vosotros; sólo sabéis que habéis sido elegidos para una misión, pero nada más.

>> Os hacen esperar en una sala. Como es natural, os observáis los unos a los otros. De entrada, ni al caballero ni a la sacerdotisa les hace gracia la maga.

—Un momento —interrumpió Víctor—. ¿Sabemos quién es el Señor de la Torre del Norte?

—El jefazo de la Orden Mágica. El más poderoso Archimago de los que viven en la tierra.

—Y, si no nos caen bien los magos, ¿qué hacemos allí?

—Ahora mismo estamos en un momento de paz y colaboración entre la Orden Mágica y las Iglesias. Os han ordenado vuestros superiores que acudáis a la llamada, y eso vais a hacer.

>> En cuanto a Huril, el bardo truhán... lo capturaron las autoridades de la ciudad donde hacía de las suyas y lo metieron en la cárcel. Pero él también ha recibido la llamada del Archimago —aunque no entiende muy bien por qué—, así que lo sacaron de la prisión y lo han traído hasta aquí.

—Mejor la Torre que la cárcel, ¿no? —comentó Alex, que era quien jugaba con el bardo.

—Exacto. Pronto os llaman y os hacen pasar a otra sala. El Archimago y dos de sus compañeros, la Señora de la Torre del Sur y el Señor de la Torre del Este, os estaban esperando. Se nota que todo esto es muy, muy importante: la *crème* de la Orden Mágica está reunida para hablar con vosotros.

>>Ante el asombro de la sacerdotisa Tamina, también

hay otra persona allí: el Padre de la Iglesia de los Tres Soles, una de las máximas autoridades religiosas de los ocho reinos.

—¿Hay algún representante de la Iglesia de las Tres Lunas? —preguntó Eva.

—No, pero eso no es extraño: todos saben que la Madre de la Iglesia de las Tres Lunas es ya muy anciana, y está muy enferma.

>> Tomáis asiento donde se os indica y os preparáis para escuchar lo que tienen que deciros.

—Vale —dijo Alex—. Escuchamos. ¿Hay algo que robar?

—Nada. —Víctor le dirigió una mirada amenazadora—. No empieces a sacar de quicio tu personaje, Alex.

—El Archimago os cuenta que estáis allí para formar parte del equipo que aceptará el Desafío de Zhur.

—¿Y qué o quién es Zhur? —preguntó Fabio.

—Zhur es un mago muy poderoso que se rebeló contra el poder de los seis dioses y fue expulsado de la Orden Mágica. Y ahora se ha aliado con el Séptimo y ha lanzado un desafío a los adoradores de los Seis.

—¿El Séptimo? —repitió Víctor.

—¿Te refieres a un séptimo dios? —intentó concretar Fabio.

—Exactamente —dijo Chimo—. El Séptimo es llamado así porque nadie que siga a los Seis ha de pronunciar su nombre. Su origen no está claro, pero lo que sí se sabe con demasiada certeza es que es un dios oscuro que desde el principio de los tiempos ha querido derrotar a los otros Seis.

—Pues está en minoría —comentó Alex.

—Sí, está en minoría, pero es muy, muy poderoso, tanto que ha podido enfrentarse a ellos más de una vez sin salir demasiado malparado. El Séptimo, como los otros Seis, tiene

sus seguidores; y Zhur es uno de ellos.

>> En la dimensión de los dioses, el dios oscuro ha lanzado un desafío a los Seis; es como un juego, como una partida de ajedrez, que se jugará en la dimensión mortal. Zhur es su pieza, y vosotros sois los elegidos por los Seis para jugar por ellos. Quien venza en este duelo se hará con el poder en el mundo. Así que, chicos, depende de vosotros.

—Eh —dijo Alex—, corta el rollo. Ningún dios elegiría por héroe a un bardo ladrón que, además, no cree en nada.

—Sí, si ese dios es Yohavir, el dios del aire, que tiene fama de alegre y pacífico. La raza que él creó son los celestes, criaturas bondadosas que no saben lo que es la lucha ni la violencia. Por eso él no podía elegir a ningún celeste para el Desafío. A Yohavir le gustan los chistes y las buenas historias, y los tipos libres como el viento. Es decir: como Huril. Porque, a pesar de las apariencias, Yohavir sabe lo que tú has dicho antes: que, en el fondo, Huril es un buen tío.

—Supongo que la sacerdotisa ha sido elegida por la diosa de la luz —dedujo Fabio—, y la maga, por la diosa del mar. ¿Y los demás?

—El caballero Althon es el elegido por Aldun, el dios del fuego. Este dios creó a los yan, los habitantes del desierto de Kash-Tar. Pero son tipos que sólo se preocupan por su supervivencia, y no harían algo tan altruista como ser los peones de los dioses en un juego contra el Séptimo... porque, aunque para los dioses es sólo un juego, no hace falta que os diga que para los mortales es bastante peligroso...

—No hace falta que lo digas —replicó Alex rápidamente.

—Algo parecido pasa con Nelier, la diosa del mar, cuyas criaturas, los varun, no pueden vivir fuera del agua. Por eso tuvo que elegir a un terrestre para el viaje: la maga Kali.

>> Wina, la diosa de la tierra, fue la que, según las leyendas, creó a los humanos. Pero, curiosamente, no ha encontrado a una sola mujer humana que cuide tanto su obra y ame tanto su mundo como un elfo montaraz que siempre la ha adorado en su corazón, aunque no sea muy religioso. Es decir, tu personaje. —Y miró a Fabio, que asintió—. Y, por último —concluyó—, nos falta el elegido de Karevan, dios de la piedra y señor de los enanos. Y hay un pequeño problema...

—El sexto jugador —adivinó Eva—. ¿Qué es lo que pasa?

—El Padre de la Iglesia de los Tres Soles os explica que Karevan todavía no ha designado a su elegido. Por lo que parece, los sacerdotes de Karevan dicen que han convocado una competición de lucha en las praderas de Shur-Ikail, cerca del reino de los enanos. Allí pueden acudir guerreros y luchadores de todo el mundo. El mejor será el elegido de Karevan, el orgulloso dios de la piedra. Hasta saber el resultado de la competición, no tendréis un sexto compañero.

—¿Y va a ganar esta guerrera? —preguntó Alicia—. ¡Qué gracia!

Alex le disparó una mirada de reproche:

—Eso tú no lo sabes.

—¿Cómo que no? Éste es el sexto personaje, ¿no?

Chimo, generosamente, acudió en rescate de la novata:

—Alex quiere decir que tú, Alicia, sí que lo sabes; pero Tamina, tu personaje, no; porque la sacerdotisa nunca ha visto a la guerrera, y porque estamos en un momento de la historia en que aún no se sabe el resultado de la competición de lucha.

—Así que de momento somos cinco —resumió Fabio—. Y, bueno, si no es mucho preguntar, ¿en qué consiste exactamente el Desafío?

—El Archimago os dice: “Tenéis que acudir al encuentro

de Zhur, que os espera en el Límite del Mundo, más allá de Awinor, la Tierra de los Dragones. Es un viaje largo y tenéis que realizarlo vosotros solos; nosotros no podemos ayudaros. Zhur os tenderá trampas y os enviará todo tipo de enemigos a los que tendréis que vencer antes de enfrentaros a él”... si llegáis a enfrentaros a él, claro.

—Pues vaya ánimos nos da el mago éste.

—Ehem, lo siento. La última frase ha sido un comentario mío, como master. Se supone que el Archimago os da todo su apoyo y todos los ánimos que hagan falta... como le va la vida en ello...

—Vale, y, exactamente, ¿dónde está el Límite del Mundo?

Chimo desplegó ante ellos un mapa que había dibujado él mismo.

—Estáis aquí. —Y señaló un punto en el norte—. Esto es la región de Nandelf, que ocupa toda la parte norte del continente. Al oeste de Nandelf, en Daminon, viven los humanos, y, al este, en Raheld, los enanos. La parte norte de Nandelf es Kazlunn, la tierra de los magos. Y ésta es la Torre de los Sortilegios, principal centro de la Orden Mágica.

>> El Límite del Mundo al que se refiere el Archimago es la frontera sur del continente. El camino más corto es atravesando todo Nandelf, cruzando la cordillera de Daminon... después, a través de la zona centro, es decir, la Llanura Celeste...

—Allí no tendremos problemas, ¿verdad? —dijo Víctor—. ¿No viven allí los celestes, esa raza pacífica que... ?

—Tendréis los problemas que os envíe Zhur, eso que lo tengas en cuenta. Los celestes son tíos muy majos, pero Zhur no lo es. Además, probablemente tengáis que atravesar el bosque de Awa antes de llegar a la Llanura.

—¿Y qué hay allí? —quiso saber Alex.

—Ya lo veréis.

—Jo, macho, ya nos podías adelantar algo...

—Tu personaje no tiene por qué saberlo —metió cizaña Alicia.

—Pues sí, listilla, porque mi personaje ha recorrido todo el mundo y...

—Vale ya, los dos. Prestadme atención, ¿queréis?

Volvieron a centrarse en el mapa.

—Luego, al sur de la Llanura Celeste, está el Desierto de Kash-Tar. Eso sí que va a ser chungo.

—Y al sur, Awinor, la tierra de los dragones —comentó Fabio, examinando el mapa—. Va a estar complicadillo, ¿eh?

—Después está el límite del mundo y... tachán, tachán...

—Zhur —completó Víctor—. Puede estar bien, sí. Veamos, volvamos a ponernos en situación: estamos en la Torre de los Sortilegios, y el Archimago nos ha dicho que seremos peones en una especie de juego entre divinidades. ¿Qué decimos?

—Yo haré lo que mi diosa me pida —dijo Alicia, muy en su papel.

—Y yo también, porque es mi deber —añadió Víctor.

—A mí me lo ordena mi superior, el Archimago —dijo Eva—. Es un gran honor.

—Yo, no sé —dijo Alex—. ¿Pagan bien?

—Pagan con tu vida, capullo —gruñó Chimo—. ¿Quieres jugar o no?

—Tengo que ser coherente con mi personaje —protestó Alex.

—Y si el Archimago amenaza a tu bardo con no salir vivo de la torre si no es con el grupo, ¿qué dices?

—Bueno, en tal caso...

Fabio no había dicho nada. Todos le miraron, y el chico habló por fin:

—Sim es libre y orgulloso, y no acepta órdenes de nadie. En cambio, como buen elfo, odia al dios oscuro, y, por tanto, pondrá su cimitarr... estoooo, su arco, al servicio de aquellos que luchan contra él.

—¡Bien dicho! —exclamó Víctor.

—Pues, ya que tenemos grupo —prosiguió Chimo—, sólo nos queda prepararos para el viaje. Como en la Torre del Norte sólo hay magos, no encontraréis muchas armas, así que os daremos dinero y vosotros vais al pueblo y os las apañáis, ¿vale?

—¿Qué pueblo? —preguntó Víctor, mirando el mapa—. ¿Te refieres a Gand?

—No; me refiero a Shurik. Os recuerdo que, antes de emprender el camino hacia el sur, tendréis que pasar por las praderas de Shur-Ikail a recoger al sexto miembro del grupo.

—Hum, es cierto. Praderas de Shur-Ikail... ¿dónde está eso?

—Aquí —señaló Fabio—. ¿Lo ves? Entre Kazzlunn y Raheld. Entre la tierra de los magos y el reino de los enanos.

Chimo miró a sus jugadores.

—Bueno —dijo—. El primer acto ha acabado ya.

—¿Ya? —protestó Alex—. ¡Pero si no hemos hecho nada!

—Es que no podemos seguir sin la guerrera. El segundo acto es la final de la competición. Vais al pueblo, merodeáis por allí, compráis cosas, os metéis en líos, veis cómo lucha Iona, todo eso. Esta primera parte era sólo de presentación, para que veáis de qué va la cosa.

—A mí me mola, de momento —opinó Víctor—. Es diferente de lo que hemos hecho hasta ahora. Lo que no me

trago, Raist, es que lo hayas hecho todo en tan poco tiempo.

—Pues trágate lo, porque es verdad. Ha sido una absoluta inspiración, ya os digo.

—El problema está en que nosotros no conocemos el mundo en el que nos movemos —dijo Fabio—, y se supone que nuestros personajes sí.

Chimo sonrió.

—No te preocupes, querido Drizt. Os iré contando cosas a medida que avance la historia. Os prometo que tendréis en todo momento toda la información necesaria. Y ahora, chicos, basta de cháchara: ¡a merendar!

4— El sexto jugador

—¡Fabio!

Fabio dio un respingo, sobresaltado. Casi se cayó del alféizar de la ventana; por suerte, era un bajo. Se giró y vio, plantada en el pasillo, a su hermana Susana, con los brazos en jarras y cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa? —replicó Fabio, poniendo su gesto más agrio en respuesta a las malas maneras de ella.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Decirte el qué?

—No te hagas el despistado: lo sabes muy bien.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sí lo sabes. Alex me lo ha contado todo: habéis empezado una nueva aventura.

—Ah, eso. —Fabio se encogió de hombros—. ¿Y qué? Tú vienes muy pocas veces a jugar.

—Es que el *Rolemaster* es muy complicado. Pero Alex me ha dicho que esta aventura se desarrolla en un mundo nuevo, y que las reglas son más sencillas. Y —alzó un dedo acusatoriamente—, que necesitáis a una persona más.

Susana calló y se le quedó mirando.

—¿Y qué? —replicó Fabio, malhumorado.

—Podías haberme avisado. Alex me ha dicho que Chimo te dijo el sábado que me llamas para la próxima vez.

—Alex es un bocas —gruñó Fabio—. Y nos vale cualquiera, para que te enteres. El sexto personaje no es exclusiva tuya.

—Pues yo el sábado voy a ir, lo quieras o no. Son cuatro contra uno.

En aquel momento llegaba Alex.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber—. No os veo muy felices.

—Nada; que al simpático de mi hermanito no le apetece que me una a la partida de rol.

—¿Por qué no?

Fabio gruñó algo y les dio la espalda, ignorándoles. Fingió que estaba muy interesado en observar el partido de baloncesto que se jugaba en la cancha del patio del instituto, unos metros más allá.

—Pues yo quiero jugar —decía Susana—. Por lo que contáis, es una pasada de aventura.

—Vaya si lo es. Mira, se desarrolla en un mundo en el que hay seis dioses buenos y un dios oscuro. Y el dios oscuro reta a los otros seis a través de un mago malvado llamado Zhur...

—Hola, Fabio. ¿Qué haces ahí sentado?

Fabio volvió a la realidad. Frente a él, en el patio, estaba Alicia.

—Pensar —respondió Fabio, encogiéndose de hombros.

—¿En qué?

Fabio retrocedió mentalmente en el tiempo para recordar en qué estaba pensando justo antes de la llegada de Susana.

—En nada en concreto. Inventaba una historia. Imaginaba... —los ojos de Fabio se perdieron en la inmensidad del cielo—. Imaginaba que aún quedaban dragones, en alguna parte.

—Pero los dragones nunca han existido.

Fabio suspiró con resignación. No, definitivamente, aquella chica no era del grupo, y nunca lo sería; no porque ellos no la aceptaran, sino porque no tenía sensibilidad para la magia.

—Olvídalo —dijo, conciliador—. Era sólo un pensamiento.

Alicia iba a replicar cuando los interrumpió la llegada de un apresurado Chimo, que venía corriendo por el patio, entre la

cancha de baloncesto y la de futbito.

Se detuvo frente a la ventana donde estaba sentado Fabio, y los saludó a él y a Alicia.

—¿Estáis aquí! ¿Alguien ha visto a Susana?

La aludida se asomó por la ventana, detrás de Fabio, desde el pasillo.

—¿Qué pasa?

Fabio vio, impotente, cómo Chimo le entregaba a su hermana la ficha de la guerrera. Los folios pasaron por delante de sus narices; Susana los cogió, dirigiéndole una mirada triunfante.

Fabio suspiró de nuevo, con más resignación que antes.

Susana estudiaba la ficha con atención.

—¡Hala, una semielfa! ¡Cómo mola!

—¿Te va el personaje? —preguntó Chimo.

Susana había encontrado entre los folios el retrato dibujado por Eva. Lo exhibió con una sonrisa traviesa.

—Pero yo no tengo tanta “pechonalidad”...

—Ni falta que hace. Ella es Iona y tú eres Susana.

—Ya lo sé, tonto. ¿Por quién me has tomado?

—¿Por qué tienes tanto miedo de que nos creamos nuestro personaje, Chimo? —preguntó Fabio, con curiosidad—. Es absurdo, y lo sabes.

—¿Por qué? —preguntó Alicia—. Puede pasar, ¿no?

—No seas tonta —replicó Alex—. Eso sólo pasa en las películas.

—Pero ha habido gente que ha matado a gente...

—Entonces, ¿cómo te has atrevido a jugar con nosotros? Podrías ser la próxima.

—No hagas bromas estúpidas, Alex —cortó Fabio, molesto.

—Perdón, perdón. Tienes razón.

—¿Cuánta gente ha muerto por culpa del fútbol, eh? —intervino Susana—. Y a nadie se le ocurre encerrar a todos los hinchas en un manicomio, ni dicen que el fútbol es algo satánico; mientras que, porque una vez un loco mató a un chaval, ya todo el rol es malo, y todos los que juegan a rol están grillados o realizan ritos demoníacos, o qué se yo... ¿por qué?

—Mira, Alicia —trató de explicarle Chimo—. La gente que juega a rol es gente normal, como tú, como yo, como el vecino de enfrente. Y un psicópata es un psicópata, y un día quizá saque una pistola y se líe a tiros, y mate a todo el que pase, ya sea haciendo la compra, o paseando al perro, o jugando a rol. ¿Entiendes?

—Y como vuelvas a insinuar algo así te echamos del club —sentenció Alex.

Alicia notó enseguida que el ambiente se había enrarecido.

—¿Qué os pasa? ¿Qué he dicho?

—Déjalo, niña bien —dijo Alex; ya no parecía enfadado, sino simplemente cansado y algo triste—. No lo entenderías.

Les dio la espalda y se fue sin una palabra.

Fabio tampoco tenía ganas de seguir hablando con ella, pero se esforzó en ser un poco amable, y simplemente dijo:

—A veces, hemos tenido bronca en casa por jugar a rol. Se creen que es algo malo.

—Estamos bastante incomprendidos —añadió Chimo—. Mi madre pensaba que yo era poco menos que un delincuente, hasta que un día se puso a espiarnos detrás de la puerta mientras jugábamos una partida. Al cabo de media hora entró y nos preguntó que cuándo dejábamos de hablar y tirar los dados y empezábamos a jugar. Le explicamos que llevábamos ya un buen rato jugando; y, desde entonces, si vamos a jugar a casa y está ella, hasta nos hace la merienda. Dice que prefiere que

estemos en casa haciendo teatro que tirados por ahí, borrachos, en cualquier discoteca.

—Jo, macho, eso es tener suerte. Mis padres no quieren ni oír hablar de rol.

Susana miró a Fabio de reojo.

—Ya ves cómo nos llaman en el insti —prosiguió Chimo—: los Sectarios. Y eso que somos gente muy normal: Víctor está en el equipo de futbito, Alex es *scout*, Fabio toca la guitarra y yo leo bastante y saco buenas notas, y colaboro con la revista de aquí. Lo único que pasa es que nos gusta la fantasía y tenemos imaginación. Y eso no es malo.

Fabio no pudo más.

—¿Pero por qué tenemos que dar explicaciones siempre, Chimo? —estalló—. ¿Por qué la gente se piensa que somos mala gente y hacemos cosas raras, sólo porque jugamos a rol? ¿Saben acaso lo que es un juego de rol?

Hubo un largo silencio.

—Bueno, siento haberos molestado —dijo entonces Alicia, muy cortada—. Yo...

—¿Qué tal si cambiamos de tema? —intervino Susana—. Como, por ejemplo, ¡mi personaje!

—Iona —asintió Chimo—. La semielfa guerrera. Creo que todos han leído ya tu ficha, Susana.

—Yo no —dijo Fabio.

Se incorporó un poco sobre el alféizar, y respiró hondo. Estaba dispuesto a ser agradable con su hermana; Alicia le había recordado lo solo e incomprensido que se había sentido muchas veces, y no podía evitar pensar ahora que Susana no sólo era la única en su familia que aceptaba los juegos de rol, sino que, además, disfrutaba jugando.

Era una tontería no querer que se uniera al grupo.

—Háblame de Iona, Susana —pidió.

Susana sonrió.

—Se llama Iona Mano de Acero —dijo—. De profesión, mercenaria. Nació en Namre, la ciudad portuaria más importante de Derbhad, la tierra de los elfos, hija de una joven humana y un apuesto marinero elfo. Su padre abandonó a la joven embarazada, y ésta murió poco después de que Iona naciera, víctima de una epidemia. La niña fue adoptada por los dueños de una taberna, y allí creció, entre compañías poco recomendables. Un día abandonó Namre para no volver jamás, decidida a buscar aventuras y a ganarse la vida con su espada. Ha recorrido buena parte del mundo, es experta en el manejo de la espada y conocedora en general de todo tipo de armas y venenos.

—¡Venenos! —repitió Fabio—. Interesante.

—También se le da bien la lucha cuerpo a cuerpo —prosiguió Susana—. Lleva una armadura ligera y monta a caballo. Es rápida, fuerte, resistente.... Su nivel cultural deja mucho que desear, pero habla varios idiomas, es sagaz y muy lista. Tiene experiencia en aventuras de este tipo y en la lucha contra monstruos y guerreros varios, así que será una buena baza.

>> En cuanto a carácter, tiene un problema; y es que, al ser una híbrida, no se siente a gusto en ninguna parte, es solitaria y poco sociable. Y tiene muy mal genio.

—Como tú —se le escapó a Fabio.

Susana le propinó una colleja.

—¿Lo ves? —refunfuñó Fabio, frotándose la nuca magullada.

—Bueno, pues ya está todo listo para seguir la partida el sábado que viene —dijo Chimo, satisfecho—. Fantástico.

En aquel momento sonó el timbre que indicaba el final del recreo. Alicia se despidió de ellos y se fue para su clase, y

Susana hizo lo propio, llevándose consigo la ficha de la guerrera semielfa.

Fabio se quedó un momento más en el alféizar de la ventana, mirando cómo el patio se vaciaba de gente, y oyendo a su espalda el bullicio de los alumnos que recorrían el pasillo en dirección a las aulas.

Cuando se dio la vuelta, descubrió que Chimo seguía allí, esperándole.

—Tenemos que volver —le dijo.

Fabio asintió.

—Sí, la clase de lengua estará a punto de empezar.

Pero Chimo negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. —Le miró fijamente—. Quiero decir, volver allí. Al otro lado.

Fabio no tuvo tiempo de preguntarle. El nuevo master del grupo dio media vuelta y se alejó pasillo abajo, hacia las aulas.

5— Acto 2: Las llanuras de Shur-Ikail

—Bueno, ¿dónde está Alex? —preguntó Chimo.

—Ha ido al quiosco a comprar marranadas —explicó Víctor.

—Como si aquí no se os diera bien de merendar, ingratos...

—No se ha olvidado de ti: ha dicho que traería ganchitos.

—Ah, bueno, eso es otra cosa.

En aquel momento sonaba el timbre. Chimo se levantó para abrir y, apenas un par de minutos después, Alex y él volvían a entrar con los brazos repletos de bolsas de chucherías.

Soltaron su cargamento en el centro de la mesa. Alex se dio cuenta de que Alicia miraba las bolsas con reparos y dijo, burlón:

—Lo siento, princesita: no había chucherías bajas en calorías.

Ella decidió ignorarle por completo.

—Tocamos a veinte duros por cabeza, Sectarios — anunció Alex—. Así que, apoquinad.

Hubo cierta confusión mientras todos pagaban su parte y se apropiaban de las bolsas que más les interesaban. Una vez las cosas volvieron a la normalidad, y Chimo se hubo asegurado de que la bolsa de ganchitos estaba a su alcance, miró a sus jugadores, ordenó sus papeles y empezó:

—Abandonáis la Torre de los Sortilegios al amanecer, con las bolsas llenas...

—¿De ganchitos? —preguntó Alex.

Carcajada general.

—Vale ya, tíos, esto no es serio. Empecemos de una vez.

—Venga, basta de chorradas —intervino Víctor, aunque aún sonriéndose.

—Como iba diciendo, salís de la torre con las bolsas repletas —Chimo lanzó una mirada amenazadora al inoportuno bardo— de comida, cosas útiles y bastante dinero. En resumidas cuentas, el equipo que os he puesto a cada uno en la ficha. Y os dirigís hacia el este, hacia Shurik, el pueblo donde se organiza la competición.

>>Llegáis al atardecer, justo a tiempo para ver la final. Preguntáis por el campeonato y os cuentan que el mejor de los participantes va a enfrentarse con el mejor de los guerreros enanos. ¿Qué hacéis?

—Si vamos a pasar la noche allí, deberíamos buscar una posada —dijo Víctor.

—Vale, escuchad —dijo Alex—. Hagamos una cosa: el caballero y yo nos iremos a buscar una posada. El resto, que vaya a ver la final.

—¿Os separáis? —dijo Chimo—. De acuerdo: Susana, Alicia, Fabio y Eva, al salón.

Los aludidos se levantaron y salieron de la cocina.

Fabio se dejó caer en el sofá del salón. Susana y Alicia hablaban entre ellas, pero él permaneció callado y en silencio hasta que Chimo los llamó para que entraran

Alex y Víctor ya salían. Este último parecía enfadado, y dirigía a Alex miradas amenazadoras. Fabio no preguntó nada: se suponía que no sabía lo que había ocurrido.

Fabio y las chicas entraron de nuevo en la cocina.

—Os vais a las afueras del pueblo —empezó Chimo—, y allí encontráis a un montón de gente que ha acudido a ver el campeonato. Os abris paso hasta el pequeño circo que han habilitado para la ocasión, y veis a la guerrera luchando contra un enano bastante tocho, para ser un enano. Ella lleva espada; él, hacha.

—¿Voy a tener que tirar los dados? —preguntó Susana.

—No, porque vas a ganar. El juego comienza para ti cuando te unes al grupo.

>> Vosotros, ¿qué hacéis mientras ella lucha?

—Yo voy a comprar hierbas curativas —anunció Eva—. No tengo ninguna en el equipo.

—Como quieras. Entonces, la maga se aleja en busca de un herbolario, ¿no? Os quedáis los dos elfos viendo luchar a Iona.

>> Veis, un poco más allá, a dos enanos más, sacerdotes del dios Karevan, que están observando la lucha con interés. Os ven, se acercan a vosotros y os preguntan si venís de la Torre de los Sortilegios.

—Respondemos que sí, claro —dijo Fabio—. Están en el ajo, ¿no?

—Efectivamente. Os explican que el vencedor de esa lucha será vuestro compañero. Notáis que les gustaría que ganase el enano, por supuesto.

>> En ese momento, Iona resulta vencedora. La multitud ruge. El enano se levanta de la arena, furioso y humillado. Los sacerdotes ponen cara de circunstancias; parecen muy decepcionados, pero dicen que aceptarán la voluntad de su dios; añaden que van a hablar Iona, que se reunirá con vosotros más tarde, cuando le hayan contado de qué va el asunto. Así que os alejáis de allí y preguntáis por la posada.

—¿Y yo? —dijo Eva.

—A eso iba. Tú encuentras una herboristería. Las plantas curativas que tienes disponibles son, en orden de eficacia, la tuwia, el boré, las hojas de olenko.

—Hasta has inventado plantas nuevas —dijo Fabio, pasmado.

Pero Chimo no le hizo caso. Mientras regateaba con Eva sobre el precio de las plantas curativas, Fabio meditó su

próximo movimiento.

El bardo y el caballero habían ido a la posada, y allí había pasado algo, seguro; por la cara que ponía Víctor... Y él...

—Vale, solucionado —dijo entonces Chimo.

Eva se apuntaba las hojas curativas en la sección de Equipo de su ficha, refunfuñando por lo bajo y protestando por los abusivos precios que se gastaba el master.

—Llegáis a la posada —dijo Chimo—, y os encontraréis con problemas: las autoridades del pueblo están a un pelo de llevarse al bardo a la cárcel. Diles a esos dos que entren.

Unos minutos más tarde, ya estaban todos reunidos de nuevo en torno a la mesa.

—Que os cuenten, que os cuenten —dijo Chimo, riéndose por lo bajo.

—Este inútil le ha robado la bolsa a un rico comerciante —gruñó Víctor, señalando a Alex—. Con tan mala suerte que le han pillado.

—Me ha salido mal la tirada —se defendió el acusado.

—O hacéis algo pronto o lo colgarán por mangui —sentenció Chimo—, así que...

—Alicia, habla con ellos —dijo Víctor—. Eres una sacerdotisa. Te respetarán, ¿no?

—¿Y qué les digo? ¿Que el destino del mundo depende de nosotros seis?

—No se lo tragarán —dijo Alex, agorero.

—Bueno, yo lo intento. Veamos... me acerco a los guardias, o lo que sean, y les digo que suelten al bardo, que va conmigo.

Alicia tiró los dados. La puntuación fue bastante baja.

—Lo siento, Alicia. Los guardianes de la paz y el orden se ríen de ti en tus barbas. Aunque, espera... Seré bueno. Alex,

haz una tirada de Suerte.

Alex hizo rodar los dados.

—¡Doce! —exclamó—. ¡Toma ya! ¡Chúpate esa!

—Vale, vale —refunfuñó Chimo—. Con eso y con la puntuación de Suerte que tiene tu personaje, se puede producir hasta un milagro: en ese momento entran Iona y los sacerdotes enanos en la posada. Éstos interceden por vosotros en nombre del dios Karevan.

—¿Y por qué a ellos les hacen caso y a mí no? —protestó Alicia.

—Porque estamos en Shur-Ikail, muy cerca de Raheld, el reino de los enanos. En esta región, el dios Karevan es más venerado que la diosa Irial, a la que tú sirves. ¿Estamos?

>> Bueno: subís a una habitación privada y los sacerdotes os presentan a Iona, el miembro número seis del grupo. Os desean mucha suerte y se van hacia su templo.

>> Vosotros partís al amanecer. Abandonáis Shurik y salís a una extensísima pradera. El pueblo más próximo está a unos cinco días de camino. Cruzáis las praderas sin novedad y una tarde veis a lo lejos un grupo de jinetes que se acercan a vosotros. No sabéis si son enemigos o no.

—Pues preparamos las armas, por si acaso —dijo Víctor.

—Me parece muy prudente.

>> Cuando llegan a una distancia más o menos aceptable, el elfo los distingue por fin: son miembros de la tribu de los Dagan, los bárbaros de las llanuras. Por lo que sabéis, no tienen por qué resultar peligrosos. ¿Alguno de vosotros habla idhunaico dagan?

Los jugadores consultaron sus fichas.

—Sí, yo —dijo Alex, satisfecho.

—Pues espero que estés bien en diplomacia, macho —comentó Víctor—; porque, si nuestros contactos dependen de ti,

vamos listos.

—Los jinetes llegan hasta vosotros —prosiguió Chimo—, y os preguntan quiénes sois, a dónde vais y de dónde venís. ¿Qué respondéis?

—Que venimos de Shurik —dijo Alex con cautela—, de ver el campeonato de fuerza. Y nos volvemos a casa.

—Buena respuesta —aprobó Chimo—, porque tal vez a los dagan no les sentaría bien que dijeseis que sois elegidos de los dioses. De momento, se sorprenden un poco de ver un grupo tan heterogéneo.

>> Haz una tirada de Presencia, Alex.

Alex tiró. Todos contuvieron el aliento mientras Chimo estudiaba el resultado con aire crítico.

—Vale, les has caído bien —sentenció finalmente el master—. Os acompañarán hasta el bosque.

>> Guiados por los guerreros dagan, llegáis sin novedad hasta un pequeño bosque entre las Llanuras y la Cordillera de Daminon. Os despedís de ellos y seguís vuestro camino.

>> Avanzáis por un camino que serpentea entre abedules. Hace un día precioso, luce el sol... es un tiempo impropio de la fría región del norte así que, pese a todo, estáis de buen humor. Hasta la sacerdotisa y el caballero están de buen rollito con la maga...

—...Que pasa olímpicamente de ellos —terció Eva.

—Exacto. —Chimo miró a Eva con cierta sorpresa—. Kali es muy suya y no habla mucho con la gente. Has captado bien al personaje, Eva.

>>Bueno, sígo. Como decía, cruzáis un bosque claro y bonito, los pájaros cantan...

—Vaya, vaya —murmuró Víctor—. Eso significa problemas.

—Depende. Haced una tirada de Percepción.

Los jugadores consultaron sus fichas. Los que más puntuación tenían en Percepción eran la maga y el elfo, así que Fabio cogió los dados y los tiró. Todos estiraron el cuello.

El resultado fue decepcionantemente bajo.

—Problemas —repitió Víctor, pesaroso.

Chimo ya hacía sus cuentas, sumando el resultado de la tirada con la capacidad del elfo montaraz en Percepción.

—Tú no ves ni oyes nada raro —concluyó—. A ver, Eva.

Eva tiró los dados también. Su resultado fue algo mejor.

—Hum... —dijo Chimo—. Bueno, seguís adelante. El elfo va completamente tranquilo y feliz. La maga sospecha algo, pero no lo tiene muy claro. Intuye que, desde la espesura, muchos ojos os vigilan.

—Y, entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Alicia.

—Pues esperar a que nos ataquen —explicó Susana—. Hemos fallado la tirada de Percepción, y nos cogerán por sorpresa. Será más difícil que si los hubiésemos visto antes.

—Atended —prosiguió Chimo—: de pronto, os disparan tres flechas desde los matorrales. Tirad todos un dado de seis y decidme qué tenéis en Suerte y Agilidad.

Uno por uno, los jugadores tiraron los dados. La puntuación más baja fue la de Víctor. La más alta, la de Alicia.

—Los elfos y el bardo esquivan las flechas. A la maga le da en el brazo: dos puntos de daño. A la guerrera, en el hombro: un punto. A ti, Víctor, te ha acertado en el pecho y en la pierna. Son ocho puntos.

—Llevo armadura —le recordó él—. Son más dos puntos de defensa.

—Cierto, cierto. Seis, entonces.

—¿Podemos ver ya a los atacantes? —preguntó Fabio.

—Los elfos, sí. La sacerdotisa y tú sois los únicos que

podéis atacar. Pero, como ella no tiene armas, pues te toca a ti.

—Bueno, pero, ¿qué son?

—Wibbas. Un tipo de criatura parecida a un goblin, pero con cabeza de perro. Son ladrones y asaltantes, y suelen poner emboscadas en los caminos. Su piel pardusca hace que sean muy difíciles de distinguir entre el follaje.

—¿Cuántos hay?

Chimo empujó un dado hacia él. Fabio tiró: un tres.

—Tú ves a tres, pero no sabes si hay más. ¿Qué haces?

—Saco el arco y... ¿cuántas flechas puedo disparar en un turno?

—Dos.

—Roñoso. Soy un experto tirador y tengo una puntuación muy alta en Rapidez.

—Bueno, vale: tres.

—Entonces disparo tres flechas, una a cada uno.

Fabio tiró tres dados. Un seis, un cuatro, un uno.

—Vale —concluyó Chimo—. Has matado a uno, has dejado herido a otro y al tercero no le has dado. ¿Alguien más quiere hacer algo, antes de que se os pase el turno?

—¿Puedo lanzar yo mi puñal? —quiso saber Alex.

—No, porque no puedes ver a tus atacantes. Para cuando veas al wibba que ha herido Fabio, ya será el turno de contraataque de ellos.

—Yo quiero hacer algo —dijo entonces Eva—. ¿Son muy grandes esos wibbas?

—Algo más pequeños que los goblins, y no tan gordos. ¿Por qué?

—Porque, si son ligeros, quiero hacer un hechizo de tornado. Aquí pone que puedo.

Hubo un breve silencio.

—¡Muy bien! —exclamó entonces Víctor—. ¡Así se

juega!

—Vale, inténtalo —gruñó el master—. Pero os advierto que alguno de vosotros puede salir volando también.

Eva tiró. La puntuación fue aceptable.

—Humm... —dijo Chimo—. Bueno, vale. El hechizo ha salido bien, pero te has quedado con poca energía mágica, que tardarás varios días en reponer. ¿Estamos?

—Perfecto. ¿Y los wibbas?

—Tres de ellos han salido volando; uno de ellos era el herido grave. Sabéis que queda uno, pero tal vez haya más. En cuanto a vosotros... todos, excepto Víctor, haced una tirada de Suerte, y decidme cuánto pesáis.

—¿Por qué Víctor no...? —empezó Alicia, pero Chimo se lo explicó antes de que terminase de formular la pregunta:

—Porque el caballero lleva una armadura muy pesada y no se lo lleva el viento.

Todos tiraron. Esta vez la puntuación más baja fue la de Alicia.

—Mala suerte —dijo Chimo, engullendo un puñado de ganchitos—. Eres, además, la que menos pesa; o sea, que la sacerdotisa sale volando por los aires. Os quedáis sin ella.

—¿Ya estoy fuera del juego?

—No, mujer. Luego harás una tirada para ver si la caída te quita muchos puntos de vida o no. Vosotros, ¿qué hacéis?

—Después de lo del viento —dijo Fabio—, ¿no vemos a los wibbas que quedan?

—Haz una tirada de Percepción.

Fabio tiró. Chimo estudió el dado con aire crítico.

—Vale, sí. Ves a tres más. Eso hacen cuatro. Pero se te ha pasado el turno. Ya no puedes disparar otra vez.

—¿Por qué no? —intervino Susana—. Los asaltantes están aturdidos y confusos. No van a reaccionar ahora.

—Susana tiene razón —metió baza Alex—. Aún podemos hacer algo.

—Yo sacaré mi espada y... —empezó Víctor, pero Chimo cortó:

—Tú, no. Estás herido. Alex, Fabio y Susana, tirad y decidme qué tenéis en Reflejos.

Afortunadamente, las tres tiradas fueron altas.

—Fabio puede disparar otra flecha, Alex puede lanzar su puñal y Susana le atiza a uno con la espada. Tirad otra vez.

Los tres lo hicieron. De acuerdo con la puntuación de los dados, Chimo decretó que la flecha del elfo no había dado en el blanco, pero que el puñal del bardo, sí. Por otra parte, los dados se portaron bien con Susana:

—¡Doce! —gritó—. ¡Eso es un crítico!

—¿Un qué? —preguntó Alicia.

—Vamos, que le ha hecho mucha, pero que mucha pupa al wibba —explicó Chimo.

Quedaban dos asaltantes, y era su turno para atacar. Los dos wibbas dispararon sendas flechas con sus arcos cortos. Chimo tiró los dados: uno falló el disparo; otro acertó al bardo, aunque éste, gracias a su buena suerte, no resultó herido de muerte.

En el siguiente turno, los compañeros acabaron con los atacantes.

—¿Quedan más? —quiso saber Fabio, receloso.

Chimo tardó un poco en contestar. Parecía decepcionado.

—No —dijo por fin—. No, no hay más. Bueno, resumo vuestra situación. El bardo está herido, y la maga y la guerrera también, aunque en este caso son heridas superficiales. Althon es el que peor se encuentra. Ah, y, por cierto, vuestra sacerdotisa ha salido volando por los aires.

—Pues vamos a buscarla, ¿no? —dijo Fabio—. Tenemos a gente herida.

—De acuerdo. Seguís pues por el camino, en busca de Tamina. Al cabo de un rato oís que alguien gime desde la espesura, y la encontráis por fin... a ver, Alicia, tira los dados.

Alicia cogió los dos dados y los hizo rodar sobre la mesa: cuatro y cinco.

—Nueve —observó el master—. Bien, bien. No estás malherida. Arañados, contusiones y poca cosa más. Aun así, es un punto de vida menos.

Alicia, obediente, cogió un lápiz y le rebajó a su elfa un punto de vida sobre la ficha.

—La sacerdotisa sólo puede realizar un hechizo de curación cada cierto tiempo.

—Entonces, que cure a Víctor, que es el que peor está —dijo Alex generosamente.

—¿Estás de acuerdo, Alicia? ¿Sí? Pues tira los dados.

La tirada resultó buena.

—Vale, el hechizo ha salido bien —concluyó Chimo—. Curas al caballero. Apúntate cinco puntos de vida más, Víctor.

>>Seguís por el bosque. Pasan dos días sin novedad.

—¿Entonces, puede ya la sacerdotisa curar a la maga? —preguntó Fabio.

Chimo le miró como si fuera un piojo.

—Sí, ya puede —soltó por fin, a regañadientes.

—Pero no me da la gana —dijo Alicia, y los demás la miraron, sorprendidos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Susana, intrigada; Eva no dijo nada.

—En primer lugar, porque es una maga; y, en segundo lugar, porque me ha hecho volar por los aires con un hechizo.

—Hombre, visto así...

—Pero estás viva —dijo Fabio—. Si no fuese por ella, quizá te habrían matado los wibbas.

—Quizá yo no quiera que ella me cure —dijo entonces Eva, con voz serena—. Además, no me hace falta: tengo plantas curativas.

“Un tanto para Eva”, pensó Fabio. Chimo se encogió de hombros.

Aprovechando la pausa, Víctor se había levantado para llenarse un vaso de agua. De forma casual, Fabio se fijó en que cojeaba ligeramente.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Víctor al sentarse de nuevo.

—Al cabo de dos días más —concluyó Chimo—, abandonáis y llegáis a la cordillera, dejando atrás las praderas de Shur-Ikail. Fin del segundo acto.

6— Extrañas coincidencias

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Alex.

Fabio se dio la vuelta. Su amigo avanzó hasta situarse junto a él, y ambos contemplaron en silencio la vista que había desde la azotea del instituto.

Fabio no dijo nada. Se limitó a quedarse mirando, perdido en sus pensamientos.

La azotea era uno de sus lugares favoritos para estar. Generalmente era un sitio muy tranquilo, porque, entre que siempre había mucho viento, y un edificio de catorce plantas tapaba el sol la mitad del tiempo, casi nadie subía allí. Pero a Fabio todos aquellos inconvenientes no el molestaban. Le gustaba sentir el viento en la cara, y ver el patio del instituto y todo su barrio desde arriba. Le hacía sentirse libre.

—Tengo un problema, Fabio —dijo entonces Alex.

Fabio tampoco dijo nada esta vez, y ni siquiera le miró. Pero Alex sabía perfectamente que su amigo le estaba prestando atención, y que podía contar con él.

—¿Recuerdas la partida del sábado pasado? —empezó Alex.

Fabio asintió.

—¿Recuerdas a mi personaje, el bardo ladrón? ¿Te acuerdas de que tuvo problemas por robar la bolsa de un rico comerciante?

—Claro.

Alex calló durante un momento. Fabio se volvió hacia él, intrigado. Era impropio de su amigo estar tan serio y pensativo.

Alex miró a Fabio a los ojos. Entonces, lentamente, extrajo algo de su bolsillo y se lo tendió. Fabio lo cogió: era una cartera.

—Es de Víctor —dijo solamente.

Fabio le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Alex se encogió de hombros.

—Yo... no sé, le pedí un tippex y me dijo: “Cógelo, está en el estuche, que está en mi mochila”. Buscando en la mochila tropecé con la cartera y...

Fabio se encogió de hombros.

—Pues devuélvesela. Como broma, ya ha sido bastante pesada.

—No lo entiendes, Fabio. No es eso.

—Bueno, se enfadará, claro, pero...

—No me importa que se enfade, y por supuesto que se la voy a devolver. Pero es que no se la he quitado para gastarle una broma.

—No entiendo qué quieres decir —dijo Fabio; aunque empezaba a intuirlo, y no le hizo ninguna gracia—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Recuerdas lo que dijo Chimo cuando empezamos la partida? Que cada cuatro turnos tendría que hacer una tirada para ver si el bardo robaba algo que no era suyo.

—No digas chorradas, Alex.

—Fabio, yo nunca, nunca he quitado nada a nadie —Alex empezaba a subir el tono de voz—. ¿Por qué ahora?

Fabio perdió la paciencia.

—Mira, Alex, no seas idiota. Todos te conocemos: habrás querido hacer una gracia de las tuyas cogiéndole la cartera a Víctor, y ya está. Devuélvesela, y punto. Y no intentes comerme la cabeza.

—Yo no intento...

—No quiero ni oírte hablar del tema, ¿vale? Si es otra de tus bromas, no tiene gracia. Sólo eso me faltaba: que intentes hacernos creer que tienes problemas de identidad con tu personaje.

Alex no dijo nada. Fabio empezaba a creer que se había pasado, cuando su amigo dijo suavemente:

—¿No lo sientes tú también?

—¿El qué?

—Que tú ya no eres tú.

—No, no lo siento. Y no empieces, Alex. Sabes muy bien que eso no pasa.

—Sí, lo sé. Y justamente por eso estoy tan preocupado.

Fabio se giró para mirarle a los ojos. Una sombra de duda aleteó sobre su mente y su corazón. ¿Y si Alex no le estaba tomando el pelo?

Desvió de nuevo la mirada hacia las calles de su barrio.

—Mira, por ahí llega Víctor —dijo—. ¿Por qué viene tan tarde? Ya es la hora del recreo.

—Ha ido a casa a ver si se había dejado la cartera allí. Se ha perdido la hora de mates, pero decía que no podía esperar al recreo.

—Bueno, pues entonces es buen momento para devolvérsela, ¿no crees?

Alex no contestó enseguida.

—Sí —dijo por fin—. Sí, tienes razón. Por cierto —añadió—, ¿dónde dices que está Víctor?

—Por allí —Fabio señaló, a lo lejos, un punto en una de las calles principales—. ¿No lo ves? Lleva puesto el anorak gris.

Alex frunció el ceño.

—No, no lo veo —dijo—. Está demasiado lejos.

Dio media vuelta para marcharse y se alejó unos pasos. A medio camino se giró hacia Fabio, que seguía asomado al antepecho de la azotea, de espaldas a él, y dijo:

—Oye, Fabio... ¿no eras tú el que decía que tenía que ir al oculista porque no veía muy bien de lejos?

Fabio se enderezó bruscamente y se volvió hacia él; pero

Alex ya había desaparecido por la puerta de la escalera.

En aquel momento sonaba el timbre del recreo.

Fabio permaneció allí un momento más, observando cómo los demás chicos y chicas del instituto abandonaban el patio, que se iba vaciando poco a poco. Le gustaba quedarse mirando; siempre era el último en entrar en clase, y algunas veces llegaba tarde, pero para él valía la pena.

Cuando no quedó nadie, Fabio se apartó del antepecho y, lentamente, bajó las escaleras en dirección al aula.

Al salir de clase se entretuvo también un poco más hablando con un profesor. Cuando acabó, abandonó el aula y recorrió los pasillos del instituto, pensativo.

Se encontró con Alicia sentada en una de las ventanas que daban al patio, la misma en la que, a veces, solía sentarse él. La chica miraba hacia el cielo, con gesto triste, pero se volvió inmediatamente hacia él al oírle llegar.

—Hola —saludó Fabio.

—Hola —dijo ella.

Hubo un breve silencio. Fabio sintió entonces, para su sorpresa, que se sentía muy unido a ella, sin saber por qué. Su mirada tenía cierto brillo angustiado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Fabio.

—Me ahogo —respondió ella—. Me ahogo aquí.

Inexplicablemente, Fabio supo enseguida a qué se refería. Él mismo había estado sintiendo algo parecido aquellos días... desde el sábado, recordó.

Se esforzó por apartar de su mente aquellos pensamientos.

—¿Aquí, dónde? —preguntó, como si no lo entendiese—. ¿Quieres decir, en el instituto?

Ella le miró fijamente un momento, como considerando la pregunta, y la respuesta que debía darle.

—Realmente, no lo sé —dijo, y trató de sonreír—. Quizá sea la ciudad. O el aire.

Apoyó la cabeza en el marco de la ventana y dejó que su mirada volase libre por un cielo sin nubes. Después se volvió hacia él con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento —dijo; ya parecía la Alicia de siempre—. Hoy estoy rara: me habré levantado con el pie izquierdo.

Fabio se despidió de ella y siguió su camino, pensando que sus amigos se estaban comportando de forma muy extraña últimamente.

Víctor y Alex le esperaban en la puerta del instituto. Fabio se dio cuenta enseguida de que había problemas: Víctor parecía muy enfadado.

—¿Qué pasa? —preguntó Fabio, por tercera vez en la misma mañana.

Víctor le explicó que “el villano de Alex le había expoliado”, y otras cosas por el estilo. Fabio se le quedó mirando:

—Querrás decir que este capullo te ha mangado la cartera —rectificó.

—Sí, eso —Víctor parpadeó, perplejo—. Jo, qué repelente me estoy volviendo.

Con infinita paciencia, Fabio intervino para aclarar el malentendido. Se dio cuenta inmediatamente de que Alex iba a empezar a decir cosas raras sobre cambios de identidad, y le cortó por lo sano:

—Bueno, ha sido una broma pesada, pero era eso, una broma, ¿no? —Miró a Víctor antes de que Alex pudiera protestar—. Míralo por el lado bueno: ya tienes tu cartera. Si te la hubiesen robado de verdad, habría sido peor, ¿no crees?

Víctor le miró un momento, pensativo. Luego dijo:

—Tienes razón.

Parecía muy cansado. Cuando echaron a andar los tres hacia casa, Fabio advirtió que su cojera seguía siendo muy pronunciada.

—¿Qué te pasa en la pierna? —preguntó.

—No lo sé, tío. Debe de haberme dado un tirón, o algo así. Lleva doliéndome...

—Desde el sábado —murmuró Alex; lo dijo en voz baja, pero Fabio lo oyó.

—... desde el fin de semana —concluyó Víctor.

Fabio lanzó a Alex una mirada amenazadora, pero el chico se limitó a sostenerla sin pestañear.

—Por cierto —dijo entonces Víctor—, ¿alguien sabe por qué Chimo falta tanto a clase últimamente? Era de los que no se perdían una.

—Estará preparando la partida del sábado. O tal vez esté enfermo, no sé. Le llamaré cuando llegue a casa.

Se quedaron en silencio un buen rato, mientras caminaban por la calle perdidos en sus pensamientos.

—Estoy preocupado —dijo entonces Alex.

—No empieces, tío —protestó Fabio, pero Víctor le miró, interesado:

—¿Por qué?

—Me siento diferente —explicó Alex—. Como si no estuviese aquí. Y, cuando estoy aquí, yo no soy yo.

Fabio hizo un gesto de fastidio.

—No nos rayes más con eso, Alex. No tiene gracia la broma.

—No es una broma. Venid a mi casa y os lo enseñaré.

Fabio y Víctor cruzaron una mirada, pero le siguieron, intrigados.

Poco después estaban los tres en la habitación de Alex, intentando encontrar un sitio donde sentarse entre el desorden de

ropa, libros y discos compactos. Alex salió un momento del cuarto y volvió con una guitarra.

—Sentaos —dijo.

—Eso estamos intentando —gruñó Víctor; apartó una cazadora y un par de libretas de encima de una silla y tomó asiento.

Fabio había encontrado sitio en una esquina de la cama. Alex sacó una silla plegable de detrás de la puerta, la abrió y se sentó. Apoyó la guitarra sobre su rodilla y empezó a tocar.

La música ascendió hasta el techo, llenó la habitación y salió al pasillo. Era una melodía suave y melancólica, pero compleja y fascinante. Víctor y Fabio la escuchaban sin una palabra y, cuando las últimas notas murieron entre las cuerdas de la guitarra y el cuarto quedó de nuevo en silencio, ninguno de los dos dijo nada.

—¿Qué os parece? —preguntó Alex.

—Muy bonito, tío —dijo Fabio—. No sabía que tocases la guitarra. Lo haces mejor que yo.

Alex le miró fijamente.

—De eso de trata, Fabio —dijo con gravedad—. No sé tocar la guitarra. Nunca he aprendido.

—Me estás tomando el pelo.

—No, en serio. La guitarra es de mi hermana. Ayer me dio por cogérsela y me puse a tocar, y salió algo parecido a esto. Y era la primera vez en mi puñetera vida que cogía una guitarra.

—Mira, Alex... —empezó Fabio, pero se calló al ver que Víctor se había puesto pálido.

—Alex dice la verdad —dijo—. Nos conocemos desde la guardería. Nunca ha aprendido a tocar la guitarra.

—Pero mi personaje de “El Desafío de Zhur” sí sabe tocar instrumentos —dijo Alex—. Y el tuyo, Fabio, es un elfo, y tiene la vista muy aguda y el oído muy fino. Y el tuyo, Víctor...

—Alex respiró hondo—, resultó herido en la partida del sábado pasado. Herido en el pecho y en la pierna.

Reinó de pronto un silencio sepulcral.

—Eh, tíos, si esto es una broma... —empezó Fabio, pero Víctor negó con la cabeza:

—Si es una broma, yo no estoy en el ajo, Fabio. Te lo juro. Sabes que yo soy un tío muy serio y que no me gustan ese tipo de cosas.

Fabio miró a sus amigos alternativamente, primero a Alex, luego a Víctor... Intentó poner en claro sus ideas.

—Vamos a ver —dijo—. Me estáis intentando decir que hay ciertas... similitudes... entre nuestros personajes y nosotros, ¿no?

—Yo no sé qué pensar —dijo Víctor—. Me gusta mi personaje, claro, pero nunca me he sentido tan identificado con él como para comportarme igual, ni siquiera inconscientemente.

Alex sacudió la cabeza y apoyó la barbilla sobre las manos, abatido.

—No me digáis que no lo habéis sentido vosotros también.

—¿El qué?

—Esa sensación de... irrealidad. De estar viviendo en un mundo que no es el tuyo. De que, de algún modo, no encajamos aquí.

Hubo un breve silencio.

—Jo, macho, yo no lo habría expresado mejor —dijo Víctor, para sorpresa de Fabio.

—Ya basta —protestó éste—. No os estaréis volviendo locos, ¿verdad?

—No —dijo Alex—. Un loco nunca se plantea si lo está o no, y yo me lo planteo todos los días, siempre que me pasa alguna cosa que se sale de lo normal. Y últimamente, sabes,

pasan demasiadas cosas extrañas. Lo que me extraña es que tú, que eres tan observador, no te hayas dado cuenta aún.

—Bueno, y, entonces, ¿qué es lo que pasa, según tú?

—No lo sé. Tiene que ver con Chimo y la partida. ¿No os habéis fijado en que está raro?

—Sí, eso sí que lo he notado. Ya ni siquiera tartamudea cuando aparece Alicia de repente.

—Alicia... —Alex sonrió maliciosamente—. ¿No os habéis dado cuenta de que últimamente le da por vestir de blanco, y siempre ropa más sencilla que la que suele llevar?

Fabio no respondió enseguida. Se quedó pensando un momento, y después dijo:

—Puede que sean todo coincidencias. Mi hermana, por ejemplo, está como siempre.

—Porque ella no se ha metido de lleno en la partida aún. ¿Otra coincidencia, amigo Drizzt?

De pronto, a Fabio ya no le gustaba ese nombre.

—No vuelvas a llamarme así —gruñó casi sin darse cuenta, y Víctor le miró sorprendido.

—¿Por qué?

Alex tenía la respuesta:

—Después de tres años enganchado a ese personaje, de pronto nuestro querido Fabio no quiere ni oír hablar de él. ¿No te das cuenta, Fabio? Has reaccionado como cualquier elfo lo haría al oír mencionar a un elfo oscuro, aunque sea Drizzt Do'Urden.

Fabio sacudió la cabeza.

—Me estáis mareando. No quiero oír hablar de esto, ¿vale?

Alex se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo—. Pero mañana tenemos otra sesión de rol en casa de Chimo. La pregunta es: ¿qué vamos a

hacer?

—Jugar —decidió Víctor—. Quizá Fabio tenga razón, y sean todo coincidencias. Hasta puede que tú tuvieras algún talento oculto para la guitarra, y te hubieses enterado ahora.

—¿Y si esto va a más?

—Pero, ¿cuál es tu teoría? ¿A qué crees que se debe todo esto que nos has contado?

—No lo sé. Puede ser que esta partida tenga algún extraño poder de sugestión, o que Chimo esté probando con nosotros alguna técnica de hipnosis. ¿Tú que crees?

—No sé qué pensar, Alex. El caso es que yo nunca había llamado “villano” a nadie, y menos a ti. Ni siquiera hablo así en las partidas de rol. Aunque, claro, un lapsus puede tenerlo cualquiera.

Fabio levantó entonces la cabeza y los miró.

—Yo también he notado cosas extrañas —dijo—, pero estoy seguro de que no son más que coincidencias. Voy a jugar mañana. ¿Y vosotros?

—Nosotros también —se apresuró a contestar Alex—. Pero os propongo una cosa: fijaos en el comportamiento de Chimo durante la partida, a ver si notamos algo diferente.

Fabio consideró que aquello no tenía nada de malo, y aceptó.

7— Acto 3: El Bosque de Awa y la Llanura Celeste

—Habéis cruzado la cordillera de Daminon sin novedad —empezó Chimo—. A excepción del caballero, que está un poco tocado, todos en general os encontráis bien, aunque algo cansados del viaje.

>> Al bajar las montañas veis que se extiende ante vosotros el Bosque de Awa, al norte de la Llanura Celeste.

—¿Es un bosque mágico? —quiso saber Eva.

—No hay bosque más mágico que Alis Litban, donde viven los unicornios —explicó Chimo—, pero está al oeste, muy al oeste, en los confines de Drackwen, y vosotros no vais a pasar por ahí.

>> Aun así, Awa es un bosque bastante peculiar. No se trata de una floresta tétrica y oscura, pero alberga algunas comunidades de hadas, así que a veces las cosas no son lo que parecen. También viven allí algunos druidas y semimagos, para potenciar sus poderes. Además, posee la mayor variedad de plantas del continente, así que los que tengan conocimientos en el tema pueden aprovechar para llenar sus bolsas de raíces útiles.

>> Eso es todo lo que sabéis del bosque. Rodearlo os llevaría mucho tiempo, de modo que decidís que lo mejor es entrar.

—Pues eso hacemos —concluyó Víctor.

—Muy bien. Os adentráis en el bosque. Es un lugar misterioso y fascinante, lleno de luces y sombras y enormes flores de colores extraños.

—Por si acaso, no nos acercamos a las flores —se apresuró a aclarar Alex.

—Bien hecho. Entonces, no os acercáis a las flores. En tal caso, el primer día transcurre sin problemas.

>> Cae la noche y os disponéis a acampar. ¿Qué hacéis?

—Encender un fuego —dijo Alicia.

—¡No! —exclamó Eva—. A las hadas no les gusta que se enciendan fuegos en sus bosques. Podríamos meternos en problemas.

—Entonces, ¿qué hacemos, chica lista? ¿Congelarnos de frío?

Fabio curioseaba en la ficha de Eva.

—Maga, tú tienes un hechizo de luz mágica —dijo—, y es muy sencillo.

—¿Eso calienta? —quiso saber Susana.

—Menos que un fuego, pero algo más que nada —respondió Chimo—. ¿Qué hacéis, entonces? ¿Probáis la luz mágica?

Eva tiró los dados. La puntuación no fue alta, pero bastó para realizar el hechizo.

—Bueno —prosiguió Chimo—. Estáis reunidos en torno al fuego mágico. ¿Qué hacéis?

—Yo puedo cantar una canción —propuso Alex.

—Para atraer a los enemigos, ¿no? —se burló Susana.

—¿Qué enemigos? Chimo ha dicho que no es el típico bosque tétrico y oscuro. No va a haber arañas gigantes, ¿o sí?

—Tal vez lo mejor que podamos hacer sea dormir —intervino Fabio—. Para recuperar fuerzas, y eso. ¿Quién hace la primera guardia?

Tiraron los dados. Le tocó al propio Fabio.

—Todos al salón —ordenó Chimo—. Estáis durmiendo y no os enteráis de lo que le va a pasar al amigo elfo.

Enseguida se quedaron Chimo y Fabio solos.

—Bueno, están todos sobando —explicó el master—, y tú te quedas despierto. Al cabo de un rato ves una débil luz a lo lejos. ¿Qué haces?

—Me quedo donde estoy.

—¿Eso haces? —Chimo parecía decepcionado—. ¿Por

qué?

—Porque puede ser un engaño de las hadas, ya sabes. ¿Te crees que soy tonto?

—Bueno, vale, pasas de la luz —aceptó Chimo a regañadientes—. Entonces oyes un canto mágico. ¿Cuánto tienes en Resistencia a Hechizos?

—¿Cómo es la tirada? —preguntó Fabio a su vez—. ¿Fácil, Normal, Difícil ...?

—Digamos que Difícil. Así que mucha suerte.

Los dados no acompañaron.

—Quedas hechizado por la voz, te levantas y abandonas tu puesto de guardia. La sigues hacia la luz y ves un enorme árbol.

—La casa de un hada —adivinó Fabio—. ¿Qué tiene contra mí?

—En realidad, nada. Simplemente se aburre.

>> Encuentras un agujero en el tronco y te cueles dentro. Y caes en una especie de sueño mágico.

—¿No puedo hacer nada para evitarlo?

—Has fallado la tirada, macho. Has caído en las garras de la dríada más juguetona de todo el bosque —le dirigió una mirada picarona—. Míralo por el lado bueno: en el fondo no es una mala compañía.

>> Y ahora, vete al salón y diles a éstos que vuelvan.

—Van a tener problemas, ¿no? —adivinó Fabio, levantándose.

Chimo se encogió de hombros.

—Ya no tienen a nadie que haga la guardia —dijo—, y, desde el límite del mundo, Zhur está deseando pillarlos desprevenidos.

A Fabio le pareció ver un brillo siniestro en los ojos de Chimo. Mientras salía de la cocina, trató de quitarse aquellos

pensamientos de la cabeza. Sería el reflejo de la luz en los cristales de las gafas, se dijo.

Se quedó solo en el salón. Allí estaba la madre de Chimo, viendo la televisión.

—¿Te han echado? —preguntó ella.

—Estoy hechizado —le explicó Fabio—. Se supone que no me entero de lo que les pasa a los otros, ni ellos saben lo que me ha pasado a mí.

Cogió una revista para echarle un vistazo, pero enseguida su mirada se volvió hacia la puerta del balcón, que estaba abierta.

No tardó mucho en salir fuera a respirar. Se sentó en una de las sillas y miró hacia arriba para ver solamente el azul del cielo. “Me ahogo aquí”, pensó, y recordó de pronto dónde había oído antes eso: se lo había dicho Alicia el día anterior, en el instituto. “Estoy desvariando”, se dijo, y cerró los ojos.

Poco a poco empezó a ver en su mente un curioso velo aureolado formado por luces de distintos colores vivos y brillantes, como una aurora boreal. El velo se movía y lo envolvía con suavidad, transportándolo a un mágico mundo de ensueño donde todo era posible.

Y entonces oyó una voz extraña y fascinante, que no parecía de este mundo, cantando una melodía sin palabras, una música inhumana que lo dejaba totalmente embrujado.

—¡Fabio!

Fabio abrió los ojos, sobresaltado. Junto a él estaba Susana.

—Que dice Chimo que entres ya.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Fabio, aún algo aturdido—.

¿Ya, tan pronto?

—¿Cómo pronto? Llevas aquí sobando casi una hora, corazón —se burló ella—. Ya es hora de que salgas del árbol,

¿no?

Fabio se levantó, confuso, y la siguió de nuevo hasta la cocina. Se sentó en su silla y miró a sus amigos, un poco perdido.

—Jo, tío, parece que de verdad hayas estado bajo el hechizo de un hada —bromeó Víctor, pero enmudeció al ver que tanto Fabio como Alex se ponían pálidos.

Chimo prosiguió con la historia:

—El elfo despierta del hechizo y se encuentra en una cabaña rodeado por todos sus compañeros. Hay también un individuo bajito y con una túnica verde.

—Por supuesto, pido explicaciones —dijo Fabio, esforzándose todavía en volver del todo a la realidad.

—Te las damos —respondió Susana—: nos hemos despertado en medio de la noche y de milagro, gracias a que la sacerdotisa ha oído siseos en la espesura; de lo contrario, estaríamos todos muertos.

>> Eran un grupo de criaturas híbridas entre hombre y serpiente, bastante feos, por cierto, y muy peligrosos. Aturdían con sus silbidos y sus armas estaban envenenadas.

—Nigs —dijo Chimo, y le tendió a Fabio uno de los dibujos de Eva.

—Se parecen a los draconianos de la Dragonlance —comentó él.

Pero Chimo negó con la cabeza, impacientemente.

—No, no, no son así. Lo que pasa es que Eva no lo ha captado bien. No tienen cabeza de lagarto, sino de serpiente, es decir: triangular, no alargada. Y sin tantos dientes; sólo se les ven los colmillos delanteros.

>> Vosotros sabéis que los nigs son el ejército terrestre del dios oscuro y los suyos. No hay nigs en el bosque de Awa, así que suponéis que los ha enviado Zhur para mataros.

—La batalla ha sido terrible —siguió explicando Susana—, y el bardo ha estado en un tris de palmarla. Pero entre Víctor y yo hemos solucionado la papeleta.

—De todos modos, estamos todos para el arrastre, con la mitad de vida —puntualizó Alex—. Y yo, con bastante menos.

—La sacerdotisa no podía curarnos, porque el veneno de los nigs es muy potente —siguió explicando Víctor—. Pero la guerrera conocía una fórmula para hacer un antídoto.

—Se supone que sé los nombres de las plantas; pero estoy acostumbrada a comprarlas en el herbolario, no a buscarlas en el bosque. De eso se ha encargado Eva.

>> Nos hemos separado en dos grupos: Eva, Alex y yo nos hemos puesto a buscar las hierbas; y Víctor y Alicia se han puesto a buscarte a ti.

—Hemos tenido algún problemilla, porque Alex ha estado a punto de engullir unas bayas venenosas —añadió Eva—, pero una tirada muy buena de Suerte le ha salvado.

—Buscándote, nosotros hemos encontrado a un semimago que vive por allí —siguió contando Víctor—. Él te ha rescatado. Después de preparar el potingue con las hierbas que ha encontrado Eva y con las que tenía el semimago, nos hemos curado, más o menos. Pero Alex sigue bastante tocado.

—Y te acabas de despertar en la casa del semimago, querido elfo —concluyó Chimo—. Mientras tú dormías tus sueños feéricos, tus compañeros lo han pasado bastante mal. El caballero y la guerrera están mosqueados contigo por haber dejado tu puesto de guardia.

—No ha sido culpa mía, me han hechizado —se defendió Fabio—. Por cierto, se me ha pasado el tiempo volando en la terraza. Habéis hecho cantidad de cosas sin mí.

Alex le dirigió una mirada grave, y Fabio supo enseguida qué estaba pensando. Cambió de tema:

—Bueno, estamos en la cabaña del semimago. ¿Y ahora qué?

—Se ofrece a acompañaros hasta la salida del bosque. Descansáis una noche allí, así que poneos un punto más de vida.

—No me basta —suspiró Alex, mirando su ficha, abatido—. Estoy muy malherido.

—Iremos entonces a Rhyrr —dijo Susana—. Allí tal vez podrán curarte.

Seis pares de ojos la miraron fijamente.

—¿Ir a dónde? —preguntó Alex.

—Ir a Rhyrr —repitió Susana—, la Ciudad Celeste. ¿No nos viene de camino?

Chimo la miraba con seriedad. Desplegó el mapa frente a ellos, y todos se inclinaron hacia adelante para verlo. En el centro de la Llanura, junto a un río, había un punto señalado como “Ciudad Celeste”. Chimo volvió a clavar su mirada en Susana y dijo quedamente:

—¿Cómo sabías que la capital de la Llanura Celeste se llama Rhyrr?

Todos se volvieron hacia él con sorpresa.

—No nos tomes el pelo —dijo Fabio—. Acabas de inventarlo.

Pero Chimo extrajo un papel doblado de su cartera y lo desplegó sobre la mesa. Era un mapa del mundo por el que se movían, pero muchísimo más detallado.

—La Ciudad Celeste se llama Rhyrr —dijo el master—. Ese nombre sólo aparece en mis notas y en este mapa, que no había visto nadie más que yo hasta ahora. Y no recuerdo haberlo mencionado aquí.

—¿Veis como pasan cosas raras? —saltó Alex, sin poderlo evitar.

Reinó un silencio sepulcral.

—Vosotros también lo habéis notado —dijo entonces Eva en voz baja.

Alicia la miró con miedo.

—Me dijisteis que estas cosas no pasaban —les reprochó a sus compañeros.

—¿De qué estáis hablando? —dijo Chimo

—De nada de importancia —concluyó Fabio—. Hala, sigue con la partida.

Trató de ignorar la mirada pensativa que le dirigió Eva.

—Qué extraño, elfo —le dijo ella en voz baja—. ¿Tu percepción empieza a fallar, o es que no quieres admitir lo que está pasando?

Fabio tragó saliva. Nadie más había oído el comentario, y Chimo ya volvía a centrarse en sus notas, pero, por alguna razón, el chico supo en aquel momento que no le sería fácil olvidar las palabras de su amiga.

—El semimago os acompaña hasta el límite del bosque de Awa —prosiguió el master—. Os despedís de él y os adentráis por la Llanura Celeste.

Aprovecharon aquel respiro para tratar de mejorar el estado del bardo. Alicia tiró los dados y Chimo le indicó a Alex que se sumase cuatro puntos de vida más.

—Vais por el camino que lleva hacia el sur —continuó—, en dirección a Rhyrr. A los dos o tres días os encontraréis con una caravana de mercaderes de Awinor, que regresan a su tierra después de haber recorrido los mercados de Daminon. Os unís a ellos.

—¿Cuántos son? —quiso saber Víctor.

—Más de un centenar, la mitad esclavos. Pero vosotros hacéis amistad con el jefe de la caravana, un tipo jovial y bastante listo, y un mago elfo amigo suyo, que siente mucha curiosidad por vuestra misión.

Los jugadores cruzaron una mirada.

—Yo no me fiaría —dijo Fabio—. Mejor le contamos lo imprescindible: que somos un grupo de aventureros y que nos han llamado para participar en un duelo al sur de Awinor.

—Haced una tirada de Resistencia, todos —indicó el master.

Los jugadores obedecieron. La puntuación más baja fue la de Susana, y Chimo esbozó una sonrisa de triunfo.

—Una noche, reunidos en torno al fuego, el mago elfo se pone a hablar con la guerrera. Al principio, ella no hace mucho caso, pero poco a poco va sintiéndose cada vez más fascinada por él.

>> Fabio y Eva, haced una tirada de Percepción.

Esta vez, los dados le dieron ventaja a Fabio.

—El elfo se da cuenta de que sucede algo extraño —concluyó Chimo—, y trata de acercarse al mago y a la mercenaria. Observa que ella no puede apartar sus ojos de él.

Fabio meditó un momento.

—Voy a hablar con Eva, que para eso es maga también, y le cuento lo que he visto.

Chimo asintió.

—Muy bien. La maga observa lo que está sucediendo entre el mago y la guerrera, y llega a la conclusión de que él la está sometiendo a algún tipo de hechizo. Pero, como no has sacado bastante puntuación, Eva, no eres capaz de descubrir más.

—Me da igual —concluyó Fabio—. Voy al mago y le pregunto qué está haciendo.

—Y la propia Iona te replica de mala manera que no interrumpas y que les dejes en paz —replicó Chimo—. Los otros se meten por medio para saber qué está pasando, y la cosa se calienta un poco. Pero en ese momento, aprovechando la

confusión, os atacan.

>>Se trata de una rebelión de los esclavos. Haced otra tirada de Percepción.

Tanto Eva como Fabio la sacaron satisfactoriamente.

—Descubris entre los rebeldes a dos o tres tipos que se ocultan entre las sombras, pero que llevan la insignia del dios oscuro: la serpiente.

—Entonces son ellos los que han sublevado a los esclavos —adivinó Fabio.

—Exacto. Como podréis imaginar, no sólo van a por el capataz, sino también a por vosotros. Pero nadie parece tener interés en el mago elfo. Son cerca de medio centenar.

Los compañeros cruzaron una mirada.

—¡Pies, para qué os quiero! —dijo Alex.

—Puedo hacer un hechizo de teletransportación —sugirió Eva—. Pero necesito mucha energía para llevaros a los cinco.

—La sacerdotisa puede pasarte un poco —dijo Fabio.

Alicia dudaba.

—Si no lo haces, Alicia, se acabó la partida —insistió Fabio.

Tanto le rogaron todos que al final accedió. En dos turnos se transfirió fuerza a la maga, que realizó el hechizo. Entretanto los esclavos rebeldes hirieron al elfo montaraz, el personaje de Fabio, y a Iona, la guerrera.

Pero lograron escapar de allí.

—Gracias al hechizo de Kali aparecéis todos en Rhyrr, la Ciudad Celeste —concluyó Chimo—. Estáis que da pena veros: el bardo sigue muy malherido, la maga está exhausta, al elfo también le han dado... y, por cierto, la guerrera está bajo los efectos de un hechizo.

—¿En qué consiste el hechizo?

—No lo sabéis aún. Al principio no os dais cuenta; sólo el elfo percibe algo, y la maga, aunque también está sobre aviso, no logra llegar a ninguna conclusión.

>> En Rhyrr estáis a salvo. Pasáis tres días allí: sumaos dos puntos de vida todos.

Ellos se apresuraron a rectificar su ficha.

—Os quedaríais más tiempo, descansando —prosiguió Chimo—, pero la sacerdotisa recibe un mensaje del Padre de la Iglesia de los Tres Soles, que le dice que debéis poner os en marcha ya. Si no avanzáis posiciones, será el ejército de Zhur el que dé el siguiente paso.

>> Así que, aún no del todo repuestos, abandonáis la ciudad de los celestes y seguís vuestro camino hacia el sur, en dirección al desierto de Kash-Tar, la siguiente etapa.

8— El embrujo

—Fabio, ven, rápido.

La voz de Eva tenía un cierto tono de urgencia, y Fabio se volvió hacia ella.

—¿Qué es lo que pasa?

—Acompáñame.

Fabio dirigió una mirada interrogante a sus amigos, se encogió de hombros y se despidió con un gesto.

Siguió a Eva por los pasillos del instituto, llenos de gente que salía al recreo parlotando animadamente. Ella no parecía tener intención de contarle qué era lo que la preocupaba tanto, de manera que Fabio se resignó y se limitó a ir detrás.

Era extraño que Eva hubiese aparecido por clase aquel día, pensó de pronto.

Subieron rápidamente las escaleras que llevaban a la azotea. Cuando estaban a punto de llegar arriba, Eva habló:

—Creo que la he convencido para que espere un poco, pero no sé por cuánto tiempo podrá resistir...

—¿Resistir el qué? ¿De qué estás hablando?

Eva abrió de golpe la puerta de la azotea. Fabio se asomó y ahogó un grito.

De pie sobre el antepecho, de espaldas a él y en precario equilibrio, estaba su hermana Susana. Tenía los brazos abiertos en cruz, y el viento le revolvía la melena oscura.

—¡Susana! —gritó Fabio—. ¿Qué haces? ¡Baja!

—No puede oírte —dijo Eva en voz baja.

Fabio corrió hacia el antepecho, pero se detuvo a dos metros, temeroso de acercarse más, por si a ella se le ocurría saltar.

—Susana —la llamó con suavidad—. Por favor, baja de ahí.

Tampoco esta vez ella dio señales de haberle oído. Fabio se acercó lentamente al antepecho y se asomó para mirarle la cara: Susana mostraba una expresión hierática, impenetrable, con la mirada perdida en el horizonte.

—Susana...

Fabio alzó una mano, pero no se atrevió a rozar la de ella, por miedo a sobresaltarla y que saltara al vacío.

Sintió entonces que Eva le cogía del brazo, y se volvió hacia ella.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Eva no respondió a la pregunta.

—Puedo hacer que me reconozca y que vuelva un poco a la realidad, si me mira a los ojos —dijo—, pero necesito de tu ayuda para bajarla de ahí.

Fabio asintió. Entre los dos cogieron a Susana, uno de cada brazo, y tiraron de ella. La chica se resistió sin hacer muchos aspavientos, y a Fabio le costó muchísimo moverla de donde estaba. Se sorprendió de que su hermana fuera tan fuerte.

La bajaron del antepecho a tirones. Eva la cogió de las manos y la obligó a mirarla a los ojos.

Mientras la mirada de Eva sondeaba la de su hermana, Fabio se quedó aparte, incómodo. Todo aquello le parecía de locos, demasiado irreal, demasiado fuera de lo común.

—Escúchame —le dijo entonces Eva a Susana, dulcemente—. Vuelve con nosotros. Vuelve, Susana.

Ella pareció reconocerle por un breve instante, y su rostro mostró un pequeño momento de vacilación. Pero entonces, con un chillido salvaje, Susana retrocedió, sacudiéndose de encima a la otra chica, que cayó al suelo, de espaldas.

—¡Susana!

Fabio se lanzó sobre ella. La joven alcanzó una barra de

hierro que yacía en el suelo, cerca de ella, y la blandió amenazadoramente entre los dos. Fabio se detuvo.

—¿Qué haces?

Susana levantó la barra. Fabio retrocedió, sólo un paso.

—Susana, deja eso —dijo, e intentó acercarse.

Ella descargó la barra contra él, en un movimiento semicircular. Fabio se apartó por los pelos; iba a volver a hablarle, pero no tuvo tiempo: Susana ya lanzaba el siguiente golpe.

Fabio retrocedió.

—¡Susana, déjalo!

Ella no parecía escucharle. Avanzó hacia él descargando golpes, y Fabio retrocedió, esquivándolos. Se sorprendió de la gran habilidad que tenía su hermana en el uso de aquella improvisada arma; la manejaba como si lo hubiese hecho toda la vida, y la movía con tanta facilidad como si fuese de paja.

Inmediatamente, se dio cuenta también de que él mismo estaba haciendo cosas fuera de lo corriente: se movía con una rapidez y una agilidad que hubiese envidiado cualquier gimnasta. Cuando sintió que su espalda ya tocaba la pared, sin apenas reflexionar, flexionó las piernas y saltó.

Se impulsó hacia arriba, ligero como una pluma. Sólo cuando aterrizó sobre el techo de la entrada de la azotea fue totalmente consciente de que acababa de saltar dos metros hacia arriba.

“Esto es de locos...” pensó vagamente. Miró hacia abajo. Susana tenía los ojos clavados en él. Aún blandía la barra de hierro, y lo observaba con precaución. Cautelosamente, ella empezó a retroceder, y Fabio se dio cuenta de que, por el rabillo del ojo, estaba vigilando si Eva hacía algún movimiento sospechoso.

Pero ella se había sentado junto al antepecho, con las

piernas cruzadas y la espalda muy erguida, observando la escena con atención.

Susana se giró lentamente, con las piernas ligeramente flexionadas, balanceando la barra de hierro, alerta, en tensión.

Fabio conocía suficientemente bien a su hermana como para saber que todo aquello no era una broma de mal gusto. Susana no era tan buena actriz.

—No estamos contra ti —dijo entonces Eva, incorporándose un poco—. Formamos parte del mismo grupo, ¿recuerdas?

Susana la miró, sin reconocerla. Tras echarle un vistazo a Fabio y comprobar que él no tenía intención de moverse de su atalaya, Susana levantó la barra de hierro por encima de la cabeza y, con un grito salvaje, se lanzó sobre Eva.

Ella no se movió. Se quedó quieta, en cuclillas, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada. Fabio gritó para avisarla.

Todos sucedió muy rápido. En centésimas de segundo, Eva se había levantado y le plantaba cara a Susana. Las dos forcejeaban por la barra de hierro, que se balanceaba peligrosamente sobre sus cabezas. Fabio advirtió enseguida que Susana era mucho más fuerte, y que llevaba las de ganar.

Pero también percibió que Eva no estaba del todo interesada en la lucha. Mientras trataba de arrebatarle el arma a su atacante, la miraba fijamente a los ojos; y, al estar ambas frente a frente, no le resultaba difícil obligar a Susana a mirarla también.

Los ojos de Eva tenían un brillo hipnótico. Al cabo de unos segundos que parecieron eternos, sin dejar de mirar a Eva a los ojos, Susana aflojó la presión sobre la barra de hierro. Momentos después, la soltó, y ésta quedó en manos de su oponente.

Un par de minutos más tarde, Susana cerró los ojos y se

desplomó, inerte, en brazos de Eva.

Fabio se acuclilló sobre el tejado y observó la escena, preocupado. Eva tendía a Susana suavemente en el suelo.

—Baja de ahí —le dijo a Fabio.

El chico miró hacia abajo, dudoso.

—No puedo —dijo.

—Si has subido, podrás bajar —razonó Eva.

—No sé cómo lo he hecho.

—Simplemente, salta.

—¿No ves que está muy alto?

—¿Y tú no ves que no eres la misma persona que hace un mes?

Fabio la miró, perplejo. Aunque en el fondo sabía perfectamente de qué estaba hablando, su lógica se negaba a entenderlo y aceptarlo.

Susana gimió en sueños y se removió en brazos de Eva.

—Baja de una vez —insistió ella, mirando severamente a Fabio—. Tu hermana te necesita.

Fabio se irguió y se acercó al borde, con precaución. Examinó la pared: tal vez lograrse bajar apoyándose en los salientes. Descubrió otra posibilidad: la puerta se había quedado abierta. Podía apoyar los pies sobre ella y saltar desde allí.

Se acercó, con precaución. Se sentó sobre el borde del tejadillo, con las piernas colgando. Tras una breve vacilación y un nuevo vistazo a su hermana inconsciente, Fabio apoyó los pies sobre la puerta. Con cuidado, se soltó.

Pero la puerta se movió con el impulso. Fabio perdió el equilibrio, movió los brazos desesperadamente, saltó...

Y, de repente, había aterrizado limpiamente en el suelo sin hacer ruido, de pie, sin problemas.

Temerosamente, miró hacia atrás, hacia la puerta de la azotea, que todavía se movía, terminando de abrirse hasta que

llegó al tope. Fabio sacudió la cabeza, preguntándose aún cómo diablos no se había estrellado contra el suelo.

Hasta le había parecido que hacía una pirueta en el aire, le dijo vagamente la voceilla de lo inconsciente en un rincón de su cerebro.

Fabio no perdió tiempo y se acercó a las dos chicas.

Susana seguía inconsciente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fabio, cogiéndola entre sus brazos.

Eva se echó hacia atrás.

—¿Recuerdas que en la partida del sábado pasado la guerrera quedó bajo un hechizo? —dijo—. Pues ya sabemos en qué consiste: en algún momento de la historia ella se volverá contra nosotros y nos atacará, o nos traicionará.

Fabio se le quedó mirando. Eva era la última persona del mundo de quien se esperaba una broma de aquel tipo. La posibilidad de que todo aquello estuviese ocurriendo de verdad le hizo palidecer.

—Eva, ¿qué demonios está pasando aquí? ¿Nos estamos volviendo todos locos?

—¿Todos? —Eva movió la cabeza—. ¿Insinúas que somos víctimas de una alucinación colectiva? Tal vez es lo que dirían los médicos, a falta de una explicación mejor; pero, sinceramente, me parece muy poco probable. Yo no creo que seamos nosotros, Fabio. Es ese juego, esa historia. Tiene algo.

—¿Crees que está maldito, o algo así?

Eva sonrió.

—Es muy fácil atribuir lo inexplicable a demonios y maldiciones —dijo—. Mira, desde que empezamos con este juego he notado, cada vez con más fuerza, que yo no soy yo: que, de alguna forma, soy Kali, la maga. Tengo algunos conocimientos sobre plantas que antes no tenía, y puedo influir

en la mente de las personas.

—¿Y puedes hacer hechizos?

—No. Pero creo que eso es porque este mundo no tiene suficiente energía mágica.

>> Estas últimas semanas me he dedicado a observarme a mí misma; mis reacciones, mi comportamiento... y, desde el sábado, también he estado observando a Susana, sobre todo cuando comprobé que tú, efectivamente, fuiste de alguna manera... hechizado por el hada del árbol.

—¿Y a qué conclusiones has llegado? —quiso saber Fabio, sin acabar de creerlo, pero dispuesto a escuchar hasta el final.

—Creo que Chimo no ha inventado ese mundo en el que estamos jugando, Fabio.

—¿Ah, no?

—No. Creo que lo ha descubierto en su mente de alguna manera. Creo que ha establecido un puente mental entre esa dimensión y la nuestra.

>> Por eso nos dio personajes ya hechos: son gente que existe en otra dimensión. Y, de alguna forma, al jugar a ese juego de rol estamos haciendo, a través de nuestros actos en ese mundo, que ambas dimensiones se vayan fusionando en una.

A Fabio le daba vueltas la cabeza.

—Es una teoría demasiado traída por los pelos.

—Pero intuyo que es la correcta. Y creo que Kali, al otro lado, también ha llegado a la misma conclusión que yo.

>> Imagínate lo que será para ellos, para el grupo de aventureros que, en otro plano, ha aceptado el Desafío de Zhur: el elfo, el bardo, la guerrera, el caballero... todos ellos asaltados, entre combate y combate, por visiones de otro mundo, visiones terroríficas de un lugar lleno de ruido y máquinas que parecen monstruos.

“Me ahogo aquí”, pensó Fabio involuntariamente.

—No —dijo en voz alta.

Se levantó bruscamente y se separó de Eva para asomarse al antepecho de la azotea. Le latían las sienes y se sentía algo mareado.

—¿Por qué no quieres aceptarlo? —oyó la voz de ella a sus espaldas

Susana gimió en sueños. Fabio se giró para comprobar que estaba bien.

—Despertará —aseguró Eva—, y probablemente no recuerde nada de esto. Pero sigue bajo el hechizo y, mientras no lo deshagamos, puede volver a atacarnos en cualquier otro momento.

Fabio no dijo nada. Sólo se quedó mirando fijamente a la inconsciente Susana.

—Tenemos que seguir jugando el sábado, Fabio —concluyó Eva—. Para deshacer el hechizo.

Fabio le dio la espalda, molesto.

—Sólo puedo contar contigo —insistió Eva—. Ni Víctor ni Alicia van a creer todo esto, y Alex lo creerá, pero probablemente no tenga agallas para seguir hasta el final.

>> No creo que todo esto esté pasando por casualidad. Alguien está provocando la fusión de los mundos, Fabio, y yo voy a averiguar quién es.

Eva calló un momento. Fabio no se movió; seguía con la mirada perdida en el horizonte.

—Sólo hay una manera —concluyó Eva—: seguir jugando la partida hasta el final.

Fabio sacudió la cabeza y emitió un suspiro exasperado.

En aquel momento, Susana abría los ojos con un gemido. Fabio se dio la vuelta; cuando vio que su hermana recuperaba la consciencia, corrió a reunirse con ella.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Susana, muy confusa.

Fabio iba a responder, pero Eva se le adelantó:

—Te has desmayado. No pasa nada; será que necesitas tomar más hierro y vitaminas.

Se levantó y miró a Fabio.

—Nos vemos el sábado —dijo—. Ah, y, hazme un favor: mientras, ve pensando en esto: ¿dónde encaja Chimo?

Fabio abrió la boca para responder, pero no se le ocurrió nada qué decir. Susana se había incorporado un poco, pero aún parecía aturdida.

Eva echó a andar en dirección a la puerta de la azotea. Fabio la vio entrar por ella y desaparecer de su vista.

La pregunta de ella le martilleaba en la cabeza, donde se había instalado cómodamente, aparentemente sin la menor intención de marcharse.

¿Dónde encajaba Chimo, si la teoría de Eva era acertada?

9— Acto 4: El desierto de Kash-Tar

—Bueno, pues aquí estamos todos de nuevo —dijo Chimo, echando una mirada a su alrededor—. ¿Qué os pasa, chicos? Traéis caras largas.

Se fijó en Susana, que se frotaba la sien.

—¿Te encuentras mal?

—Me siento pesada y algo zombie. Debo de estar incubando un catarro.

—¿Cuánto queda para el final del juego? —quiso saber Fabio.

—Tres actos más y el del final. ¿Por qué? ¿Tantas ganas tienes de acabar?

—Me da mal rollo este juego.

—¡Y a mí también! —saltó Alex.

Chimo los miraba, estupefacto.

—¿Por qué? Es como los de siempre, pero en un mundo nuevo. ¿Qué problema hay?

Fabio cruzó una mirada con Eva, que negó casi imperceptiblemente con la cabeza. El chico recordó que debían averiguar qué estaba pasando, por Susana; así que dijo:

—Ninguno. Venga, empieza.

Chimo se ajustó las gafas, ordenó sus papeles y comenzó:

—Salís de Rhyrr algo descansados, pero no lo bastante. Cruzáis la Llanura sin problemas; los celestes os acogen bien allá donde vais, porque, como ya sabéis, son un pueblo tranquilo y pacífico.

>> Poco a poco el paisaje de verdes praderas va siendo sustituido por páramos yermos. Cada vez calienta más el sol, y ya hace tiempo que dejasteis atrás el Río de Cristal, que parte en dos la Llanura Celeste. ¿Cuánto tenéis en Resistencia?

Todos consultaron sus fichas. Los menos resistentes eran los elfos y el bardo.

—Cada dos días que paséis en el desierto, se os quitará un punto de vida.

—¡Hala, no te pases! —protestó Alex.

—Por el día hace mucho calor, y por la noche, mucho frío —decretó Chimo, implacable—. Los elfos son demasiado delicados para aguantar eso, y tú tampoco es que hayas llevado una vida muy dura, chaval.

>> Y el resto, borrad esa sonrisa: tampoco vosotros os quedáis tan tranquilos. Se os quitará un punto de vida cada tres días. A ver, Víctor.

—¿Qué pasa?

—O le quitas esa armadura a tu caballero o se va a achicharrar.

—¿Cómo le voy a quitar la armadura a un caballero?

—Entonces, un punto menos de vida cada dos días, como los elfos y el bardo.

—¡Eh! La guerrera también lleva armadura, y ella no...

—Llevo una cota de mallas, no una armadura —terció Susana—. No es lo mismo.

—Hay un oasis a medio camino —dijo entonces Fabio, examinando el mapa—. Y una especie de templo... que se llama... mmm... “Oráculo de los Pensamientos”. ¿Qué es eso?

—Uno de los centros de poder de la Iglesia de los Tres Soles —respondió Alicia—. Un puente de comunicación entre los dioses y los mortales.

Todos la miraron, sorprendidos.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Alicia parpadeó, perpleja, pero se rehizo enseguida.

—No sé, me lo he supuesto —dijo, encogiéndose de hombros.

Fabio decidió no empezar a hacerse preguntas, y volvió a centrarse en el mapa.

—¿Podemos parar ahí, en el Oráculo?

— Somos los enviados de los dioses, ¿recuerdas? — comentó Alex.

Fabio no le escuchaba.

—¿Pueden deshacer ahí el hechizo que han lanzado sobre Susana?

—Vosotros aún no sabéis que ella está bajo un hechizo. Tú lo sospechas, pero eso no te basta para hacer nada.

>>Lleváis cuatro días de camino por el desierto. Mucho calor. Los elfos, el bardo y el caballero con la armadura, dos puntos de vida menos. La maga y la guerrera, uno menos.

>> Una noche, reunidos en torno a la hoguera, decidís que es hora de dormir. ¿Quién va a hacer la guardia?

Tiraron los dados. Le tocó a Alex.

—El bardo hace la primera guardia —concluyó Chimo—. Todos os quedáis fritos. Alex, haz una tirada de Percepción.

Alex obedeció. La puntuación fue bastante baja.

—Nada —sentenció el master—. No te enteras. Sigues a la tuya, luchando contra el sueño, hasta que, de repente, oyes una especie de siseo.

—¿Más hombres—serpiente?

—No. Es como si algo se arrastrase sobre la arena. Algo muy, muy grande.

>> De pronto, desde detrás de una duna sale un enorme monstruo, una mezcla entre un ciempiés y un escorpión gigante... Bajo la luz de las tres lunas, la criatura alza sus inmensas pinzas sobre ti. Es tan grande, que, al resplandor rojizo de los rescoldos de la hoguera, puedes ver su boca llena de pequeños apéndices dispuestos a triturarte...

De pronto Alex gritó, aterrado, y su grito sobresaltó a todos los jugadores, que se volvieron hacia él, sorprendidos. El chico se había levantado de un salto de la silla y tenía los ojos muy abiertos; se había puesto pálido.

Nadie se movió durante un momento, mientras Alex recobraba la compostura. Miró a su alrededor, algo confuso y avergonzado.

—Lo siento —balbuceó—. La imaginación me ha jugado una mala pasada. —Trató de sonreír—. Ahora va a resultar que nuestro Raistlin es mejor narrador que yo...

Chimo aceptó el cumplido con una sonrisa, pero algo preocupado.

—Tío, vaya susto. Tampoco era para tanto, ¿eh? Esto no es una peli de terror.

—Estoy empezando a creer de verdad que estáis todos locos —dijo Alicia.

—No ha sido nada —se apresuró a aclarar Chimo—. A Alex le gusta dar la nota a veces.

—A veces no, siempre —puntualizó Víctor con una sonrisa.

El ambiente parecía haberse distendido un poco. Chimo carraspeó.

—Bueno, ves a un insecto gigante —resumió—. Y me ahorro los detalles. ¿Qué haces?

—Grito —dijo Alex, muy serio.

Carcajada general.

—No, no va de coña —insistió Alex—. Grito; de hecho, he gritado. Supongo que eso servirá para despertar a todos los demás, ¿no?

—Cierto —asintió Chimo—. Pero ahora tienes un problema: el bicho se ha fijado en ti. Como tú no lo habías oído llegar, te ataca. Y hace mucha, mucha pupa, te lo aseguro.

—Llevo un amuleto de protección que me dio el semimago en el bosque, ¿recuerdas?

—Eso es un puntito de vida nada más. Creo que estás bastante muerto, chaval.

Chimo tiró los dados por el ataque del insecto. Entre los dos, sumaban un cuatro.

—Bastante cutre —se lamentó el master—. Aun así... mmm... hagamos cuentas...

Chimo sumó el resultado de la tirada a la fuerza del monstruo y la resistencia del personaje de Alex. Cuando éste se restó los puntos de vida que le había quitado la criatura se encontró con que, dentro de lo que cabía, no había salido tan malparado.

—Estás con un pie en el otro barrio, tío —dijo Chimo—. Has tenido bastante suerte, dadas las circunstancias. Deberías estar muerto del todo.

>> Aun así, está claro que no vas a poder contraatacar. Y con un punto de vida que te queda, macho, al próximo golpe te matan definitivamente.

>> Los demás, ¿qué hacéis?

—¿Recurrir a la maga y su hechizo de teletransportación? —insinuó Fabio.

—No —sentenció Chimo—. No tiene suficiente energía mágica.

—¡Eh! —exclamó ella—. Han pasado muchos días desde el último hechizo. Ya debería estar repuesta.

—No, porque esos días los has pasado, en su mayor parte, en un desierto. En este mundo, la magia se repone más rápido en lugares con mucha vida.

>> No podéis escurrir el bulto.

Los jugadores se miraron unos a otros. Y, uno por uno, fueron tirando los dados. El elfo disparó varias flechas a los

diminutos ojos de la criatura, la guerrera y el caballero golpearon repetidamente con sus espadas, la maga lanzó una bola de fuego y la sacerdotisa rezó a la diosa de la luz, lo cual les proporcionaba a sus compañeros algunos puntos de suerte adicionales en aquella batalla.

Cuando todo acabó y el insecto gigante yacía patas arriba sobre las arenas de Kash-Tar, los compañeros no estaban mucho mejor que él, y los jugadores tuvieron que reducir drásticamente los puntos de vida de sus hojas de personaje. El caballero había perdido la mano izquierda, amputada por una pinza del monstruo; el elfo yacía inconsciente en el suelo; la maga, exhausta, había gastado toda su energía mágica, y no era probable que la recobrase en mucho, mucho tiempo; la guerrera tenía una fea herida en la pantorrilla... Ni siquiera la sacerdotisa había salido ilesa, pese a haberse mantenido al margen.

El que peor lo llevaba era Alex. Su personaje se debatía entre la vida y la muerte.

El peligro ya había pasado. Los jugadores discutieron acerca de cómo suministrar los remedios curativos, y se acordó por unanimidad que los poderes de la sacerdotisa se empleasen primero en el bardo. Mientras, la maga preparó una pócima con sus hierbas curativas, con el objeto de cicatrizar las heridas más preocupantes.

—Al amanecer, proseguís vuestro camino —dijo Chimo—, bastante maltrechos, por cierto. El bardo ya no está en coma, pero sigue inconsciente.

—Yo cargaré con él —se ofreció Víctor, generosamente—. Soy el más fuerte.

—Te falta una mano —le recordó Susana.

—Y tú cojeas. Ya sé que tú también tienes mucha fuerza, pero creo que vas a necesitarla más que yo.

—Alicia —dijo entonces Chimo—, ¿sabes que estás en

las últimas tú también?

—¿Por qué?

—Porque has empleado mucha energía en los procesos curativos. Y te pasa lo mismo que a la maga: en un desierto, la magia no rinde tanto como en un lugar boscoso. Así que, ojito, ¿eh? Y lo digo también por los demás: puede que, la próxima vez que necesitéis que os curen, ella no pueda hacerlo.

—Tampoco quedan hierbas curativas —anunció Eva—. Estamos en una situación crítica.

—Pero seguimos adelante —dijo Fabio con aplomo.

—Seguís adelante —repitió Chimo—. Muy bien.

>> El viaje se prolonga por espacio de cuatro días más, sin novedad.

Todos se quitaron los puntos de vida correspondientes.

—Estoy con tres —dijo Fabio lúgubrementemente—. Espero que ahora no haya problemas.

—Depende —dijo Chimo—. Una noche, mientras contempláis el fuego en silencio, antes de dormir, notáis algo. Haced una tirada de Percepción.

Fabio la sacó alta.

—Bien. El elfo, pese a estar en mal estado, descubre que os rodean muchos pares de ojos brillantes y rojizos que os observan desde la oscuridad.

—Preparamos las armas, por si acaso.

—Desde detrás de la duna se os acerca una de las criaturas: es un yan.

Chimo sacó uno de los dibujos de Eva, el del humanoide cubierto de trapos, de enormes ojos brillantes y sin párpados.

—Los yan son la sexta raza —explicó—, después de los elfos, los humanos, los celestes, los enanos y los varun. Son los hijos de Aldun, el dios del fuego. Los habitantes del desierto de Kash-Tar.

—¿Son amigos?

—Depende. Son poco sociables y ariscos, y sólo piensan en ellos mismos. Lo mismo pueden acogeros muy bien que mataros ahí mismo. Nunca se sabe. En cualquier caso, estáis en su territorio. ¿Alguien habla idhunaico yan?

—Yo —dijo Susana—. Y creo que el bardo también, pero está inconsciente.

—Bueno, pues Iona razona con el jefe. Quiere saber quiénes sois.

—Le digo que somos un grupo de aventureros que tratan de llegar a Awinor. Le pido ayuda, porque tenemos heridos.

—Bien. Quiere saber qué os atacó.

—Le cuento lo del bicho gigante.

—¿En serio? —los ojos de Chimo brillaron, y Susana supo inmediatamente que acababa de cometer un error—. Pues te informa de que acabáis de matar a un swanit, una de las criaturas sagradas de los yan. —Dejó la libreta aparte—. Estáis muertos, chicos.

—O, no. O, no —susurró Alex.

—Yo hago una invocación —anunció entonces Eva.

—¡Tú no tienes energía mágica! —saltó Chimo.

—Dijiste cuatro días. Normalmente son dos puntos de magia recuperados por día, pero en el desierto, sólo uno, ¿no? Pues tengo cuatro. Y la Reserva Elemental.

Chimo se puso pálido.

—¿Qué es eso de Reserva Elemental? —quiso saber Alicia.

—Algo nuevo que ha inventado Chimo para los mundos con deidades elementales —dijo Fabio, sin poder reprimir una sonrisa—. Toda criatura que adore al dios de un elemento determinado tiene una bonificación de magia para los hechizos de dicho elemento.

>> Kali adora a la diosa del mar, y su elemento es el agua. Y Eva quiere que su maga invoque a un demonio acuático en pleno desierto...

—...lo cual haría que los yan huyesen despavoridos —concluyó Víctor, jubiloso—. ¿Sabes lo que pasa si plantas un gigante líquido en las narices de gente que no ha visto en su vida más agua junta de la que cabe en un charco?

—Bueno, vale, buena idea —gruñó el master—. Pero vas a necesitar una tirada muy alta.

—Mejor eso que darnos por muertos tan pronto —replicó Eva, y Fabio percibió un cierto tono de desafío en su voz.

La joven cogió los dados y tiró. Todos contuvieron el aliento.

Once. Los ojos de Eva destellaron, triunfantes.

—¿Te vale eso, hechicero de tres al cuarto?

—Bueno, vale —gruñó Chimo—. Invocas al demonio de agua y los yan salen corriendo.

Respiró hondo antes de añadir:

—Y no creo que vuelvan a acercarse a vosotros en muchos días.

>> Pero ahora, maga, has cometido un pequeño error: no te queda nada, nada de energía mágica. Y, como no sabes usar armas, ni tampoco tienes plantas de las tuyas, eres poco menos que un cero a la izquierda en el grupo.

—Tiene cabeza —intervino Fabio—. Y eso nos va a ser más útil de lo que crees.

Chimo se le quedó mirando un momento. Después, lentamente, dijo:

—Todos menos Susana, tirad un dado.

Fabio se puso rígido y cruzó una mirada con Eva.

La puntuación más baja fue la de Víctor.

—Ahora, Susana, tira tú dos dados.

Susana le miró, interrogante, pero tiró. La puntuación fue muy alta.

Chimo miró a sus jugadores con una sonrisa de triunfo.

—Estáis aún recuperándoos del susto —prosiguió—, cuando sucede algo que no habíais previsto, algo que os sorprende completamente y os deja helados...

—La guerrera ataca al caballero —dijo Fabio a media voz.

Chimo le miró sorprendido:

—¿Cómo...?

—Yo sospechaba algo, ya sabes. Y tengo una puntuación muy alta en Intuición.

—¡Un momento! —exclamó Víctor—. ¿Qué significa eso?

—Iona estaba bajo un hechizo, ¿recordáis? El mago de la caravana, que, por cierto, trabajaba para Zhur, la ha embrujado; y sólo el elfo intuía algo.

>> De modo que, cuando menos lo esperáis, la guerrera blande la espada y atiza al caballero, porque es el que tiene más cerca. Lo pilla desprevenido y ... lo siento; la tirada de Susana ha sido muy buena: se ha cargado a Althon.

Sobrevino un silencio.

—¿Has contado que llevo armadura? —dijo Víctor.

—¿No te la quitaste para aguantar mejor el calor?

—No; eso me ha quitado bastante vida, pero espero que ahora me sirva de algo.

Chimo rehizo sus cuentas y rectificó:

—No estás muerto, pero tienes un punto de vida nada más. Estás sentenciado.

—Corro a detener a la guerrera —se apresuró a decir Fabio.

—¿Detenerla cómo?

—No sé, dejándola inconsciente. Sólo yo puedo hacerlo, ¿no? Tengo a un bardo atontado, a un caballero en coma, a una maga sin magia y a una elfa que no sabe pegar. Voy y le pego un puñetazo a Iona.

—Ya. Te recuerdo que es una guerrera, Fabio. Y es semielfa. Es más fuerte que tú.

—Pero yo estoy desesperado.

—Bueno, tira los dados.

La suerte se alió con Fabio, y la tirada fue buena.

—Sim golpea a Iona —siguió narrando Chimo—. Ella queda aturdida.

—Golpeo otra vez. Si está aturdida, pierde el turno.

Esta vez, los dados no acompañaron.

—Tu turno, Susana. Recuerda que estás bajo un hechizo.

Susana tiró los dados. La puntuación fue media.

—Herido —anunció Chimo—. Un puntos de vida menos. Estás con dos, Fabio.

—Me da igual: pego.

—¿No usas tu puñal de caza?

—No quiero matarla.

—Yo rezo —intervino Alicia—. Rezo a la diosa de la luz.

Fabio tiró. La puntuación fue relativamente alta.

—Súmale los puntos de suerte de la plegaria de Tamina, Chimo —le recordó al master.

—De acuerdo, tira.

Alicia tiró.

— Tu diosa te ha escuchado —decretó Chimo—. El elfo deja inconsciente a la guerrera.

>>Pero tenéis a Althon al borde de la muerte.

—Yo intento curarle —dijo Alicia.

—¿Curarle, cómo? No te quedan energías.

Alicia permaneció en silencio un momento antes de decir:

—Le otorgo las mías propias.

—¿¿¿Quéééééé???

—Si no puedo canalizar la energía vital del mundo, le daré mi propia vida. Sé que puede hacerse.

—Sí, puede hacerse —dijo Chimo—. Pero nadie lo hace.

—Yo, sí.

Los otros jugadores asistían al diálogo entre ambos, sin comprender muy bien de qué estaban hablando. Chimo le dijo a Alicia que tirase los dados, y ella lo hizo.

—Muy bien —dijo el master—. Lo has conseguido.

—¿Qué es lo que ha conseguido? —quiso saber Alex.

Alicia los miró.

—Tenéis que llegar al Oráculo —les dijo—. Es vuestra única oportunidad.

—Víctor —dijo Chimo—, súmate cuatro puntos de vida: la sacerdotisa ha entregado todo su aliento vital al caballero. Ahora tenéis una elfa de menos.

Reinó un silencio sepulcral, y Fabio se sintió incómodo. A todos se les veía en la cara que lamentaban la pérdida de la elfa, y el chico se preguntó por qué. Nunca había sentido tanto la muerte de un personaje: pasaba en todas las partidas. Simplemente, se seguía sin él. Si el jugador quería volver a la partida, se hacía otra ficha con otro personaje.

Alicia dejó a un lado su ficha y dijo:

—No me apetece seguir jugando. Gracias por la partida, y hasta el lunes.

Se levantó y salió de la cocina. Chimo se apresuró a ir tras ella, pero no logró alcanzarla: enseguida oyeron el ruido de la puerta al cerrarse.

Fabio tardó un poco en romper el silencio:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Sois cinco —dijo Chimo, tomando otra vez sus papeles—. La guerrera y el bardo están inconscientes, y el elfo, la maga y el caballero, muy débiles.

—Vamos al Oráculo —dijo Víctor enérgicamente—. ¿Cuánto queda?

Fabio lo miró. Estaba serio, y su mirada era sombría.

—Tres días —respondió Chimo.

Los compañeros se prepararon para la última etapa a través del desierto. El caballero se despojó de su armadura, y todos llenaron sus cantimploras con los restos de agua que habían quedado tras la aparición del demonio invocado por Kali, antes de que se evaporasen con el sol. Descansaron un tiempo y repusieron fuerzas.

Después Althon cargó con Iona, y Sim con el bardo, y se pusieron en marcha.

—Tres días después veis a lo lejos una elegante construcción con una cúpula de cristal —anunció Chimo—. Quitaos los puntos de vida correspondientes al viaje.

Los jugadores lo hicieron. Ninguno de ellos se quedó a cero.

—Llegáis... no, os arrastráis hasta el Oráculo de la Clarividencia —corrigió Chimo—, pero no veis ninguna entrada, y tampoco sale nadie a recibirlos.

>> Junto al Oráculo hay un pequeño montículo. Acampáis allí.

10— Esto no es un juego

Eva encendió la última vela y contempló en silencio cómo la llama chisporroteaba para alzarse finamente hacia arriba, temblorosa. La chica suspiró y volvió a su lugar en la habitación.

—Estamos todos ya, ¿no? —dijo, sentándose sobre un cojín multicolor.

—Falta Alicia —dijo Víctor.

—No la he llamado. ¿Para qué? Ella ya no está en el juego. Se ha retirado.

—Y ha hecho bien —murmuró Alex—. No sé dónde nos hemos metido, tíos, pero no me gusta nada.

Susana suspiró, asustada, y apoyó la cabeza en el hombro de su hermano. Fabio la miró un momento; acababa de contarle lo que había hecho días antes, en la azotea, y la chica se había quedado de piedra: no recordaba absolutamente nada.

—Estamos todos —dijo Fabio—. Todos menos Chimo. ¿Por qué?

Eva le miró un momento.

—Es evidente. ¿Recuerdas lo que te dije el otro día en la azotea del instituto?

—Claro, tu famosa teoría de la dimensión paralela. Creo que soy el único que la conoce, ¿no?

Los demás les miraban interesados. Eva les explicó en pocas palabras lo que le había contado a Fabio, y las reacciones fueron diversas: Víctor adoptó una expresión de incredulidad, Susana abrió mucho los ojos y Alex se mordió el labio inferior, muy nervioso.

—De modo que crees que nuestros personajes del juego existen de verdad —intentó concretar Víctor.

—Pero en otra dimensión —asintió Eva—. ¿Habéis oído

hablar del Multiverso?

—No —dijo Susana—. ¿Qué es eso?

—Es una teoría que dice que no existe un Universo, sino un Multiverso. Infinitas dimensiones paralelas. Es como si todas las posibilidades tuviesen una realización concreta en algún otro plano, es decir... como si todo lo que imaginas ya existiese en otra dimensión. Si son infinitas las posibilidades, también son infinitos los planos de existencia.

>> Yo creo que este mundo en el que estamos jugando no fue una invención de Chimo, sino una especie de visión.

—Y crees que, de alguna forma, cada uno de nosotros ha contactado con gente que ya existe... —dedujo Alex—; que, por ejemplo, mi mente está unida a la de Huril, el bardo, ¿no?

—Me parece absurdo —dijo Víctor.

Alex inclinó la cabeza.

—No sé qué quieres que te diga. Yo vi a ese insecto del desierto, y fue demasiado real. Sé que tengo mucha imaginación, pero no soy un alucinado. Reconoce que en tres años jugando a rol nunca hemos tenido que reunirnos porque pasaban cosas raras.

—Pero, vamos a ver, ¿qué cosas raras? ¿Y si son todo coincidencias?

—¿Mi hermana manejando una barra de hierro como una perfecta espadachina, cuando no ha hecho en su vida más deporte del que le mandaba la profesora de educación física? —Fabio negó con la cabeza—. No, no lo creo. Y, por cierto, Víctor, ¿qué te pasa en la mano?

Víctor se sobresaltó y se miró la mano izquierda, que parecía encogida sobre sí misma.

—Pues... no lo sé. No la siento. Pensaba ir al médico, pero...

—Víctor, tío, eso no me gusta nada —dijo Alex, palideciendo—. Tu personaje perdió la mano izquierda en la lucha contra el bicho gigante.

Hubo un breve silencio.

—Bueno —dijo entonces Víctor—. Tal vez todo esto no sea más que una pesadilla, ¿no creéis?

—Si lo es, despertaremos algún día —razonó Eva—. Y no pasará nada. Pero, ¿y si no lo es, Víctor?

—Por eso nos has reunido hoy aquí, ¿no? —murmuró Fabio—. Para decidir qué vamos a hacer.

—¿Eran necesarias las velas, el incienso y el ambiente esotérico? —gruñó Víctor.

—Pues a mí me mola —replicó Alex.

Eva esbozó una leve sonrisa.

—Perdonad. Me gustan este tipo de cosas. Soy la maga, ya sabéis.

—Pero antes, el mago era Chimo, y ahora es el master —dijo Fabio—. ¿Qué ibas a decirnos sobre él?

Ella no respondió enseguida. Se quedó mirando un momento la sombra que proyectaba su cuerpo contra la pared. Al igual que la luz de la vela, era temblorosa, y estaba deformada.

—Volvamos de nuevo a la historia a la que estamos jugando —dijo por fin—: seis individuos son retados por un séptimo, en nombre de una serie de dioses, para participar en una especie de juego de supervivencia. Nosotros somos esos seis. ¿Y quién es el séptimo?

Hubo un silencio incrédulo, lleno de espanto ante la idea que estaba sugiriendo Eva.

—Pensadlo bien —insistió ella—. Si nos disparan los wibbas, ¿quién tira los dados por ellos? Si nos ataca un insecto gigante, ¿quién lo maneja? Si nos tropezamos con una tropa de

hombres serpiente, ¿quién los ha puesto ahí? ¿Quién habla por los yan, quién hace cantar al hada del bosque?

—Bueno, pero él es el master —replicó Víctor, algo incómodo—. Es lógico que lo haga. También hablaba por los magos de la Torre de los Sortilegios, o por los sacerdotes enanos de Shurik...

—¿Quién ha inventado el juego, Víctor? ¿Quién nos ha retado a todos a jugar a “El Desafío de Zhur”?

—El propio Zhur —dijo Alex a media voz.

Víctor se levantó exasperado.

—Esto es de locos —dijo—. Eva, tú no estás bien de la cabeza. Díselo, Fabio.

Pero Fabio inclinó la cabeza.

—Yo pensaba como tú, Víctor. Pero son demasiadas casualidades. Ahora, ya no sé qué pensar.

—Entonces, ¿es Chimo el que se ha vuelto loco? —quiso saber Alex.

Eva alzó las manos, tratando de poner paz.

—Eh, eh, basta ya. Aquí nadie está loco. Siéntate, Víctor.

Víctor obedeció.

—Yo no he dicho que Chimo esté loco, ni que sea un cabrón. Creo que él no lo empezó todo. O, al menos, no directamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recordáis la forma en que inventó el juego? “Una absoluta inspiración”, dijo. En una noche se le ocurrió todo, con todo lujo de detalles, como una avalancha de información.

>> Así empezó todo. Chimo fue el primer puente. El contacto.

—Habla más claro, tía —protestó Víctor—, que, con eso de que eres la maga, te da mucho por usar jeroglíficos...

Fabio apoyó la frente sobre las palmas de las manos. Sus sienes ardían.

—Está claro —dijo a media voz—. Zhur se puso en contacto con Chimo, y le dijo todo lo que tenía que hacer. Según Eva, nuestro malvado mago controla la mente de Chimo de alguna forma. Pero, ¿por qué?

Eva se encogió de hombros.

—Eso es lo que no sé. Sólo sé que, al adoptar la identidad de esas personas, y jugar por ellas en un juego de rol, estamos haciendo cada vez más delgada la línea que separa ambos mundos. Probablemente, es eso lo que Zhur quería. Pero no sé por qué.

—Has dicho que jugamos por ellos —dijo Alex—. Entonces, ¿quieres decir que, cada vez que tiramos los dados, depende de nosotros el destino de nuestros personajes en otra dimensión?

—No. Creo que hay una especie de interacción.

—¿Una qué? —intervino Susana.

—Quiero decir que puede que, si te sale mal una tirada, es porque a tu personaje le ha salido mal la acción, y no al revés. No lo sé. Puede que sea eso, o puede que Alex tenga razón, y el destino de esas personas dependa de nuestros dados. No lo sé, y ojalá lo supiera.

Fabio alzó la cabeza.

—¿Y si no tienes razón, Eva?

—¿Qué quieres decir? Tiene bastante sentido, ¿no?

—Sí, tiene sentido. Pero tal vez la explicación que buscas es la que no tiene lógica ni sentido. Cuando se trata de lo extraordinario, puede que no consigas encontrar nunca ninguna explicación.

Calló un momento, con la mirada perdida, antes de añadir:

—Puede que nunca lleguemos a saber lo que está pasando realmente.

Nadie respondió.

—Yo estoy asustada —dijo entonces Susana, al cabo de un rato—. Según todo esto, yo sigo hechizada. En cualquier momento puedo volver a atacaros. ¿Qué voy a hacer?

—Tienes dos posibilidades —respondió Eva—. Puedes seguir jugando y esperar a que alguien te levante el hechizo... es decir, que se lo levante a Iona...

—O puedes abandonar ya, como ha hecho Alicia —concluyó Fabio.

—Lo malo es que no sabremos si vas a seguir hechizada o qué.

Alex se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, nervioso.

—Alicia no abandonó —les recordó—. Han matado a su personaje.

—Y el vínculo entre ambas, entre Alicia y Tamina, se ha roto —dijo Eva—. Entonces lo mejor que podemos hacer es seguir jugando y dejarnos matar, uno tras otro. Pero, en tal caso, Zhur habría vencido, y me temo que eso era lo que el quería, cuando lanzó su Desafío.

—Además —dijo Fabio—, si abandonamos ahora, ¿qué va a pasar con Chimo?

Alex no dijo nada. Rehuía la mirada de Fabio.

—Si llegamos hasta el final del juego y derrotamos a Zhur, el vínculo entre él y Chimo desaparecerá —dijo Eva—. Y, presumiblemente, toda su obra también, y todo volverá a ser como antes.

>> Si abandonamos ahora, puede que nos dejemos atrás a Chimo. Y no quiero ni pensar qué pasaría con Zhur.

—Es una decisión difícil —dijo Alex—. Ya me

conocéis: nunca he sido un héroe. Me gusta mi vida, me gusta mi barrio, hasta me gusta el insti... quitando algunos profesores, claro. Me gusta jugar a rol, porque vives aventuras, pero nunca te pasa nada malo. Es como las pelis: cuando acaban, todo vuelve a la normalidad, y sales del cine y te encuentras con la calle, los coches, la gente, como siempre. Me gusta inventar historias, pero para que otros las vivan por mí

Miró a sus amigos.

—No quiero que mi vida cambie.

Alex calló. Víctor desvió la mirada. El silencio era incómodo, y Fabio se sintió obligado a decir algo.

—Tengo miedo —confesó—. No es que tenga miedo del peligro, ni de las aventuras. Simplemente tengo miedo de que todo esto sea una gran mentira; tengo miedo de cruzar la línea y no saber volver. Una cosa es imaginar una historia, y otra, muy distinta, es creérsela de verdad. Si todo lo que dice Eva es cierto, yo seguiré hasta el final, a través de la Tierra de los Dragones y hasta el Límite del Mundo, a plantarle cara a ese Zhur.

Hizo una breve pausa. Después alzó la mirada y concluyó:

—Pero, ¿y si no es verdad?

Eva colocó una mano sobre su hombro, en ademán tranquilizador:

—¿Tú sabes cuánta gente en el mundo, y a lo largo de la historia, ha luchado por una mentira? Si todo esto es una gran mentira, Fabio, tú no vas a hacer daño a nadie luchando por ella. En cambio, hoy en día existe gente que mata a gente por grandes mentiras. Y muchos de ellos están en el poder, y ha habido gente que les ha votado.

>> Si todo esto es mentira, sólo te perjudica a ti. Por tanto, sólo tú tienes derecho a decidir.

Fabio la miró. Siempre había sabido que su amiga era

muy sabia, pero en aquel momento le impresionó más que nunca.

—Todo el mundo tiene derecho a elegir su verdad o su mentira —concluyó ella—. Lo que nunca debe hacer es tratar de imponerla a los demás.

—Tú tienes miedo de lo que diga la gente de ti —dijo Susana—. Tienes miedo de que digan que estás chiflado.

Eva sonrió y sacudió la cabeza.

—Vivimos en un mundo que no acepta a la gente diferente —dijo—. Si logran convencerte de que estás chiflado, puede que te lo creas y termines chiflado de verdad, Fabio. Ése es el riesgo.

Fabio inclinó la cabeza.

—Sigo confundido —dijo.

—De momento, lo único que tendríamos que hacer es seguir la partida, como hasta ahora. Puede que no nos haga falta saltar al otro lado, Fabio.

—¿Saltar al otro lado? —repitieron Alex y Susana a la vez.

—¿Cruzar a la otra dimensión? —dijo Fabio—. ¿Eso puede hacerse?

—No lo sé. Puede que sí, puede que no. En cualquier caso, no debéis olvidar que es a Zhur a quien debemos derrotar, y no a Chimo. Y Zhur está allí, no aquí.

—Tal vez ellos logren hacerlo por nosotros —dijo Susana—. Quizá, en el fondo, no corramos ningún riesgo.

—Yo voy a seguir —anunció Eva.

—¿Por qué? —quiso saber Fabio.

Eva meditó la respuesta.

—No sé —dijo por fin—. Me siento responsable, eso es todo. Responsable por Kali, supongo. Y por la historia que hemos empezado. —Miró a su alrededor—. Yo creo que

inventar una historia es como tener un hijo: nunca debes quedarte a mitad. Por eso voy a seguir. Pero vosotros no tenéis por qué hacerlo.

—Yo sigo —dijo Susana—. Al menos un acto más. Quiero asegurarme de que en el Oráculo van a deshacer el hechizo de Iona.

—Yo también seguiré un acto más —dijo Fabio—. Quiero saber si todo es real, o es mentira.

Víctor y Alex cruzaron una mirada.

—Llevo un buen rato pensando una cosa —murmuró Víctor—: si nuestros personajes existen... Tamina murió por Althon. Se sacrificó, ¿sabéis? Dio su vida por la de él. Seguro que él no se rendiría, y menos ahora.

>> Si todo es una casualidad, el juego es inofensivo y no pasará nada por que sigamos jugando. Si no lo es... —sacudió la cabeza—. Estoy confuso. ¿Quién decidió sacrificarse? ¿Fue Alicia o fue la sacerdotisa?

—No podemos saberlo —dijo Eva—. Puede que las dos ya fueran una.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —sugirió Susana.

El rostro de Víctor se iluminó.

—Sí... sí, eso haré. Siento curiosidad. Quiero saber por qué lo hizo. Tal vez me diga que simplemente se cansó del juego y necesitaba una excusa para dejarlo...

—No, no lo creo. Hablaba de corazón cuando le dijo a Chimo que Tamina iba a entregar al caballero toda su energía vital.

Víctor alzó la cabeza, decidido.

—No sé qué está pasando, pero me da igual: seguiré. Quedan dos actos, ¿no?

—Dos y el último —corrigió Fabio.

—El séptimo —dijo Alex lúgubrementemente, y Fabio se

estremeció involuntariamente.

Eva dio una mirada circular.

—¿Seguimos, entonces?

—Hasta ahora —dijo Susana—, lo único malo que ha pasado es lo de mi encantamiento. Lo más lógico sería que, en cuanto se deshaga en el juego, yo deje de hacer cosas raras, ¿no creéis?

Hubo un nuevo silencio. Cuatro pares de ojos se centraron entonces en Alex, que sonrió, incómodo.

—Bueno, vale —dijo—. No me voy a quedar atrás yo solo, ¿no?

—Nadie te obliga, Alex —dijo Fabio.

Alex no se atrevió a sostener su mirada.

—Pero yo me siento obligado.

—¿Por qué? No te vamos a mirar mal si abandonas. Nadie ha dicho nada en contra de Alicia.

—Ella ha abandonado de una forma heroica. Yo abandonaría como una rata.

—No digas chorradas. Es un juego.

—No, Fabio —Alex levantó la cabeza y, esta vez sí, clavó sus ojos en los de su amigo—. No es un juego, y lo sabes.

Fabio no supo qué decir.

—Voy a seguir —advirtió Alex—. No creáis que vais a divertirnos sin mí, aventureros de poca monta.

II— Acto 5: La Tierra de los Dragones

—Bueno, pues ya estamos todos aquí de nuevo —dijo Fabio; había cierta nota de tensión en su voz.

—Casi todos —corrigió Chimo—. Siento que Alicia lo dejara. No lo estaba haciendo tan mal, para ser una novata, ¿eh?

—No —admitió Alex, y no lo hizo a regañadientes—. Bueno, Raist, sigue con la aventura y acabemos cuanto antes.

Chimo cogió de nuevo su libreta. Se aclaró la garganta y abrió la sesión de juego:

—Os recuerdo vuestra situación: habéis llegado al Oráculo de la Clarividencia, uno de los dos grandes santuarios de la Iglesia de los Tres Soles. Estáis medio muertos y sin la sacerdotisa. Y en el edificio no hay puertas para entrar.

—Habíamos caído dormidos al pie del Oráculo —gruñó Víctor—. Sí, todo eso lo sabemos ya. ¿Quieres ir al grano?

—Vale, voy al grano: no os despertáis todos en el mismo sitio. Eva y Susana, al salón.

Las chicas cruzaron una mirada. Se levantaron y, obedientes, salieron de la habitación. Chimo miró gravemente a los tres chicos.

—Os despertáis dentro del Oráculo de la Clarividencia, en una sala muy luminosa, llena de enormes ventanales con vidrieras de colores. Os rodea un grupo de monjes. Uno de ellos, un celeste, se acerca a vosotros y os pregunta quiénes sois. ¿Quién es el portavoz?

—Yo —dijo Víctor—. Les digo que venimos de la Torre del Norte y vamos al límite del mundo porque hemos sido elegidos para el Desafío de Zhur.

—Los monjes se miran unos a otros —prosiguió Chimo—, y el Abad, el celeste que os ha hablado antes, vuelve a haceros una pregunta: quiere saber por qué sois solamente cinco.

—Les hablo del sacrificio de nuestra sacerdotisa —dijo Víctor, y Fabio percibió, no sin sorpresa, una cierta mueca de dolor y rabia en su expresión—. Y les digo que, a pesar de todo, Zhur no nos ha vencido.

Víctor se cogió la mano izquierda. Chimo no se dio cuenta del gesto, pero Fabio sí lo vio. Llevaba toda la semana fijándose en la mano de su amigo, y había comprobado que, aunque a él no le gustara comentarlo, lo cierto era que apenas podía moverla. “Como si no estuviera ahí”, se dijo Fabio, y se estremeció.

Si las suposiciones de Eva eran ciertas, y ellos estaban de alguna manera unidos a sus personajes, ¿hasta qué punto lo estaban?

—El Abad os dice que en el Oráculo podréis reponeros de vuestras heridas —prosiguió Chimo—. Por cada día que estéis allí, se os aumentarán dos puntos de vida.

—¡Genial! —saltó Alex.

—Yo tengo una pregunta —intervino Fabio—. ¿Y las chicas?

—Las mujeres no pueden entrar en un santuario de la Iglesia de los Tres Soles —explicó Chimo—, y los hombres no pueden entrar en uno de la Iglesia de las Tres Lunas.

—¿Y qué pasará con ellas?

Chimo se encogió de hombros.

—Que os esperen fuera. No hay excepciones, ni siquiera en este caso.

Fabio miró a sus compañeros.

—Nos ha puesto en un apuro —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—Pues porque ellas están en las últimas también. Si no llegan hasta el oasis, morirán. No pueden esperarnos.

—Pero si vamos todos juntos al oasis puede que no

lleguemos. Necesitamos esos puntos de vida, Fabio.

Fabio se removió en su sitio, inquieto. Se sentía entre la espada y la pared.

—La guerrera sigue bajo un hechizo —les recordó a sus amigos—. Yo esperaba que en el Oráculo la librasen de él. ¿No puede salir un monje del Oráculo y echarle una mano?

—El Abad te dice que harán lo que puedan. ¿Qué hacéis?

Fabio seguía inquieto. Víctor le cogió del brazo y lo miró a los ojos.

—Si alguien puede controlar a la guerrera, ésa es Kali. Susana está en buenas manos.

—Querrás decir Iona —intervino Chimo.

Víctor se volvió hacia él y lo miró gravemente, como si lo viese por primera vez.

—Sí —dijo—. Sí, eso he querido decir.

Fabio miró a sus amigos y tomó una decisión:

—Descansamos unos días en el Oráculo —dijo, sintiéndose muy traidor—. Pero sólo hasta que nuestro nivel de vida esté aceptable.

Chimo sonrió.

—De acuerdo —dijo—. Entonces, salid fuera y decidles a ellas que entren.

Mientras esperaba en el salón, a Fabio se le hicieron los minutos eternos. Víctor estaba sentado junto a la ventana, y miraba las nubes, serio y pensativo. Alex jugueteaba, nervioso, con los cordones de sus zapatillas. Ninguno de los tres tenía ganas de hablar.

Hasta que por fin fue Víctor quien rompió el silencio.

—Estoy preocupado —dijo por fin.

—¿Por qué?

—Bueno... hemos dado por sentado que Alicia

abandonó el juego, y que está bien. Pero... en fin, no he podido evitar pensar en mi mano. Si el caballero perdió la mano y ahora yo no siento la mía... ¿qué pasaría si el caballero muriese?

Tanto Alex como Fabio se quedaron helados, y un terror irracional les inundó ante lo que había insinuado su amigo.

—Quiero decir... —siguió Víctor, muy nervioso—. ¿Alguien ha visto a Alicia esta semana, en el instituto?

—Eh, para, tío, me estás acojonando —dijo Alex—. Yo no la he visto, pero eso no significa que no haya ido a clase. No viene a la nuestra.

—Bueno, yo tampoco la he visto, y eso que la he buscado.

—Quizá no sea nada —opinó Fabio; pero en su fuero interno, temblaba como un flan—. Quizá esté enferma. ¿La has llamado a casa?

—Tíos, eso que está diciendo Víctor es muy fuerte —dijo Alex—. ¿Queréis decir que nosotros... podríamos morir de verdad?

—Eh, no, vamos a ver. Estamos sacando las cosas de madre. Si a Alicia le hubiese pasado algo, nosotros ya lo sabríamos. Es una chica muy popular, y las noticias vuelan.

—Es verdad —asintió Víctor, aliviado—. Pero no tengo su teléfono: no puedo llamarla.

—Entonces —decidió Fabio—, le diremos a Eva que se ponga en contacto con ella.

La puerta de la cocina se abrió y salieron Eva y Susana. Ésta le dirigió a su hermano una feroz mirada de odio, y Fabio se quedó sorprendido y confuso por un momento. Parpadeó y lo primero que pensó fue que lo había imaginado; pero, por si acaso, volvió a mirar a Susana, que se había derrumbado en el sofá con una revista en las manos.

Eva cogió entonces a Fabio del brazo y le explicó en un

susurro:

—No le ha sentado bien que os quedéis dentro del Oráculo y nos dejéis fuera.

—Ya. Escucha, Eva, hazme un favor: trata de ponerte en contacto con Alicia y averigua si está bien.

Ahora le tocó a ella sorprenderse, pero asintió sin poner objeciones.

Fabio, Víctor y Alex entraron en la cocina y volvieron a ocupar posiciones.

—Han pasado tres días —dijo Chimo sin ceremonias—. Sumaos nueve puntos de vida cada uno. Y ahora, ¿qué hacéis?

—Preguntamos a los monjes si pueden darnos algún consejo útil —dijo Víctor—, porque vamos a adentrarnos en la Tierra de los Dragones.

—Os explican cosas que ya sabéis; por ejemplo, que los dragones son criaturas superiores, que son hijos del dios del fuego y la diosa de la luz y que encarnan el poder absoluto. Y que sólo pueden con ellos unas criaturas a los que llaman “thigs”, y que fueron creadas por el dios oscuro. Los dragones y los thigs se odian a muerte.

—Entonces, estarán de nuestra parte —dedujo Fabio—, porque nosotros luchamos contra el dios oscuro.

—Sí y no. En principio los dragones os apoyan, pero una cosa son las razones divinas y otra las razones personales. Si invades el territorio de un dragón, puede que a éste no le siente nada bien... y tampoco les ha sentado bien que los dioses hayan elegido a simples mortales para aceptar el desafío. Si os topáis con un dragón maduro no tendréis problemas. Pero hay muchos, jóvenes e impetuosos, que ven a los mortales como simples mosquitos.

>> Y como a tales os tratarán.

—Si no hay nada más —concluyó Fabio—, nos

despedimos y nos marchamos de allí.

—Bien. Salís del Oráculo y no veis a Iona y Kali por ninguna parte.

—Mierda —gruñó Fabio, sintiéndose muy, muy culpable—. ¿Qué les ha pasado?

—No lo sabéis. ¿Qué vais a hacer?

—Mmmm... —reflexionó Fabio—. Habrán seguido hacia el oasis. A ver, ese mapa.

Chimo extendió el mapa sobre la mesa.

—El norte de Awinor, la Tierra de los Dragones, es una prolongación del desierto de Kash-Tar —explicó—. Más allá, al sur de los Montes de Fuego, encontraréis a los dragones.

>> El oasis está a dos días de camino.

—Pues nos ponemos en marcha hacia allí.

Chimo asintió, y prosiguió con la narración.

En aquellos dos días, el elfo, el caballero y el bardo se cruzaron con un grupo de nómadas del desierto que les dijeron que habían visto a Iona y a Kali, y que les llevaban tres días de ventaja. También se encontraron con otro tipo de problemas: el bardo estuvo a punto de ser mordido por un escorpión venenoso, y, desafortunadamente, el caballero derramó el agua que les quedaba a un día de llegar al oasis.

Pero, finalmente, vieron a lo lejos una fila de palmeras desafiando al sol del desierto.

—Entráis en el oasis —dijo Chimo—. Allí habita una tribu de nómadas yan.

—¿Saben que matamos a su insecto sagrado? —preguntó Fabio.

—No; eso ocurrió muchos kilómetros al norte. En principio, éstos no tienen nada contra vosotros. Pero no tenéis a la guerrera. ¿Quién sabe hablar su idioma?

—Yo —dijo Alex—. Me acerco a ellos y les pregunto

por Kali y Iona.

—Dicen que llegaron dos días antes, en muy mal estado, y que siguieron hacia el sur.

—¿¡Qué!?! —exclamó Fabio—. ¿Ellas solas?

—El yan os dice que no sabe a dónde iban, pero que ocasionaron bastante revuelo. La noche que pasaron en el oasis, la guerrera atacó a la maga sin previo aviso. Estuvieron a punto de matarse la una a la otra, pero finalmente la maga dejó inconsciente a su compañera, se la cargó al hombro y abandonó el oasis sin mirar atrás.

Fabio estudiaba el mapa.

—¿Veis lo mismo que yo?

—No —dijo Alex—. ¿Qué hay?

—Una torre —respondió Víctor gravemente—. Una torre de la Orden Mágica.

—La Torre de los Espejismos —asintió Fabio—. Allí es a donde van. Hay que alcanzarlas. —Miró a Chimo—. Llenamos las cantimploras, nos avituallamos con dátiles o con lo que haya y seguimos adelante.

—Eh, para —protestó Chimo—. ¿No das una vuelta por los alrededores, no miras lo que tienen los mercaderes para vender?

En otras circunstancias, Fabio habría aceptado la sugerencia del master, porque ello significaba que seguramente había algún objeto mágico interesante para comprar; pero en aquel momento tenía mucha prisa.

—Yo, no. Los otros que se queden, si quieren.

—Vamos contigo —dijo Víctor, y Alex asintió.

—Entonces, al salón; les toca a ellas.

Fabio evitó mirar a Susana cuando se cruzó con ella, pero la mano de Eva rozó la suya, y él se sintió algo mejor.

Veinte minutos después fueron llamados de nuevo a

continuar el juego.

Atravesaron el norte de Awinor y vieron cómo, poco a poco, el paisaje volvía a mostrarse verde, y la brisa era cada vez más fresca. En aquel tiempo fueron atacados por una patrulla de nigs, los temibles hombres-serpiente; se perdieron en una confusa niebla mágica, y el bardo cayó enfermo, víctima de una extraña fiebre del desierto.

Los dados rodaron una y otra vez sobre la mesa; los jugadores discutieron y regatearon con el master, perdieron y recuperaron puntos de vida...

Y, finalmente, llegaron a la Torre de los Espejismos.

—Veis seis torres en el horizonte, todas iguales —dijo Chimo—. ¿A cuál vais?

Alex exhaló un suspiro de desesperación. Fabio respiró hondo y cerró los ojos. No sabía si lo que iba a tratar de hacer era lo acertado, pero no se le ocurría nada mejor: intentó ver a través de los ojos del elfo. Se esforzó por lograr que su mente se uniese a la de él para observar las seis torres, igual que Alex había visto el swanit del desierto.

Y lo consiguió. Visualizó un cielo con tres soles y, bajo ellos, a lo lejos, seis torres... exactamente iguales.

Fabio frunció el ceño y se concentró. La visión de Sim, el elfo montaraz, era extraordinariamente aguda, y podía apreciar más detalles que el resto de la gente. Fue así como logró ver algo que al principio le había pasado inadvertido.

Abrió los ojos y volvió a encontrarse en la cocina de la casa de Chimo.

—... una tirada de Percepción —estaba diciendo éste.

—No hace falta —cortó Fabio—. Vamos a la cuarta torre empezando por la derecha.

Chimo se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo...? —empezó, pero Fabio le interrumpió:

—Hay un mago asomado a la ventana de cada una de las torres —dijo—. Seis magos idénticos. Pero sólo a uno se le mueve la barba con el viento.

Sobrevino un silencio sepulcral.

—Fabio, tío —saltó Chimo—, eso no se hace: no se deben mirar los apuntes del master.

Fabio no sabía si Chimo fingía o no, pero decidió seguirle la corriente:

—Lo siento, la tentación era muy fuerte. No lo haré más.

—Pues no vale. Haz una tirada de Percepción.

Fabio tiró: un doce.

—¿Lo ves? —le espetó a su incrédulo master—. ¡Ya te dije yo que había visto moverse las barbas del mago! Y ahora apunta eso: vamos a la cuarta torre por la derecha.

—Vale —gruñó Chimo—. Vais a la cuarta torre empezando por la derecha.

>> Habéis llegado a la Torre de los Espejismos.

Los tres reprimieron un suspiro de alivio.

—¿Hay puerta? —preguntó Alex con guasa.

—Sí, hay puerta, y está abierta. ¿Qué hacéis? ¿Entráis?

—No —dijo Víctor—. No, yo no entro.

—¿Por qué?

—Porque no me fío de los magos. Si fui a la Torre de los Sortilegios fue porque lo ordenaban mis superiores, pero ahora no tengo por qué repetir la experiencia.

—Víctor, tío, no seas aguafiestas... —empezó Alex, pero Fabio intervino:

—No, déjalo. El caballero nos espera fuera. Nosotros entramos.

—Está bien —dijo Chimo—. Entráis.

>> Dentro os espera la Señora de la Torre del Sur. Ya la conocisteis en el primer acto, en la reunión con los jefazos de la

Orden Mágica. Os recibe muy calurosamente y os pregunta qué ha sido de vuestros compañeros, porque, según dice, Zhur ha lanzado un hechizo de ocultamiento sobre vosotros, y los demás magos no pueden saber qué os ha pasado.

—Pues entonces le contamos lo de la sacerdotisa y le decimos que el caballero nos espera fuera. Y le preguntamos si sabe qué ha sido de las chicas.

—Dice que no. ¿Qué hacéis?

Alex y Fabio cruzaron una mirada.

—Las esperamos, ¿no? —dijo Fabio—. Pasarán por aquí.

—Muy bien. Pasan dos días. Descansáis allí, recuperáis fuerzas, el bardo se cura de su fiebre, de vez en cuando salís a visitar el campamento de vuestro amigo Althon, que sigue empeñado en no pisar la torre... y, al tercer día, recibís una visita.

Chimo se levantó y fue a abrir la puerta de la cocina. Asomó la cabeza al exterior. Cuando volvió a ocupar su lugar en la mesa, Eva entraba tras él.

—¿Y Susana? —preguntó enseguida Fabio.

—Se ha ido a casa.

—¿Cómo que...?

—Cuéntales, Eva —la invitó Chimo—. Ya saben lo que pasó en el oasis.

—Bueno —empezó ella tomando asiento—; pensábamos esperaros en el oasis, pero, como Iona tuvo otra de sus crisis, decidí que lo mejor era llegar a la torre cuanto antes.

>> Pero, a medio camino, nos encontramos con un dragón embrujado.

—¿Un dragón embrujado? —repitió Fabio.

—Sí... ¿os han hablado de los thigs?

—Sí: monstruos creados por el dios oscuro que pueden

plantarles cara a los dragones.

—Eso es. Son enormes serpientes con alas de murciélago, del mismo tamaño que los dragones, pero sin patas, con el cuerpo más alargado, la cabeza triangular... no echan fuego por la boca, pero sus colmillos destilan el veneno más mortífero de todo este mundo, y sus poderes telepáticos son más intensos y letales que los de los mismos hijos de Nelier, la diosa del mar.

>> El dragón que nos salió al paso estaba controlado por un thig. Por eso nos atacó. Hicimos lo que pudimos, luchamos juntas codo con codo... pero, para cuando pude liberar al dragón de su embrujo, Iona...

—En resumen —cortó Chimo sin contemplaciones—, que os habéis quedado sin la guerrera. Un personaje menos. Ya sois sólo cuatro.

Fabio sintió una terrible furia dentro de sí. Su primer impulso fue saltar por encima de la mesa y estrangular a Zhur por haber enviado un dragón a matar a Iona... pero se contuvo a tiempo; cerró los ojos y contó hasta diez, tratando de tranquilizarse.

Cuando su cólera fluyó lejos de él, volvió a abrir los ojos, miró a sus amigos y pensó que, al fin y al cabo, era buena cosa que Susana estuviese por fin alejada de aquel juego.

—Todos lamentáis la muerte de la guerrera —prosiguió Chimo—, pero al vida sigue, y pronto os encontraréis con otro problema. Mientras estáis hablando con Kali y la Archimaga, entra un mago muy apurado a deciros que se acerca un thig y viene derecho a la torre.

>> La Archimaga se apresura a ordenar que organicen las defensas y lancen un hechizo de protección sobre el edificio...

—¡Eh, que yo estoy fuera! —protestó Víctor.

—Exacto —corroboró el master—. Tú estás fuera y, por eso mismo, no sabes que viene el thig hasta que lo tienes encima.

—¿No se le puede avisar? —dijo Fabio, preocupado.

—Los magos están ocupados asegurando la protección de la torre.

—Entonces, salgo yo a avisarle.

—Vale. Veamos quién es más rápido, si tú o el thig.

Chimo y Fabio se miraron un momento a los ojos, y éste sintió con toda su fuerza el poder del Desafío de Zhur. Cada uno cogió un dado. Los dos lo tiraron a la vez.

Fabio sacó un cuatro.

Chimo, un seis.

—No llegas a tiempo —concluyó el master—. El thig llega a la Torre de los Espejismos; es demasiado inteligente como para caer en el engaño óptico, de manera que se dirige derecho a la torre auténtica. Se topa con todas las defensas mágicas organizadas pero... ¿qué es esto? Un caballero, solo, acampado al pie de la torre...

>> Como soy bueno, Víctor, Fabio llegará a ayudarte en el segundo turno, y Kali y Huril, en el tercero. Pero el thig te ha pillado por sorpresa. Ataca él primero.

—Pásame su ficha.

Chimo le alcanzó la hoja donde había descrito las características de la gigantesca serpiente alada. Víctor le echó un rápido vistazo y se quedó blanco como la cera.

—Ya te dije que los thigs eran criaturas muy poderosas —le recordó Chimo—. Tanto, tanto, que una vez lograron expulsar a los dragones del mundo. Claro que ellos finalmente consiguieron volver, y restauraron el poder de los seis dioses sobre el séptimo. Pero estuvieron bastante tiempo en el exilio.

—¿Ah, sí? —dijo Eva—. ¿Y a dónde fueron?

Chimo la miró un momento, como pensando si debía decírselo o no.

—Pues... —respondió por fin—. Los magos creen que los dragones se fueron a una misteriosa y aterradora dimensión paralela, que, por aquel entonces, no era muy diferente de la suya propia. Pero tenía un solo sol y una sola luna, y muy poca energía mágica, aunque en aquella época sí tenía caballeros, y guerreros, y puede que algún que otro mago.

—Nuestro mundo en la Edad Media —adivinó Fabio, y se estremeció.

—Eh, eh, dejad eso ya —protestó Víctor, agitando la hoja de la ficha del thig—. ¿Habéis visto esto? Estoy muerto.

—Puede que tengas suerte —dijo Chimo—. Veamos, el thig ataca. Se lanza sobre ti. —Cogió los dados—. Con un dos, la pifia: significa que es un thig cegato y que no te ha visto muy bien. En tal caso, podrías atacar tú...

—Y prologar mi agonía —suspiró Víctor—. Por lo menos me gustaría poder golpearle una vez con la espada...

—Está bien —suspiró Chimo—, haz una tirada de Suerte.

Víctor tiró los dados, y el resultado fue bueno.

—A lo lejos, en el cielo, hay una mancha roja que se acerca a gran velocidad —siguió relatando el master—. Tú no la ves, claro, pero el thig sí percibe su presencia, y se vuelve un momento para ver qué es. Ha perdido el turno. Te toca, caballero.

Víctor se lanzó sobre los dados y los hizo rodar por encima de la mesa: doce.

—¡Hala, has hecho pleno! —se admiró Alex—. ¡Buen golpe!

Chimo hizo sus cuentas con una media sonrisa.

—Vale, le has quitado tres puntos de vida.

—¿Sólo? —dijo Alex, desencantado—. ¿Y cuántos tiene?

—Setenta y siete —dijo Víctor en voz baja—. Dejadlo, tíos. Estoy muerto.

Chimo, con gran parsimonia, cogió los dados y tiró. Fabio ya sabía, de alguna manera, que no iba a sacar un dos, pero en su pecho había una llama de esperanza.

Cinco y tres. Chimo esbozó una sonrisa de triunfo y sacó cuentas.

—Te acaba de quitar veintitrés puntos de vida, así, de golpe —anunció.

—Eso es un crítico —dijo Víctor—. Adiós a Althon. Bueno, lo siento. Ahora sois tres.

Y añadió algo en voz tan baja que nadie lo oyó; pero Fabio habría jurado que su amigo había dicho: “Lo siento, Tamina”.

De pronto, ya a nadie le apetecía seguir jugando. Fabio no sintió la menor alegría cuando Chimo les informó de que la mancha roja que se acercaba volando era el dragón desencantado por Kali, el mismo que había matado a Iona, y que ahora llegaba para vengarse del thig que lo había hechizado. Siguió sin mucho interés la batalla entre las dos formidables criaturas; Chimo tiraba los dados por el thig, y Eva lo hacía por el dragón.

Finalmente, fue el gran reptil rojo el que ganó la batalla y, en compensación por haber matado a la guerrera, se ofreció a llevar a Sim, Kali y Huril volando sobre su lomo hasta los confines meridionales de Awinor: hasta el mismísimo límite del mundo.

Los tres compañeros pudieron por fin descansar antes de iniciar la siguiente etapa del viaje; pero ninguno de ellos tenía ya ganas de continuar.

12— Saltar al otro lado

El elfo cerró lentamente los ojos para disfrutar de la luz del amanecer, y sonrió para sí cuando sintió la calidez del sol naciente en su rostro.

No importaba que de fondo se oyeran aquellos ruidos atronadores y aterradores, que el aire fuera opresivo y asfixiante, que aquel árbol en aquel parque fuese el único reducto habitable que había encontrado en toda la ciudad.

Volvía a ser él. O, al menos, en cierto modo.

Abrió los ojos, suspiró y se acomodó mejor sobre la rama. Algunos transeúntes madrugadores se quedaban mirándolo un momento; el elfo les devolvía la mirada y ellos sacudían la cabeza y seguían su camino, siempre con prisas, siempre con cara de sueño o de pocos amigos.

No debía de ser común en aquel mundo quedarse en cuclillas sobre la rama de un árbol para contemplar el amanecer.

Una chica de unos quince años pasó por debajo del árbol, pero no vio al elfo; éste, en cambio, se quedó mirándola pasar. Le gustaba observar, y la chica tenía algo que le traía recuerdos. Iba vestida con unos vaqueros y un jersey a rayas ajustado, y llevaba una cartera llena de libros al hombro. El cabello, suelto, era oscuro y rebelde, y los recuerdos asaltaron al elfo con mayor fuerza.

“Yo tuve una vez una hermana...”

Se enderezó y atrapó el recuerdo al vuelo en su mente. Sabía que era importante y que no debía dejarlo escapar.

Cerró los ojos otra vez y se dispuso a explorar aquella parte de sí mismo que no era él, que tanto miedo le daba, y que se llamaba Fabio.

Sintió terror, desesperación, rabia, impotencia... No eran sentimientos propios de un elfo, y buceó en su consciencia en

busca de la causa que los provocaba.

Y recordó...

Recordó cómo Fabio había vuelto a su casa una tarde, una tarde trágica, y había preguntado por su hermana.

Oyó con gran claridad la voz de sus padres:

—¿Qué hermana? Fabio, no nos tomes el pelo: tú eres hijo único.

Revivió la desesperación de Fabio cuando, tratando de buscar vestigios de Susana, no halló ninguna huella de ella en ninguna parte, como si jamás hubiese existido. Su cuarto era ahora —siempre había sido— una sala de estar; en los álbumes familiares no estaba en ninguna foto, y nadie, absolutamente nadie, ni su familia, ni sus amigos, la recordaba.

Había llamado entonces a Víctor, un número de teléfono que conocía de memoria:

—No, te has equivocado: aquí no vive ningún Víctor.

Fabio había creído volverse loco. Había corrido a casa de Víctor: efectivamente, él no vivía allí. Su familia sólo tenía dos hijos, y no tres.

Nadie le conocía, ni a él ni a Susana, y, probablemente, tampoco a Alicia. Nadie les recordaba. ¿Por qué?

Su primer impulso fue llamar a Chimo y gritarle, y exigirle que le devolviera a su hermana y a sus amigos, pero no llegó a llevarlo a cabo.

Su segundo impulso, probablemente más sensato, fue acudir a hablar con Eva y con Alex.

El elfo sacudió la cabeza. Ahora recordaba qué hacía él allí: había quedado con ellos en el parque.

No habían ido al instituto en toda la semana, tratando de averiguar lo que estaba pasando. Ni siquiera Eva entendía muy bien por qué los que habían perdido en el juego de rol se habían desvanecido de pronto en la nada, como si nunca hubiesen

nacido.

—¿Por qué los recordamos nosotros, entonces? —había preguntado Fabio.

—Porque nosotros los conocimos también en otro mundo, probablemente. Y, probablemente, es allí donde han muerto. De alguna manera, nosotros y nuestros personajes formamos una unidad. El caballero, la sacerdotisa y la guerrera murieron al otro lado; quizá...

Calló un momento. Luego miró a sus dos amigos, desolada.

—No sé —dijo—. Se me han acabado las explicaciones. Estoy asustada, muy asustada.

El elfo suspiró y apartó aquellos recuerdos de su mente. Había sido una semana muy confusa. A veces era Fabio y a veces era un elfo, y a veces veía su mundo de tres soles y tres lunas, y a veces vivía en aquel mundo aterrador, lleno de máquinas y ruido. Eva (o Kali, no lo tenía muy claro) le había dicho que eso era porque la frontera entre ambos mundos era ya tan fina que a veces se difuminaba, y los dos planos se superponían y parecían uno.

El elfo se incorporó, y quedó de pie sobre la rama, dejando que la brisa le revolviera el pelo.

Entonces oyó un ruido por la vereda, y miró hacia abajo. Allí estaba Eva, o Kali, atando su bicicleta a una farola. Él se quedó mirándola, y ella alzó la cabeza y le saludó, sonriente; pero a la aguda visión del elfo no se le escapó que la sonrisa era un tanto forzada.

—Baja de ahí, Fabio —dijo ella—. Tenemos que hablar.

El elfo saltó ágilmente, desde una altura de casi tres metros, y aterrizó sin ruido a su lado.

Ambos se sentaron al sol, al pie del árbol, sobre la hierba. Fabio advirtió que Eva llevaba una larga camisa azul,

por fuera del pantalón; recordaba vagamente a la túnica de la maga Kali.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer esta tarde? —preguntó él, sin rodeos.

—Mejor lo decidiremos cuando llegue Alex, ¿te parece?

—Sí. —Fabio echó un rápido vistazo al reloj—. Y llega tarde, como siempre.

—Tal vez no venga —murmuró Eva tras un breve silencio.

Fabio la miró, sorprendido.

—¿Quieres decir... que puede que se eche atrás?

—Ya lo conoces. Y no le culpo, en realidad.

Fabio calló un momento.

—No —dijo finalmente—. No, tienes razón. Yo tampoco. Y, si pudiera, daría media vuelta y saldría corriendo, no volvería por casa de Chimo y haría como si nada de esto estuviera ocurriendo. Pero no puedo. —Respiró hondo—. Digan lo que digan, yo tengo una hermana, y voy a hacer todo lo posible por recuperarla. Aunque, ¿te has parado a pensar que llegar al final no nos garantiza que recuperemos a los que hemos perdido?

—Llegar hasta el final significa derrotar a Zhur. Es él el que ha empezado todo esto, ¿no? Aunque, ¿por qué?

—Dijiste una vez que probablemente quería que ambos planos se uniesen.

—¿Eso dije? Bueno, pero era sólo una idea. Además, ¿para qué iba a querer eso Zhur?

—No sé. Esta la explicación típica de las pelis, claro: extender su poder hacia otro mundo.

—¿Crees que es eso?

—No sé, Eva. Eso pasa en las pelis y en los juegos de rol. Pero el mundo no está lleno de magos locos que buscan más

poder. ¿O sí?

—Bueno, el mundo está lleno de locos que buscan poder, o dinero. Aunque, escucha... ¿y si no fuera Zhur?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si fuese el Séptimo, el dios oscuro, el que quiere que se unan los mundos? Piénsalo. Al otro lado tiene a seis dioses que lo controlan y lo mantienen a raya.

—Bueno, ¿y cuántos hay aquí?

—No sé. Puede que uno, puede que ninguno. No creo que el planeta entero se haya puesto de acuerdo sobre esa cuestión. En cualquier caso, no me apetece nada imaginar nuestro mundo plagado de hombres-serpiente y de serpientes aladas como la que se cargó a nuestro caballero...

—Y, si matamos a Zhur...

—Sí, puede que el hechizo se rompa. Puede que la mente de Chimo quede libre y nosotros nos desvinculemos de nuestros personajes. Entonces...

—Entonces Susana, Víctor y Alicia volverían a estar con nosotros, porque ellos nunca murieron; sólo han muerto Iona, Althon y Tamina, ¿no?

Eva asintió, y Fabio sonrió. Una nueva llama de esperanza ardía en sus ojos.

—¿Y qué podemos hacer?

—Yo estaba pensando en saltar al otro lado y combatir a Zhur allí.

Fabio calló un momento. Luego dijo:

—No sé qué quieres decir.

—Sí lo sabes: pasar a la otra dimensión, la de nuestros personajes. Es allí donde está Zhur, y donde tenemos que buscarle. ¿Qué te pasa? ¿Todavía tienes miedo de que esto no sea real?

Fabio miró hacia cualquier otra parte. Eva lo obligó a

mirarle a los ojos.

—Fabio, no estás bien —dijo con suavidad—. ¿Qué te preocupa?

Él se apartó de ella, algo molesto. Eva adivinó lo que pensaba. Se le quedó mirando un momento, en silencio, y luego dijo en voz baja:

—No fue culpa tuya, Fabio.

El chico estalló.

—¡No intentes consolarme! Claro que lo fue. Maldita sea, tú lo sabes. Yo os dejé fuera. Fue mía la decisión de quedarnos en el Oráculo. Deberíamos haber seguido todos juntos.

—El dragón la habría matado igual.

—Pero yo habría podido hacer algo, alguna cosa. No esconderme cobardemente detrás de los muros del Oráculo.

—¿Eso crees que pasó?

—Y lo de Víctor también fue culpa mía —prosiguió Fabio, mortificándose sin piedad—. Alex iba a intentar convencerle de que entrase en la torre, y yo le dije que lo dejase estar. Si hubiésemos insistido, el caballero no se habría quedado fuera y...

—Vamos a ver, Fabio: ¿actuaste en algún momento con mala intención?

—En el caso vuestro, actué con egoísmo. Sólo pensé en nosotros y en los puntos de vida.

—Pues yo no estoy de acuerdo. Yo creo que las dos veces hiciste lo que creías correcto.

—Pero me equivoqué.

—¡Joder, Fabio, todo el mundo se equivoca!

Él la miró; Eva percibió entonces un inmenso dolor y rabia contenida en sus ojos.

—Todo el mundo toma decisiones todos los días, y todos

se equivocan alguna vez —dijo—. Pero en este mundo generalmente nadie muere cuando te equivocas.

Se separó de ella y apoyó la espalda en el tronco del árbol; parecía muy cansado.

—De eso tengo miedo —añadió en voz baja—. Cuando juegas a rol tomas decisiones y mueren personajes de vez en cuando; pero lo más grave que puede pasar es que algún amigo tuyo se cabree porque ha perdido un personaje que tenía una ficha muy buena. Pues se hace otra, y ya está. Puede que llegue a ser mejor que la anterior.

>> Pero en este juego, Eva, si tomas decisiones y te equivocas puede morir gente de verdad. Eso es lo que me da miedo. No temo por mí, pero...

—Eso se llama responsabilidad —cortó Eva amablemente—. Y la responsabilidad está presente todos los días en todas las decisiones que tomas, aunque no dependan vidas de ello.

>> Y en una cosa te equivocas: en este mundo sí hay decisiones de las que depende la vida de otras personas. Por ejemplo, los médicos las toman cada dos por tres. O los jueces. O los políticos. Y puede que tú, dentro de un par de años, cuando tengas carnet de conducir decidas conducir una noche con unas copas de más, o no conducir.

>>En todo mundo donde hay vida y hay muerte existe un riesgo al tomar decisiones. Es cierto que nuestro mundo, o al menos el país donde vivimos, es más seguro que los mundos salvajes de los juegos de rol. Por eso jugamos a rol, ¿no? Para sentir el riesgo. Para tomar decisiones... sin responsabilidades.

>> Ya es hora de que aprendamos... tú, y yo, y todos... a aceptar la responsabilidad de nuestros actos. No estaría bien que huyeras de ella, Fabio, pero el sentimiento de culpa tampoco debe paralizarte. Has tomado una decisión, te has equivocado. Si

crees que lo de Víctor y Susana ha sido culpa tuya, haz algo para arreglarlo. No eurras el bulto.

—Pero quedáis Alex y tú...

—Quedamos los tres. Y sólo nosotros tres podemos hacer que todo vuelva a ser como antes.

Fabio inclinó la cabeza. Se sentía confuso y mareado.

Eva levantó la mirada: alguien venía corriendo por el sendero del parque.

Era Alex. Se paró cuando los vio, y se acercó a ellos con gesto decidido y sombrío.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —dijo Eva—. Ya creíamos que no venías.

Alex sonrió, algo incómodo.

—Si queréis que os diga la verdad, también yo creía que no vendría. Estaba mejor en casa, en mi cama. Aún no sé qué estoy haciendo aquí.

—El dios Yohavir tenía razón —murmuró Fabio—. Eres un buen tío.

Alex cruzó una mirada con Eva.

—¿Qué le pasa a éste?

Ella decidió no andarse con rodeos.

—Hemos decidido saltar al otro lado, Alex.

Fabio apenas escuchó la conversación entre los dos. Oyó como en un sueño cómo Eva trataba de convencer a Alex de que aquello sí era posible, si se concentraban y dejaban que su mente fluyera hasta la mente de sus personajes en la otra dimensión.

Fabio sabía, de alguna manera, que podían hacerlo. Y que, si no lo habían hecho aún, era porque no querían.

Porque tenían miedo.

Si fracasaban y Zhur les derrotaba... ¿qué pasaría? ¿Se fusionarían ambas dimensiones en una, definitivamente?

¿Entraría el Séptimo en su mundo? Y, de ser así, ¿qué ocurriría?

Fabio se sentía inseguro, lleno de miedo, de rabia, de dudas. Sabía que el elfo no era así, ni se sentía así.

Pero el elfo no había perdido una hermana.

—Tu oíste lo que contó Chimo sobre los dragones — estaba diciendo Eva—. Los lazos entre ambos mundos comenzaron hace mucho tiempo; nosotros sólo los hemos reforzado. Si los dragones pudieron venir aquí, ¿por qué no podemos ir nosotros allí?

—No sabemos cómo, Eva.

—No creo que haga falta planteárselo demasiado — intervino Fabio—: ya estamos con un pie allí, ¿no os parece?

Sobrevino un silencio.

—He estado pensando —dijo entonces Fabio—. Creo que, si abandonamos, Zhur habrá vencido. Y no quiero ni pensar en lo que vendrá después.

—¿Entonces...?

—Creo que, por muy mal que nos vaya si seguimos adelante, al menos tendremos una oportunidad de arreglar las cosas. Si nos quedamos parados, habremos perdido definitivamente.

Fabio miró a sus amigos. Alex temblaba. Eva tenía los ojos húmedos.

Los dos estaban muy asustados.

—No quiero tomar la decisión por vosotros —dijo—. Pero yo tengo que seguir adelante, porque tengo una hermana que recuperar.

—Jo, macho, hablas como el agente Mulder... —intentó bromear Alex, pero enseguida se dio cuenta de que su gracia estaba fuera de lugar—. Lo siento, tío. Ya sé que esto es serio.

>> Tú tendrás una hermana que recuperar, pero yo he perdido a Víctor, mi mejor amigo... ¿qué digo?... Mi hermano

adoptivo. Y le echo de menos, todos los días, a todas horas. Y me desespera que la gente no le recuerde, y que actúen como si él nunca hubiese existido. No se merece esto, no haber existido... yo sé que sí ha estado con nosotros, y quiero que la gente lo sepa también.

Eva se secó una lágrima indiscreta.

—Yo también voy a seguir —dijo—. Ya sabéis por qué.

—Yo, no —confesó Alex—. ¿Por qué estás tan segura?

—No lo estoy —respondió ella—. Pero sé lo que es la responsabilidad. Y yo también me siento responsable. No sé lo que pasará si Zhur y el Séptimo logran cruzar a este lado... pero sí sé que sólo nosotros tres estamos en situación de impedirlo.

Fabio asintió. En algún lugar, dentro de él, al otro lado, el elfo aplaudía su decisión.

—... porque nosotros tres —concluyó Eva—, aceptamos el Desafío de Zhur, y tenemos que ser consecuentes con lo que decidimos entonces.

13— Acto 6: El Límite del Mundo

—Me mosquea que la gente decida no venir más a las partidas cuando les matan el personaje —declaró Chimo al comprobar que sólo eran cuatro aquella tarde.

—Prueba a llamarles, a ver si todavía existen —murmuró Alex.

—¿Qué?

Fabio le dio un pisotón a Alex por debajo de la mesa para que cerrara la boca. Los tres supervivientes habían decidido, de común acuerdo, no contarle nada a Chimo; debían asegurarse de que el vínculo entre él y Zhur seguía ahí, para que ellos pudiesen saltar al otro lado. De lo contrario, si Chimo trataba de romper aquel control, tal vez ambos mundos se separaran antes de que ellos lograsen derrotar al hechicero y recuperar a los amigos que habían perdido.

—No he dicho nada —se apresuró a responder Alex—. Anda, comencemos de una vez.

—Bueno. —El master cogió sus papeles—. Os pongo en situación: el elfo, la maga y el bardo sobrevuelan Awinor a lomos de un dragón, en dirección al límite del mundo. ¿Alguno de vosotros padece de vértigo?

Alex se puso lívido, y consultó su ficha.

—Tío, no me hagas esto... —protestó.

—Tira.

Alex cogió los dedos y tiró. No tuvo mucha suerte esta vez.

—Se te revuelve el estómago —decretó Chimo—. Quítate un punto de vida.

Alex cogió el lápiz con cara de circunstancias, pero cerró los ojos de pronto y se sujetó el estómago con una mano. Miró a sus amigos con expresión de angustia.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Chimo, frunciendo el ceño.

—Tengo que ir al baño —murmuró Alex, y se levantó precipitadamente.

—Desde luego, este tío es un notas —comentó Chimo con un suspiro exasperado.

Eva cruzó una mirada con Fabio, y éste asintió, casi imperceptiblemente: si Alex se había mareado de verdad, eso sólo podía significar una cosa: estaban ya tan unidos a los componentes del grupo de aventureros que se acercaba la hora de fusionarse con ellos completamente.

Alex regresó, algo pálido, y volvió a tomar asiento. Eva se ofreció para prepararle una manzanilla con limón para el estómago; él aceptó, y Chimo le indicó a la chica dónde guardaba su madre las infusiones. Apenas unos minutos más tarde el agua borboteaba alegremente en el cazo, y pronto la manzanilla estuvo ya preparada.

—Bébetela —le dijo a Alex, al ver que éste miraba la taza con reparos—. Es mano de santo.

—Bueno —dijo Chimo, tratando de retomar la partida—. Como decía, voláis sobre Awinor...

Fabio apenas le escuchaba: por debajo de la mesa, Eva acababa de coger su mano, y el chico sabía que también había agarrado la de Alex.

Era la señal convenida.

Fabio alargó la mano libre bajo la mesa para encontrar la mano libre de Alex. Los tres amigos quedaron unidos en un círculo.

—...A lo lejos —seguía diciendo Chimo—, veis una bruma misteriosa y oscura que cubre el horizonte...

Los tres cerraron los ojos y trataron de visualizar lo que iba describiendo el master.

—...allá donde el cielo se confunde con el mar...

Fabio buscó en su mente la consciencia de Sim, el elfo montaraz. Ambas mentes se encontraron a través del pasillo interdimensional.

—...donde las cosas no son lo que parecen...

Las dos consciencias se aferraron como en un abrazo.

—... de donde nunca nadie ha regresado...

Fabio sintió una mareante sensación de vértigo. Todo giraba a su alrededor, y él oprimió con más fuerza las manos de sus amigos, para sentir que aún estaba sujeto a algo sólido y real.

—...es el Límite del Mundo —concluyó Chimo.

“¡Voy por ti, Susana!”, pensó Fabio antes de dejar de ser Fabio...

Sim abrió los ojos después de un breve momento de mareo. Había vuelto a tener aquellas extrañas visiones, y giró la cabeza para mirar a Kali. Ella le sonrió tranquilizadamente: sí, le había dicho más de una vez, estaban conectados de alguna manera con otro mundo. Pero eso no tenía por qué ser malo.

Sim no lo consideraba malo; simplemente, preocupante. Aunque intuía que aquel mundo que vislumbraban no tenía que ver con Zhur ni con el Séptimo, le inquietaba. “Quizá lo que hayamos visto sea Erea, el mundo de los dioses”, le había dicho una vez a la maga. “Quizá”, había respondido ella.

El elfo levantó involuntariamente la vista hacia la más grande de las tres lunas, que asomaba entre las brumas, donde tradicionalmente se había pensado que estaba situado el reino divino. Quizá...

Un gemido le hizo volver a la realidad: Huril, el bardo, seguía indispuerto. Sim se sonrió para sí. A aquel humano

siempre le pasaban cosas raras.

Él, por el contrario, se sentía en la gloria, volando sobre los lomos de aquel poderoso dragón, sintiendo el viento en el rostro y el mundo a sus pies, a pesar de las amenazadoras brumas que cubrían el horizonte.

El gran dragón giró la cabeza hacia ellos:

—¡Preparaos para bajar! —dijo, y su voz sonó como el redoble de un inmenso tambor.

Sim sintió los brazos de Kali rodeándole la cintura. Recordó de pronto a Iona, la valiente guerrera, y se preguntó por qué sentía ahora aquel peso en el corazón al pensar en ella. “No sabía que hubiese sentido tanto su pérdida”, pensó.

Pronto tuvo que atender a otros asuntos. Huril gemía otra vez, porque el dragón descendía a una velocidad vertiginosa.

Enseguida tomarían tierra. Abajo, Sim sólo veía un páramo frío y desolado. Su mente volvió de nuevo a su misión, y a lo que les esperaba más allá del límite.

Y aquel extraño peso en el corazón... Sin saber muy bien lo que hacía, o por qué lo hacía, cogió la mano de Kali y la oprimió con fuerza.

El dragón se posó en tierra, levantando una gran polvareda. Cuando el ambiente se despejó, Sim saltó ágilmente al suelo, y ayudó a descender a Kali.

Huril se quedó un momento arriba, con el rostro ceniciento. El elfo iba a echarle una mano a él también, pero el bardo se repuso prontamente y, de un salto, bajó a tierra. Dio la sensación de que todo su cuerpo se lo agradecía sinceramente.

Sim clavó sus ojos almendrados en el horizonte.

—Aún falta bastante para llegar —observó.

El dragón inclinó la cabeza, pesaroso.

—Lo siento —dijo—. No puedo llevaros más allá.

Sim no quiso discutir, y se limitó a asentir con la cabeza. Pero no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda: los dragones eran los seres más poderosos del mundo, y ellos tenían que seguir hacia el lugar donde uno de ellos no se atrevía a adentrarse.

Apenas se dio cuenta de que el dragón alzaba el vuelo y los abandonaba, pero, cuando se fue, se sintió muy solo y frágil. Miró a sus compañeros. Kali estaba cerca de él, en cuclillas, observando el horizonte pensativa. Huril se había sentado en el suelo y estaba terminando de recuperarse.

Y el dragón rojo no era ya más que una mancha en el cielo nublado.

—Bueno —dijo Huril—. Y ahora, ¿qué hacemos?

Sim suspiró. Echaba de menos la determinación del caballero, el arrojo de la guerrera, la fe de la sacerdotisa. Empezaba a comprender por qué los habían elegido los dioses: se complementaban unos a otros.

Pero ahora, sólo quedaban tres del grupo original.

Kali no respondió enseguida.

—Siento la energía negativa que fluye del escondite de Zhur —dijo por fin—, y sé dónde está.

Se levantó, con gesto decidido, dispuesta a seguir adelante.

—Sólo somos tres —dijo Huril—. ¿Qué podemos hacer nosotros?

—No mucho más siendo seis, os lo aseguro.

El bardo se la quedó mirando.

—¿Quieres decir que, desde el principio, ha sido una empresa suicida?

—No. Quiero decir que no creo que sea ésta una batalla que se gane por la fuerza.

—Entonces, ¿cómo?

Kali se encogió de hombros.

—Improvisaremos.

Huril no pareció muy convencido, pero no puso objeciones. Los tres se levantaron y echaron a andar hacia adelante, hacia las nieblas del fin del mundo, sin una palabra.

Caminaron durante cuatro días y cuatro noches, alimentándose de las raíces y frutos de las escasas y extrañas plantas que crecían en el páramo. Aparte de ellas, ningún ser vivo parecía habitar allí.

Finalmente vieron a lo lejos una altísima cadena de montañas rojizas.

—Es allí —dijo Kali.

Una ráfaga de viento frío les azotó el rostro. Sim se estremeció.

“No estás solo”, le susurró una voz interior.

—Adelante —dijo entonces—. De nosotros depende el futuro del mundo.

Echó a andar, y sus compañeros le siguieron

Al anochecer alcanzaron la falda de la montaña., y decidieron acampar; el rugido del viento era terrible y amenazador incluso allí, al abrigo de los grandes bloques de piedra, de manera que ninguno fue capaz de dormir.

Un par de horas después, los alertaron unos silbidos y siseos que venían con el aire.

—Sim... —dijo Kali, incorporándose; pero el elfo ya se había puesto en pie y escudriñaba la oscuridad con su visión nocturna.

—Nigs —dijo Huril—. Si podemos oírlos, es que ya los tenemos encima.

Los tres formaron un círculo, espalda contra espalda, para cubrirse unos a otros y vigilar mejor las sombras.

Poco a poco, los hombres-serpiente fueron apareciendo

a su alrededor. Sus ojos brillaban en la oscuridad y su lengua bífida producía un siseo aterrador.

—Son demasiados —jadeó Huril.

—Nunca son demasiados —replicó Sim, disparando la primera flecha.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse qué esperaban los dioses que hiciesen ellos tres, solos contra aquel formidable enemigo.

De las sombras surgían más y más nigs, como nacidos de la peor de sus pesadillas.

—No quieren matarnos —dijo entonces Kali—. Nos quieren vivos.

—¡Nunca!

Sim colocó otra flecha en su arco y tensó la cuerda. Kali lanzó una bola de fuego.

Sin embargo, la batalla no fue muy larga. Apenas unos minutos más tarde, los tres compañeros avanzaban, desarmados y maniatados, entre una tropa de nigs que los mantenían a raya con sus afiladas lanzas.

—Si nos llevan ante Zhur —dijo Kali en voz baja—, tal vez tengamos una oportunidad.

—¿Y entonces qué? —replicó Huril, con rabia—. ¿Por qué los dioses escogen a seis aventureros corrientes y molientes y el Séptimo elige a un poderosísimo mago? ¿Por qué nosotros, eh? ¿Qué oportunidades tenemos? ¿Es que no había magos y archimagos en todas las torres? ¿Es que...?

Uno de los nigs le propinó un puntapié, y el bardo calló.

Pero, aunque no lo dijera, Sim se veía asaltado por las mismas dudas.

¿Por qué ellos?

Los nigs los condujeron hasta la entrada de una inmensa cueva, y les empujaron para que entrasen. Kali se quedó

quieta, pálida y con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sim.

—¡¡No!! —La maga trató de dar media vuelta y escapar, pero los hombres-serpiente la obligaron a volver con el grupo.

—¿Qué pasa? —repitió Sim.

Ella no respondió, pero sus ojos seguían mostrando un profundo terror.

Entraron en la cueva, y la oscuridad se los tragó. Mientras recorrían un larguísimo túnel que parecía hundirse cada vez más en las entrañas de la tierra, Sim empezó a notar que un terror irracional le invadía hasta el tuétano de los huesos. Y, poco antes de que los nigs los metieran a empujones en una enorme cámara subterránea iluminada por el resplandor rojizo de varios fuegos mágicos, el elfo ya sabía lo que les esperaba.

La criatura descansaba al fondo de la sala. Su enorme cuerpo de innumerables anillos estaba enroscado sobre sí mismo, y había plegado sus alas membranosas para moverse por la cueva con mayor comodidad.

Alzó la cabeza cuando los sintió llegar, y la inclinó sobre ellos para verlos mejor. Su lengua bífida producía un siseo aún más terrible que el de todo un ejército de nigs.

Era una visión aterradora y sobrecogedora porque, pese a todo, aquella criatura era fascinante y magnífica, y poseía una belleza misteriosa y letal. Los thigs habían nacido de las entrañas de la tierra cuando el mundo era aún muy joven, y eran los hijos predilectos del dios oscuro, prácticamente semidioses, quizá por encima de los mismísimos dragones.

“Vaya”, dijo el thig. “Así que sólo quedáis vosotros tres”.

—Queremos ver a Zhur —exigió Sim, fingiendo un aplomo que estaba lejos de sentir.

Una risa baja hizo que el cuerpo de la serpiente alada se convulsionase ligeramente. Sus ojos relumbraron con un resplandor irisado.

“¿Y qué os hace pensar que habéis alcanzado el final?”, preguntó. “Para llegar hasta Zhur, antes tenéis que derrotarme a mí”.

Sim se hundió. Ellos eran sólo un elfo y dos humanos, maniatados y sin armas. No podían contra un thig, cuya fuerza no radicaba sólo en su enorme tamaño o en su mortífero veneno, sino también en su gran inteligencia y en sus poderes telepáticos; la mente de un thig era más evolucionada que la de cualquiera de las criaturas de la tierra, y ello incluía también a los dragones y a los unicornios.

No había nada que hacer. Incluso si alguno de los tres concibiese un plan desesperado, el thig leería en su mente antes de que pudiesen mover un dedo.

La criatura sonrió.

“Exacto”, dijo, y su voz resonó en las mentes de todos. “Habéis perdido”.

Hubo un momento de silencio. Y después, lentamente, el thig desenroscó sus inmensos anillos y se deslizó por la enorme cueva. Su sinuoso cuerpo de serpiente rodeó a los compañeros, que retrocedieron hasta quedar muy juntos, temblando de puro terror.

Entonces, por encima del horrible siseo de la criatura, Sim empezó a escuchar un extraño sonido, que le resultaba ligeramente familiar, pese a que, estaba seguro, era la primera vez que lo oía.

Miró a su alrededor, y enseguida descubrió de qué se trataba.

Huril, el bardo, estaba cantando.

Era una canción sin palabras, que parecía provenir de

otro mundo, de otro tiempo. Era algo totalmente distinto a lo que Sim había oído hasta entonces y, aunque conocía la voz de Huril, porque lo había oído recitar en más de una ocasión, aquella vez le parecía que tenía un tono especial, como de embrujo, como si su amigo estuviese en trance.

Sim ladeó la cabeza y cerró los ojos. No importaba lo que pasase a continuación; la melodía de Huril era tan hermosa que rompía el corazón.

Sintió que Kali le cogía suavemente del brazo.

—Es el Canto del Cisne —le dijo ella en voz baja—.

Mira.

El elfo abrió los ojos y se encontró con una escena sorprendente.

Huril seguía plantado en el centro de la caverna, con las manos atadas a la espalda, la cabeza bien alta, los ojos brillantes y una expresión extática en el rostro mientras cantaba su última canción, belleza pura, que flotaba en el ambiente y atrapaba los corazones de cualquiera que la escuchara.

Frente a él estaba el thig., mirándolo fijamente con sus ojos irisados. Había vuelto a enroscar su cuerpo, y su cabeza descansaba sobre él, en ademán atento y calmoso. Parecía haberse olvidado por completo de sus otros prisioneros.

Huril seguía cantando, y Sim no entendía muy bien qué estaba sucediendo. Recordó de pronto algo que alguien le había dicho una vez, no recordaba quién, ni cuándo, ni dónde: “un canto tan bello que conmovería a las mismísimas piedras...”

Sacudió la cabeza, confundido.

—¿Qué está pasando? —susurró.

—Los thigs poseen una inteligencia fuera de lo común —respondió Kali en el mismo tono—. Son especialmente sensibles a la belleza.

Sim sacudió la cabeza de nuevo para tratar de librarse

del embrujo del canto de Huril y miró a su alrededor, en busca de una escapatoria. Hacía tiempo que los nigs se habían marchado, pero al elfo no le parecía prudente adentrarse por el túnel por donde los habían traído. Descubrió otra salida un poco más allá, y se la señaló a Kali, que asintió.

Sim hizo ademán de ir hacia allí, pero se detuvo, indeciso, y miró hacia atrás.

Hacia Huril, que seguía cantando.

—No podemos dejarle ahí —dijo, pero Kali negó con la cabeza.

—Está sentenciado, Sim. Si le llevásemos con nosotros, moriría igual. El suyo es un canto de muerte.

Sim se estremeció. No entendía muy bien las palabras de Kali, pero intuía lo que ella quería decir, y no le gustó nada.

Los dos alcanzaron el túnel en silencio. Pero, cuando iban a adentrarse por él, el thig se dio cuenta de que se escapaban, y el embrujo se rompió.

Con un terrible siseo, la enorme serpiente se alzó sobre su cuerpo escamoso, abriendo al máximo sus gigantescas alas de murciélago, hasta cubrir toda la cueva, y se abatió sobre ellos. Sim tiró de Kali, y los dos fugitivos lograron entrar antes de que los mortíferos colmillos del thig alcanzasen la boca del túnel.

El terrible golpe hizo que del techo se desprendiese un alud de piedras. Sim huyó por el túnel, mientras una lluvia de roca caía sobre ellos.

Oyó entonces que la maga gritaba, y volvió sobre sus pasos para buscarla. La encontró agazapada en un rincón del túnel, encogida sobre sí misma y cubierta de polvo. A su alrededor había grandes fragmentos de piedra.

Sim se inclinó sobre su amiga.

—¿Estás bien?

Kali alzó la cara sucia para mirarle a los ojos. No podía verle, porque estaba oscuro, pero el elfo sí podía verla a ella. Y vio que estaba malherida.

Miró hacia atrás. El alud de roca había taponado la entrada del túnel. Detrás habían quedado el thig y Huril, el bardo.

Sim movió la cabeza con tristeza. Era irónico, pero quien mejor había sido capaz de apreciar la belleza de aquel canto último había sido, con toda seguridad, la enorme serpiente alada.

—Se acabó —dijo—. Busquemos una salida y volvamos a casa.

—No puedes hacer eso —murmuró ella—. Hemos de seguir adelante, para recuperar a los que hemos perdido.

—No vamos a recuperar a los que hemos perdido, Kali. Están muertos.

—Yo voy a seguir —dijo ella, y trató de ponerse en pie.

Pero perdió el sentido y cayó en brazos de Sim, que cargó con ella con delicadeza. Se dio cuenta entonces de que la única salida posible era seguir adelante por aquel túnel.

Y eso hizo, llevando en sus brazos a la maga inconsciente.

14— El último acto

—Fin del sexto acto —dijo Chimo.

Sobrevino un silencio.

Fabio se liberó de la conciencia del elfo y, de pronto, ambas dimensiones volvieron separarse, y Eva y él volvían a estar en la cocina de la casa de Chimo.

A Alex no se le veía por ninguna parte.

—Pero, ¿cuándo se ha ido? —preguntó Chimo, muy sorprendido—. Hace un momento estaba aquí, con nosotros. Ya me estoy cansando de sus gracias.

Fabio y Eva cruzaron una mirada entristecida. Los ojos de ella parecían haber perdido el brillo.

—¿No te encuentras bien?

—No mucho.

Chimo los miraba alternativamente.

—No sé qué os pasa a todos últimamente; da la sensación de que estáis intentando chafarme la aventura.

Fabio sonrió con cansancio. Inocente Chimo... ¿sería posible que, de verdad, no hubiese notado nada extraño en todo aquello? Miró a Eva, que contemplaba pensativa la silla que había ocupado Alex. Ahora que el bardo había entregado al mundo su canto de muerte, su querido amigo ya no era nada en aquella dimensión. No había existido para nadie, y lo único que quedaba de él eran recuerdos en la mente de tres personas.

Los ojos de Eva se detuvieron en la taza de manzanilla que Alex había dejado a mitad.

—Me vendría bien algo caliente —dijo.

Fabio no necesitó que se lo dijese dos veces, y se levantó para prepararle una infusión. Su mano rozó la de ella un momento; fue un contacto breve, pero lleno de ternura.

Chimo consultaba su reloj.

—Son las seis —dijo—. ¿Qué hacemos? ¿Lo dejamos para el próximo sábado o acabamos ya?

Eva y Fabio cruzaron una mirada.

—Acabemos de una vez —dijo Fabio.

—Caray, cualquiera diría que esto es un castigo... —comentó Chimo, algo molesto—. Está bien, atended: seguid por el túnel.

Fabio puso el agua a calentar y se sentó de nuevo. Buscó la mano de Eva por debajo de la mesa y la oprimió con fuerza. Sintió que ella vacilaba, y eso le hizo dudar a él también: si volvían a cruzar la línea, tendrían que enfrentarse directamente a Zhur. ¿Qué posibilidades tenían de salir vencedores?

Fabio se estremeció, y sintió miedo por vez primera. No temía por él... sino por Eva. Ya había perdido a Susana y no quería perderla también a ella.

La chica percibió sus dudas y se esforzó en tragar saliva y levantar la cabeza con decisión.

Se miraron a los ojos, y Fabio leyó en los de Eva que ella estaba dispuesta a seguir adelante, costase lo que costase.

—¡Eh! —llamó Chimo—. ¡Base llamando a tortolitos! ¡Volved al planeta Tierra!

Eva apartó la mirada, algo confusa.

—Mira que eres bestia —gruñó Fabio.

—Estamos aquí para jugar, ¿no?

—Sí, sí. Venga, sigue.

—Ejem... como iba diciendo: el elfo sigue por el túnel cargando con la maga. No se ve un pijo; pero Sim, como todos los elfos, posee visión infrarroja, así que ningún problema.

Fabio oprimió la mano de Eva, que respiró hondo. Ambos buscaron en lo más recóndito de sus mentes la conexión con esa otra dimensión tan cercana a la suya.

Sim y Kali.

Chimo seguía hablando:

—Finalmente, el elfo logra ver al fondo...

El salto.

... una enorme puerta cerrada a cal y canto. Sim se acercó con cautela para examinarla. Con su visión nocturna logró descifrar las inscripciones que adornaban la madera milenaria: estaban en idhunaico antiguo, una lengua que ya no se hablaba, pero que los hijos de los nobles aún estudiaban en las escuelas. Sim no sabía mucho del idioma de los antiguos, pero podía percibir claramente que aquellos caracteres emanaban una fuerza siniestra.

—Es la puerta al Inframundo —susurró entonces Kali.

Sim la depositó en el suelo y examinó su rostro, preocupado.

—¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor, gracias. ¿Dónde estamos?

—Tú has dicho que es la puerta al Inframundo.

—Es la sensación que tengo. Hay algo decididamente maligno ahí detrás, Sim.

El elfo miró fijamente la enorme puerta cerrada.

—Tenemos que entrar —dijo Kali, adivinando sus pensamientos.

—Kali, tú no estás en condiciones...

Ella le miró un momento y, lentamente, se levantó, apoyándose en la pared de piedra.

—¡No trates de protegerme! Lucharé hasta el final; si he de morir, prefiero hacerlo ahora que vivir esclava en un mundo dominado por el Séptimo.

La maga avanzó un poco, tambaleándose, hasta la puerta; apoyó una mano sobre la antiquísima madera y pronunció las palabras de un conjuro.

Se oyó un chasquido, y la puerta comenzó a abrirse lentamente. Kali, agotada por el esfuerzo, inclinó la cabeza. Se le doblaron las rodillas, y Sim la cogió justo a tiempo para que no cayera al suelo.

La puerta terminó de abrirse, y un resplandor azulado los bañó de pies a cabeza. Sim entrecerró los ojos y trató de ver qué había más allá. Con Kali en brazos, dio un paso al frente, cautelosamente.

Ante él se extendía una amplia cueva ocupada en gran parte por un lago subterráneo. Los reflejos del agua iluminaban las paredes en un mosaico fascinante y cambiante.

No parecía haber nadie, pero Sim percibía una presencia muy poderosa ahí dentro. Se esforzó por ver con mayor claridad, y escudriñó la penumbra. Y entonces vio que en el lago, no lejos de la orilla, se alzaba un pequeño promontorio que formaba una especie de trono natural. Y sobre él se agazapaba una sombra.

Sim avanzó. La sombra se movió un poco, y el elfo pudo ver que vestía una túnica oscura, y que una capucha le tapaba el rostro. Sim se sentía intrigado: ¿quién o qué era aquella criatura? ¿Y por qué estaba sola, en mitad del lago?

“Bienvenidos a la casa de Zhur”, resonó una voz en su mente.

Sim se estremeció de pies a cabeza.

Un varu, pensó.

“Exacto”, corroboró la voz telepática. “Un varu”.

La sombra se levantó y se quitó la capucha. Los resplandores argénteos que emanaban de las aguas del lago iluminaron un poco su rostro de anfibio y sus manos cubiertas de escamas, con membranas natatorias entre los dedos.

El varu fijó en Sim sus enormes ojos oceánicos.

Los varun eran los hijos de la diosa del mar, y vivían

bajo las aguas en inmensas ciudades submarinas. Había muy pocos en el continente, porque necesitaban el silencio de su milenario mundo azul para sentirse en calma, porque su piel se reseca si permanecían mucho tiempo fuera del agua y porque no podían hablar como el resto de las criaturas inteligentes: carecían de cuerdas vocales y se comunicaban por telepatía.

Sim apreció una cosa más en aquella criatura del mar: la túnica que llevaba estaba bordada con signos arcanos.

—Tú eres Zhur —dijo el elfo a media voz— Un varu que ha traicionado a la diosa del mar para aliarse con el Séptimo.

El varu ladeó la cabeza.

“¿Sorprendido?”.

—Un poco sólo. Pero esperaba encontrar a más gente aquí.

“Ya has pasado todas las otras pruebas. Ahora se trata de un enfrentamiento entre tú y yo... cara a cara”.

Hubo un breve silencio. Entonces Sim, lentamente, se agachó para depositar a la inconsciente Kali sobre el frío suelo de piedra.

—Así que ya hemos llegado al final —dijo.

Tanteó su espalda en busca de su arco, pero no lo encontró, y recordó entonces que los nigs los habían desarmado.

Zhur sonrió.

“Habéis llegado al final, sí. Pero habéis perdido”.

—¿Por qué? Todavía no has vencido.

“¿Ah, no? ¿Y cómo piensas evitar que os mate aquí mismo?”.

Sim no respondió, pero se quedó mirándole, desafiante.

Zhur alzó la mano derecha. Sobre ella apareció una bola brillante formada por rayos que giraban como en un torbellino.

“Lo siento. Habéis llegado al final del juego... y al final de vuestra existencia”.

La bola se hizo más grande en su mano, y Sim supo que iba a lanzarla. Se echó sobre el cuerpo inerte de Kali, dispuesto a protegerla.

—Fabio... —susurró ella.

Sim abrió los ojos. Aquel nombre le resultaba vagamente familiar, pero no tenía ningún significado para él.

—Fabio... —repitió Kali—. Los dos mundos han de ser uno solo...

Sim no comprendía lo que le estaba diciendo.

La luz del hechizo de Zhur era ya dolorosamente cegadora. Por intuición, Sim supo que acababa de lanzarla contra ellos, y rodó hacia un lado, con Kali.

El rayo cayó muy cerca.

—¿Sim?

El elfo miró a su compañera. Había abierto los ojos y parecía desconcertada.

—¿Qué...?

—Estamos ante Zhur, Kali. El varu.

La voz de Zhur inundó sus mentes: “Decidles a vuestros patéticos dioses que ahora yo mandaré en este mundo... y mi dios gobernará en el otro”.

Sim sintió de pronto un profundo sopor, y supo que se trataba de otro hechizo de Zhur. Trató de mantenerse despejado, pero, poco a poco, su mente iba abandonando el estado de la consciencia sin que él pudiese hacer nada.

—Es un varu —murmuró entonces Kali—. Es vulnerable a los hechizos de fuego.

—Pero tú no puedes lanzar hechizos ahora —musitó Sim, medio atontado.

—Fuego... —siguió diciendo ella, en un estado

intermedio entre el sueño y la vigilia—. Busca fuego, Fabio.

Sim miró a su alrededor, luchando por mantener los ojos abiertos.

“No hay fuego aquí”, rió Zhur. “Esto es una caverna subterránea, hijo”.

Pero Sim empezó a ver otras cosas además de la caverna.

Estaba en una caverna, sí, pero también estaba en una habitación extraña con muebles extraños y paredes cubiertas de azulejos blancos, y ambas imágenes se superponían como si ambas fueran una, o como si ninguna de las dos existiese realmente.

Sim se frotó un ojo.

—Los dos mundos se convierten en uno —susurró Kali.

“Sí, niña, los dos mundos se convierten en uno”, dijo Zhur. “Y pronto yo seré el único enlace entre ambos. Yo seré la única puerta”.

—En el otro lado no existe Zhur —dijo Kali, y miró a Sim a los ojos.

Y Sim comprendió entonces lo que tenía que hacer.

Se aferró a la imagen de la habitación blanca con muebles raros y trató de llegar hasta ella, e imaginar que la caverna no existía realmente.

Y entonces supo que era Sim, pero también era Fabio, y vio a través de los ojos de Fabio...

—Fuego —dijo Eva.

Fabio ya se había dado cuenta de algo.

Manzanilla.

Sobre la encimera de la cocina había un cazo con agua que llevaba un buen rato hirviendo.

Fuego.

Sim volvió a la caverna., y sintió que el hechizo de Zhur ya no pesaba sobre él. No entendía muy bien por qué, pero intuía que tenía que ver con su brevísimo viaje a la otra dimensión.

Miró a su alrededor. Ambos espacios se mezclaban y confundían, pero el elfo vislumbraba claramente los muebles de la cocina sobre las rocas de la cueva, y la encimera con el fuego encendido justo encima del lago, cerca de Zhur.

El elfo saltó hacia el mago, que alzó las manos hacia él para lanzar un nuevo hechizo. Sim lo esquivó viajando de nuevo al otro lado; estuvo ausente solamente unas centésimas de segundo pero, cuando volvió, el hechizo ya había sido lanzado, y él no había estado allí para recibir sus efectos.

Sim cayó sobre una roca que sobresalía del agua y volvió a saltar. Zhur lanzó otro hechizo ofensivo, y el elfo volvió a escabullirse al otro lado. Con las dos dimensiones tan próximas, la línea que las separaba era casi inexistente, y Sim podía cruzarla a placer.

No sucedía lo mismo con Zhur: Sim tenía un cuerpo al otro lado, el de Fabio, pero el mago varu, no. El elfo recordaba vagamente a alguien llamado Chimo, pero sabía que él y Zhur no eran uno, porque ninguno de los dos se había implicado en la existencia del otro de la misma manera que un tal Fabio se la había jugado por el propio Sim.

El elfo aterrizó finalmente sobre la pequeña isla donde se hallaba Zhur, pero el varu retrocedió unos pasos y saltó ágilmente al agua.

Sim escudriñó las sombras en su busca.

Lo vio de pronto en la orilla, saliendo del agua con la túnica empapada... muy cerca de la inerte Kali.

—¡¡No!! —gritó.

*Sólo tenía una oportunidad.
Viajó al otro lado.*

Fabio se levantó bruscamente y corrió hacia la encimera. Apenas quedaba agua el cazo; lo apartó de un empujón, mientras cogía un trapo de cocina con la otra mano.

Lo echó sobre el fuego.

—¿Qué haces, Fabio? —preguntó Chimo.

El trapo comenzó a arder.

Fuego.

Fabio miró a su alrededor. Eva estaba allí; su imagen se superponía a la de la yacente Kali, y Fabio vio que el mago estaba ya muy cerca de ella. Entre Zhur y Sim había un lago.

Entre Zhur y Fabio, sólo unos metros de cocina, y un salto interdimensional.

Con el trapo ardiendo en la mano, Fabio cruzó la cocina en dos zancadas hasta llegar junto a Eva.

Y saltó.

Sim apareció de nuevo de la nada con una tela ardiendo en la mano, justo junto a Zhur. El varu se quedó un momento inmóvil.

—¡Kali! —gritó el elfo.

Ella se incorporó un poco y trató de despejarse.

—¡Kali! ¡Salta! ¡Vuela!

Kali saltó al otro lado, y regresó en apenas unas milésimas de segundo, ya liberada del letal hechizo de aturdimiento.

Entonces Sim le lanzó a Zhur el trapo ardiendo a la cara.

Y Kali, con sus últimas fuerzas, pronunció las palabras de un hechizo en lengua arcana.

La inocente llama del trapo de cocina se transformó en una inmensa llamarada que envolvió el cuerpo del varu de la cabeza a los pies.

Zhur gritó; de su garganta no salió ningún sonido, pero su mente emitió un chillido telepático que golpeó la consciencia de Sim con la fuerza de una maza. El elfo se llevó las manos a la cabeza, con un gemido de dolor, mientras Zhur, tropezando, envuelto en llamas, trataba de llegar hasta el lago.

Pero Sim no podía permitir que eso sucediera. De otro salto, el elfo se plantó junto al mago y lo agarró de la túnica, sin preocuparse por el fuego que lo envolvía. Sintió que las llamas mordían su carne, pero apretó los dientes y se esforzó por concentrarse y visualizar la otra dimensión, la de la habitación blanca...

Y saltó.

Fabio se apartó con presteza de la forma envuelta en llamas que acababa de aparecer en la cocina.

Chimo se levantó de un salto, con la boca abierta.

—¿¡Qué es eso!?! —chilló—. ¿Qué hace en mi cocina?

Enseguida se llevó las manos a la cabeza y gimió de dolor, nada más sentir los agudos gritos que procedían de la mente del varu.

—¡Es Zhur! —respondió Fabio, apretando los dientes—. ¡Maldita sea, ayudadme, haced algo!

Pero ninguno de los tres estaba en situación de actuar. El agónico chillido telepático del mago se había aferrado a sus mentes y les estaba destrozando los nervios.

El varu seguía golpeándose contra las paredes de la cocina mientras se consumía en llamas. Las cortinas prendieron inmediatamente, y también los delantales que colgaban junto a la puerta.

—¡¡Mierda!! —gritó Chimo—. ¡¡Fabio, haz algo, échale agua a esa cosa!

Alguien fue más rápido.

Un cuchillo de cocina voló de un extremo a otro de la habitación y fue a clavarse en el cuerpo de Zhur, que gritó de nuevo. Su onda telepática golpeó con fuerza las mentes de los tres amigos.

Fabio se volvió en cuanto pudo. Eva se había apropiado del cajón de los cubiertos y extraía ahora una pequeña hacha de carnicero. La alzó sobre la cabeza.

—¡Fabio! —dijo—. ¡Cuando le dé, llévatelo!

Fabio miró la alocada forma llameante, y se preguntó si sería capaz de volver a tocarla. Pero Eva se acercó con valentía y descargó el hacha en la cabeza de Zhur.

Fabio cerró los ojos y agarró el brazo del hechicero varu. Saltó con él antes de que su mano comenzara a quemarse también.

Zhur cayó pesadamente al lago, y, tras un sonoro ¡splash!, una espesa nube de humo surgió de la superficie de las aguas.

Sim se asomó con precaución.

Sobre el agua flotaba el cuerpo inerte de Zhur, el gran mago varu, con los ojos muy abiertos, la piel carbonizada y una enorme brecha en la cabeza. El arma que se la había producido se había hundido en las profundidades del lago.

El elfo se estremeció.

Habían vencido, pero de una forma terrible. Aún no tenía muy claro qué era el otro lado, ni cómo había saltado de un lado para otro, ni quién era Fabio, ni si Fabio y él eran dos personas distintas, o él era Fabio, o Fabio era él.

Miró a su alrededor. La caverna volvía a ser la caverna.

La visión doble se había desvanecido.

Todo volvía a ser como antes. Como siempre.

Vio entonces a Kali, que yacía en el suelo, y corrió hacia ella. se inclinó sobre su rostro buscando signos vitales.

La maga abrió los ojos y sonrió con cansancio.

—He sobrevivido al hechizo —dijo suavemente—. No me han faltado las fuerzas.

Sim sonrió también.

—Los dioses nos han ayudado —dijo.

Kali asintió.

—Sí. Sí, los dioses estaban con nosotros, al fin y al cabo.

Se incorporó un poco, apoyada en el elfo.

—¿Cómo saldremos de aquí ahora? —preguntó él, preocupado.

—Somos los vencedores —respondió ella—. El Séptimo y los suyos ya no tienen poder sobre nosotros.

Sim sonrió de nuevo. Kali echó a andar, lentamente, apoyada en el hombro del elfo, hacia la salida de la cueva.

Hacia un nuevo comienzo.

Fabio contemplaba el desastre, desolado.

—Bueno, por lo menos no os ha pasado nada a vosotros —dijo la madre de Chimo, mirando resignada los restos de sus cortinas—. Ahora ya sé que tengo que colgar los trapos más lejos de la encimera.

Los tres amigos cruzaron una mirada. Estaban confusos y asustados y, desde luego, lo que menos les preocupaba era el incendio de la cocina.

La madre les echó de allí diciendo que tenía mucho que arreglar y, como almas en pena, los tres salieron de la casa y bajaron al parque.

Por el camino, Fabio y Eva iban cogidos de la mano.

Ninguno de los dos olvidaba lo vivido en la piel de Sim y Kali al otro lado; se sentían más unidos que nunca.

—Me vais a tener que explicar todo lo que ha pasado —dijo Chimo, tras un buen rato de silencio—, con pelos y señales, ¿eh?

—No sé si quiero recordarlo —murmuró Eva.

—Resumiendo —zanjó Fabio—, que lo mejor es volver al *Dungeons and Dragons*, ¿eh?

—Pero, ¿por qué?

Eva y Fabio cruzaron una mirada. Ella se encogió de hombros.

Él tomó la palabra, y empezó a contarle a su amigo todo lo que había pasado desde el día en que había “inventado” aquella nueva aventura en aquel nuevo mundo. Chimo escuchaba sin una palabra.

Los tres paseaban por la ciudad, sin rumbo fijo, mientras Fabio contaba su historia, hasta que pasaron frente a un salón de recreativos. Fabio miró entonces, por casualidad, a través del cristal, y el corazón le dio un vuelco.

Frente a una de las máquinas había una chica morena y vivaz, con la mirada fija en la pantalla.

—Ahora vuelvo —dijo, y entró en los recreativos, muy nervioso.

Eva y Chimo asistieron, desde fuera, al emotivo reencuentro entre Fabio y su hermana Susana. Ella no parecía recordar nada de lo que había sucedido, lo cual, en opinión de Eva, no era de extrañar: no había existido durante dos o tres semanas.

Chimo seguía confuso. Eva colocó una mano sobre su hombro, en ademán tranquilizador.

—Todo ha terminado ya —dijo—. Ya no hay nada de qué preocuparse.

Fabio ya se había despedido de Susana, y salía de los recreativos, radiante.

—Nunca aprecias lo que tienes hasta que lo pierdes —comentó—. Prometo no volver a enfadarme con Susana nunca más.

Eva se encogió de hombros, sonriendo.

—Pero bueno, si ella no recuerda nada —dijo Chimo—, tampoco los otros lo harán, ¿no?

Ni Fabio ni Eva respondieron.

—Así que quizá lo mejor sería no contarles nada, ¿no creéis? —concluyó Chimo.

Fabio y Eva cruzaron una mirada.

—Puede que tengas razón —dijo Eva, y se estremeció—. No ha sido una experiencia agradable.

—Pero ha terminado ya —concluyó Fabio—, y creo que lo mejor que podemos hacer es ir a buscar a Víctor y a Alex y organizar una partida de Warhammer, ¿no os parece?

Chimo estuvo más que de acuerdo.

Mientras recorrían juntos las calles, Fabio le dijo a Eva en voz baja:

—Creía que las magas no usaban armas, ni siquiera blancas.

Ella sonrió.

—Kali no puede usar armas —dijo—, pero, ¿quién te ha dicho que Eva no puede coger un cuchillo de cocina?

Fabio sonrió a su vez.

—Lo tendré en cuenta.

Epílogo

Kali y Sim contemplaban juntos un atardecer en Awinor. La cabeza de ella descansaba sobre el hombro de él.

Los dragones surcaban los cielos bajo los tres soles. Volaban en grupos numerosos, todos hacia los Montes de Fuego, donde se reunirían para conmemorar la nueva victoria de los Seis sobre el dios oscuro.

Era un espectáculo magnífico.

Kali suspiró.

—¿Qué tal sienta eso de ser héroe, eh? —le preguntó a Sim con ternura.

El elfo montaraz frunció el ceño.

—No me gusta nada —dijo—. Uno pierde la intimidad. Desde luego, prefiero el anonimato.

La maga sonrió.

Después de un breve silencio, ella volvió a hablar.

—La echo de menos —dijo.

Sim sabía perfectamente a quién se refería.

—La echo de menos —repitió Kali—. Cuando estaba conmigo apenas intuía su presencia, pero ahora soy demasiado consciente de que no está, y me siento... me siento...

—...Sola —la ayudó Sim.

—Sí. —Kali suspiró de nuevo—. Sola.

—¿Qué habrá sido de ellos y de su mundo, Kali?

—Seguirán con su vida, supongo. Igual que nosotros.

—Igual que nosotros... —repitió el elfo, pensativo—.

¿Volveremos a tener algún tipo de contacto con ellos?

Kali lo pensó un momento. Después, sacudió la cabeza.

—No. No, no lo creo. Fue Zhur quien puso en contacto ambos mundos, y Zhur ahora está muerto.

Sim calló un momento. Luego dijo:

—Pues, a pesar de todo... se lo agradezco.

—¿A Zhur? ¿Por qué?

—Porque ahora sé que no estoy solo, Kali.

—Nunca lo has estado, Sim.

—Sí, lo sé. Y es justamente eso lo que le agradezco a Zhur. A pesar de todo.

Sim no dijo más, pero no fue necesario. Kali comprendió.

En el cielo, un joven y osado dragón azul hizo una pirueta bajo la atenta mirada de los tres astros solares.

Kali y Sim no se dieron cuenta pero, desde la espesura, los ojos de un unicornio los contemplaban en silencio.